



**Celebrar en dictadura, los estudiantes secundarios y la primavera
en Buenos Aires (1976-1983)**

TESISTA: SILVIA ALEJANDRA ÁLVAREZ

DIRECTOR: Dr. ADRIÁN CAMMAROTA

Octubre de 2018

FORMULARIO "E" TESIS DE POSGRADO

Este formulario debe figurar con todos los datos completos a continuación de la portada del trabajo de Tesis. El ejemplar en papel que se entregue a la UByD debe estar firmado por las autoridades UNGS correspondientes.

Niveles de acceso al documento autorizados por el autor

El autor de la tesis puede elegir entre las siguientes posibilidades para autorizar a la UNGS a difundir el contenido de la tesis:

- X a) Liberar el contenido de la tesis para acceso público.
- b) Liberar el contenido de la tesis solamente a la comunidad universitaria de la UNGS.
- c) Retener el contenido de la tesis por motivos de patentes, publicación y/o derechos de autor por un lapso de cinco años.

a. Título completo del trabajo de Tesis: Celebrar en dictadura, los estudiantes secundarios y la primavera en Buenos Aires (1976-1983)

b. Presentado por (Apellido/s y Nombres completos del autor): **Álvarez, Silvia Alejandra**

c. E-mail del autor: **alvarezprofe@gmail.com**

d. Estudiante del Posgrado (consignar el nombre completo del Posgrado): **Maestría en Historia Contemporánea**

e. Institución o Instituciones que dictaron el Posgrado (consignar los nombres desarrollados y completos):
Universidad Nacional de General Sarmiento

f. Para recibir el título de (consignar completo):
a) Grado académico que se obtiene: **Magíster**
b) Nombre del grado académico: **Historia Contemporánea**

g. Fecha de la defensa: 3 / diciembre / 2018

h. Director de la Tesis (Apellidos y Nombres): **Cammarota, Adrián**

i. Tutor de la Tesis (Apellidos y Nombres): **(Completar, si hubo)**

j. Colaboradores con el trabajo de Tesis: **(Completar, si hubo)**

- k. Descripción física del trabajo de Tesis (cantidad total de páginas, imágenes, planos, videos, archivos digitales, etc.): **128 páginas, incluye anexo de imágenes.**
- l. Alcance geográfico y/o temporal de la Tesis: **Buenos Aires, 1966-1983**
- m. Temas tratados en la Tesis (palabras claves): **Disciplinamiento – Juventud – Tiempo libre- Tiempo de ocio- Día del Estudiante**
- n. Resumen en español (hasta 1000 caracteres):

La presente tesis indaga el festejo del Día del Estudiante celebrado por alumnos/as secundarios en la provincia y Ciudad de Buenos Aires, durante la última dictadura cívico militar (1976-1983). Esta celebración es interesante de analizar dado que cada 21 de septiembre, se les autorizaba para transcurrir su día en el espacio público, de esta forma, nos propusimos recuperar cuál era la mirada de las autoridades en torno a las mismas, pensar qué perfil de “joven” se delineó durante esos días y reconstruir los significados asignados por la juventud al festejo. Nuestra hipótesis sostiene que las Fuerzas Armadas presentaron la celebración del Día del Estudiante como un festejo “ordenado”, producto de la aplicación de una política exitosa basada en el disciplinamiento social y cultural de los jóvenes. Para cumplir sus objetivos, se valían en primer lugar de la vigilancia y la represión implementadas desde el comienzo del régimen, y de una serie de dispositivos destinados a ordenar sus vidas a través de la escuela y otras instituciones. Por último, la investigación abreva dentro de la agenda de preocupaciones de la Historia Reciente, desde una perspectiva social, permitiéndonos un acercamiento a la dimensión de la experiencia estudiantil.

- o. Resumen en inglés (hasta 1000 caracteres): **(Completar)**

The present thesis inquires into the Student's Day celebration performed by the secondary school students in the City of Buenos Aires and the province during the last dictatorship (1976-1983) This celebration is interesting to analyze due to the fact that each September 21st, the students were allowed to spend their day in the public area. Because of that, we have aimed at recovering the view of the authorities as regards them, thinking which profile of “youth” was developed during those days and rebuilding the meaning given by the youth to the celebration. Our hypothesis supports that the armed forces presented the celebration of the Student's Day as

an orderly festivity, which was a product of the application of a successful policy based on the social and cultural discipline of the youth. In order to accomplish their objectives, they used the vigilance and the repression implemented from the beginning of the regime and a series of devices destined to order their lives through the school and other institutions. Finally, this investigation is part of the issues of Recent History. This allows us to have a closer dimension of the student experience from a social perspective.

p. Aprobado por (Apellidos y Nombres del Jurado): **Cernadas, Jorge; Manzano, Valeria; Seia, Guadalupe.**

Firma y aclaración de la firma del Presidente del Jurado:

 CERNADAS, Jorge

Firma del autor de la tesis:



Índice

Agradecimientos.....	p.6
Introducción.....	p.7
Capítulo 1: Las primaveras des-ordenadas de Buenos Aires (1966-1975).....	p. 22
Capítulo 2: El “orden” en los patios, en las calles, en las casas (1976-1983).....	p.49
Capítulo 3: Celebrar en dictadura: los estudiantes secundarios y la primavera en Buenos Aires (1976-1983).....	p.85
Consideraciones finales.....	p. 110
Fuentes y bibliografía.....	p. 115
Anexo.....	p. 126

Agradecimientos

Este camino fue posible porque en cada paraje hubo una persona dispuesta a ayudarme a continuar. Desde que este proyecto se puso en marcha hace dos años, tuve más guías que obstáculos, y solo gracias a eso, esta tesis fue posible. Quiero de manera sencilla reconocer a quienes ofrecieron su tiempo, entusiasmo, ideas, sugerencias, críticas, lecturas, fuentes, escucha, tiempo y paciencia, la lista es inmensa como mi gratitud.

A mi director, Adrián Cammarota por aceptar el reto, entender mis ritmos y maneras, y alentarme en cada momento a crecer y a no conformarme.

A Raquel Gail, Ariel Ghizzardi y Susana von Lurzer por su trabajo en el Archivo Histórico del Normal de Quilmes. La dedicación que ponen a su labor, me contagio entusiasmo y su apoyo fue invaluable.

A Luz Ayuso del Mariano Acosta, por su generosidad, ideas, confianza y paciencia. Me ayudaste a construir herramientas que no tenía y con ellas poder avanzar hasta el final.

A todos los entrevistados, que se sometieron a mi falta de experiencia con la mejor de las disposiciones. Con sus memorias enriquecieron y dieron vida a estas páginas.

Al Archivo de la Escuela Normal de San Fernando, el fondo DIPBA y el Museo del Cine Pablo Ducrós Hicken por facilitarme material y comprometerse con mi búsqueda.

A las principales víctimas de esta locura que fue mi vida durante la tesis: mi pareja Nicolás Pérez, mi familia de sangre y adoptiva, a mis compañeros/amigos del Santa Isabel. En quiénes encontré los permisos para exiliarme de la Tierra y andar buceando en archivos casi de tiempo completo. Y sobre todo por la paciencia infinita y acompañamiento que me brindaron en cada crisis.

A mis amigos/hermanos que nunca me dejaron caer en mis propias limitaciones y sufrieron las lecturas sucesivas de estas páginas: Flavia Frangella, Natalia Romero, Alejandro Fuentes y Sergio Cubilla. Sin su confianza, ayuda y fuerzas, no hubiera llegado hasta aquí. Por supuesto, no responsabilizo a ninguno de los involucrados del contenido de esta tesis.

Introducción

La juventud fue objeto de una brutal represión durante la última dictadura (1976-1983) y asimismo representó una preocupación por influenciarla, manifestada en numerosas políticas de acercamiento a los jóvenes por parte del Estado. Tras ser desarticulado el denominado movimiento estudiantil por medio de la violencia, los militares buscaron legitimarse entre los estudiantes de nivel medio a partir de diferentes estrategias que analizaremos a lo largo de nuestra investigación. Para ver esta cuestión hemos optado por la elección del Día del Estudiante, un festejo tradicional que nos permitió acceder a las tensiones entre juventud y el gobierno de facto en relación a las experiencias de celebración juvenil.

Es menester mencionar que el Día del Estudiante se inició en Argentina en el año 1902 como propuesta de un joven universitario de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Salvador Debenedetti¹, con motivo de homenajear a Domingo Faustino Sarmiento por su aporte a la consolidación del sistema educativo nacional. Sus restos fueron traídos desde Paraguay el 21 de septiembre de 1888 (diez días después de su muerte) y años más tarde, llevaría a que se eligiera esta fecha para celebrar en su nombre. Aunque la iniciativa estuvo a cargo de estudiantes del ciclo universitario, nos concentraremos solo en la celebración de los jóvenes del nivel medio, puesto que a lo largo del tiempo, lograron apropiarse de la jornada y se instaló en el imaginario como un festejo de estudiantes secundarios.

Nuestro trabajo se inscribe dentro de la perspectiva de la Historia Reciente, cabe señalar que existen numerosos aportes historiográficos que debatieron sobre su relevancia, cronología, denominación y legitimidad. En esta investigación decidimos retomar los aportes de las historiadoras Marina Franco y Florencia Levín (2007) para insertar nuestra tesis dentro de este “campo en construcción”. Según las investigadoras, hay una serie de circunstancias que posibilitan la existencia de estos estudios, como la supervivencia de actores sociales en condiciones de brindar su testimonio y una suerte de memoria social viva sobre ese pasado, que en nuestro caso

¹ En 1908, se llevó adelante el Congreso Internacional de Estudiantes Americanos en Montevideo, evento organizado por el Estado uruguayo, allí encontramos referencias internacionales respecto de esta jornada. En estos encuentros se debatieron los cambios a introducir en la vida universitaria y las preocupaciones de los participantes, entre esas sesiones de debate, se votó positivamente, que el 21 de septiembre se constituyera en el Día del Estudiante para todos los países latinoamericanos, aunque finalmente se implementó en los países de América del Sur. En 1910, se celebró en Argentina por primera vez según Joaquín V. González (García, 2000: 72).

recuperamos a través de los estudiantes secundarios del periodo. Como bien señalan, en estas investigaciones predomina el estudio de hechos/ procesos considerados traumáticos². El festejo transcurre en un periodo histórico asociado a este tipo de acontecimientos, aunque no es considerado como tal, si estuvo atravesado por determinadas variables que generaron significados y representaciones donde predominan las tensiones y los silencios (Franco y Levín, 2007: 31-66). En esta reconstrucción son esenciales la oralidad y la memoria, que se convierten en fuentes históricas, no sin tensiones respecto del compromiso o el distanciamiento con el proceso histórico investigado (Águila, 2012: 62-76). En este sentido, la memoria se constituye, a pesar de sus errores u omisiones voluntarias o involuntarias, en un recurso de la historia que se va transformando a lo largo del tiempo, de acuerdo a la ubicación de los sujetos en el escenario político en el que están inmersos (Jelín, 2002: 63-78). En función de estas consideraciones, pusimos en diálogo las entrevistas con otras fuentes que nos permitieron problematizar las memorias recuperadas.

Por lo expuesto, el estudio propuesto abreva en la perspectiva de la Historia Social y la Historia Reciente, tomando como eje la experiencia de los festejos juveniles del Día del Estudiante en Buenos Aires bajo la última dictadura cívico-militar. Indagamos qué mirada proyectaron las autoridades en torno a los festejos, qué perfil de “joven” delineó la última dictadura y qué significados le imprimió la juventud a la celebración. Esto nos conduce a pensar en la persistencia de los festejos en un contexto de represión sistemática, considerando la existencia de una alteridad juvenil, que era vista como potencialmente peligrosa en la medida que se había politizado en las décadas anteriores y cuestionaba el orden establecido. Por lo tanto, nuestro problema de investigación consiste en pensar las motivaciones del gobierno de facto para habilitar esta celebración y no clausurarla.³

Nuestra hipótesis sostiene que las Fuerzas Armadas presentaron la celebración del Día del Estudiante en el espacio público como un festejo “ordenado”, producto de la aplicación de una política exitosa basada en el disciplinamiento social y los intentos de homogeneizar culturalmente a los jóvenes. Para cumplir sus

² Entendiendo por acontecimiento traumático aquellos eventos que por su intensidad generaron en el sujeto una incapacidad de responder, provocando trastornos diversos en si mismo y su entorno (Jelín, 2002: 63-78).

³ Es indispensable señalar que existió dentro del gran abanico de prohibiciones y clausuras de actividades políticas y culturales, la censura de espectáculos teatrales, recitales, reuniones, festivales y asimismo, los militares eliminaron los feriados de Carnaval (Pujol, 2013: 149-150) jornadas con las que podría establecerse algún tipo de paralelo con el Día del Estudiante.

objetivos, se valían en primer lugar de la vigilancia y la represión implementadas desde el comienzo del régimen, y de una serie de dispositivos destinados a ordenar sus vidas a través de la escuela y otras instituciones. De esta manera, el gobierno de facto se aseguraba que llegado el 21 de septiembre, los jóvenes asumirían formas “autorizadas” de celebrar dando como resultado “una primavera ordenada” o por el contrario, estarían preparados para intervenirla, mientras que para los estudiantes implicaba un momento de “distensión”, donde promovieron numerosas experiencias de festejar y significar la jornada.

Razón por la cual, nos proponemos como objetivo central delimitar cuáles fueron esas políticas orientadas a construir dicho “orden” y su presencia/ausencia en las celebraciones de cada 21 de septiembre entre los años 1976 y 1983 en Buenos Aires, ponderando la agencia de los sujetos. En definitiva, estos festejos, nos abren el camino para indagar las construcciones que se hicieron desde el poder sobre la juventud y cómo estas aparecían reflejadas durante esas jornadas. Por su parte, los siguientes objetivos específicos aportan a la construcción del objetivo central. El primero entabla un diálogo entre las formas de celebrar el Día del Estudiante y la imagen constituida desde el Estado sobre la juventud, entre los años 1966 y 1975, para luego pensar los cambios y continuidades con la última dictadura y comprender la importancia que adquirió la celebración antes del golpe de Estado del 24 de marzo de 1976. Por lo tanto, retomaremos las investigaciones sobre las transformaciones culturales en torno a las prácticas juveniles, su participación en la política y la presencia que adquirió el estudiante secundario en el espacio público, desde finales de los años cincuenta en Argentina, que nos permitirán pensar el 21 de septiembre desde un recorte más amplio.

El segundo objetivo es reconstruir las formas en las que la última dictadura construyó un determinado “orden” sobre la vida de la juventud escolarizada de Buenos Aires que excedía los límites de la escuela secundaria y pretendía controlar su “tiempo libre” (Dunning y Elías, 1992), razón por la cual, abordaremos también las estrategias de los estudiantes secundarios para escapar a dichas imposiciones. Finalmente, el tercer objetivo busca contraponer el Día del Estudiante visto desde la lógica de la última dictadura frente a las formas de celebrar y los significados asignados por los alumnos del nivel secundario de Buenos Aires.

Si bien el recorte temporal, corresponde al periodo de la última dictadura, partimos de las décadas del sesenta y setenta para comprender los

cambios/continuidades que atravesaron los festejos estudiantiles, en un momento en que la juventud escolarizada adquirió relevancia política y cultural (Manzano, 2017). Aunque existió una transformación profunda de la realidad social a partir de 1976, ésta hundió sus raíces en el proceso político, social y económico previo, de largo aliento, con un marco excepcional marcado por rupturas, continuidades y discontinuidades en relación a la represión estatal, cuyo punto de partida fue el derrocamiento de J. D. Perón en 1955. Desde ese momento se desplegaron un conjunto de dispositivos para el mantenimiento del orden social. El periodo 1966-1983 se presenta como un ciclo represivo específico, que tuvo como escenario la Doctrina de Seguridad Nacional (DSN) que dio lugar a un “proceso de limpieza del enemigo interno” que en nuestro país incluyó al peronismo y al comunismo (Franco, 2016).

Estado de la cuestión

El campo historiográfico ha abordado la sociabilidad de los estudiantes secundarios durante la última dictadura militar de múltiples maneras que aquí, a grandes rasgos, dividimos en cuatro tipos de abordajes. El primero corresponde a los antecedentes sobre nuestro objeto de estudio: la celebración de cada 21 de septiembre durante la última dictadura. En un trabajo pionero sobre la vida política de los alumnos del nivel secundario en Argentina, los investigadores Berguier, Hecker y Schifrin (1986) manifestaron que ya no se celebraría su día en el espacio público. Pero los festejos atravesaron todos los años del régimen sin ser clausurados y los jóvenes participaron de forma masiva de cada jornada en Buenos Aires. El segundo antecedente que encontramos acerca de este festejo es una investigación sobre el Día de la Juventud en la Ciudad de Córdoba. Su autora, Alejandra González (2014), señala que el Estado establecía, en estas ocasiones, “biopolíticas” juveniles destinadas a defender “la patria, la familia y a Dios”. Según el régimen, la juventud se dividía en tres grupos: los “enemigos subversivos”, los “heroicos virtuosos” y los “indiferentes-desorientados”. Sobre el segundo y tercer grupo, los militares buscaron actuar durante estas jornadas para influenciarlos con los valores mencionados, en tanto que el primero, sería destinado a los centros clandestinos de detención (CCD). Para el año 1980, el Día del Estudiante-Día de la Juventud de Córdoba (debido a esta intervención del gobierno de facto) se convirtió en una fiesta oficial alejada de la

tradicional celebración que incluía picnics, bailes, rebeldía y libertades sexuales. Es decir, se implementó un gran dispositivo para controlar la primavera, transformando por completo las formas en las que los jóvenes festejaban en las décadas precedentes. Esta investigación, resultó ser un insumo fundamental para pensar cuáles fueron las políticas de intervención en Buenos Aires.

El segundo abordaje, corresponde a las transformaciones en la educación del nivel medio durante la última dictadura, que afectaron la vida cotidiana en las escuelas⁴. Los investigadores se orientaron al análisis de la construcción de un “orden autoritario” en la organización de la vida escolar tendiente a limitar las “libertades” adquiridas durante el tercer peronismo especialmente, durante el corto lapso del gobierno de Héctor Cámpora (1973). Aquí aparece como eje central, la necesidad de reglamentar de modo estricto las conductas de los sujetos y conseguir su disciplinamiento, incluyendo tanto a estudiantes como a docentes, sobre los cuales se aplicó una sistemática expulsión del sistema educativo, si eran considerados “peligrosos”. También se tornaron relevantes la circulación de documentación oficial que alertaba sobre los modos en que la “subversión penetraba” en las escuelas. Por último, estos trabajos resaltaron, el giro hacia el neoliberalismo que sufrió esta institución pública con las políticas de achicamiento del Estado y reducción de las inversiones en educación (Tedesco, 1983; Doval y Kaufmann, 1997; Puiggrós, 2003; Southwell, 2004; Mariño y Pineau, 2006; Vassilidiades, 2006; Alvarez Prieto y De Luca, 2014). Estas investigaciones nos invitaron a pensar en el peso de las imposiciones en la vida cotidiana de los estudiantes, las experiencias de trasgresión que pudieron haber tenido lugar y de concebir el “tiempo de ocio” en este contexto.

También ubicamos dentro de este eje, la modificación de las efemérides en la Provincia de Buenos Aires, para resaltar los valores del régimen y desterrar aquellas figuras/fechas propuestas por el tercer peronismo. Con esta medida se trató de legitimar un nuevo relato del pasado en las escuelas (Rodríguez, 2009, b).

⁴ Durante este periodo el Ministerio de Educación estuvo en manos de seis ministros (Bruera, Harguindeguy, Catalán, Llerena Amadeo, Burundarena, Licciardo). Para profundizar en las orientaciones de cada uno de ellos ver: Laura Graciela Rodríguez (2015, b) que reconstruye las trayectorias y políticas de los funcionarios responsables de la educación. Dando cuenta de las tensiones entre las diferentes armas de las FFAA y la falta de un plan homogéneo respecto del campo educativo. En lo que si estuvieron de acuerdo, fue en imponer la moral cristiana y constituir individuos patrióticos, la investigadora analiza el caso de la Provincia de Buenos Aires y las medidas de racionalización implementadas por el Ministro de Educación provincial Ovidio Solari. (Rodríguez, 2008).

En el mismo sentido, se encuentran las modificaciones en el diseño curricular y las propuestas escolares, orientadas a la construcción de un ciudadano patriótico, cristiano y enemigo de la “subversión” (Doval y Kaufmann, 2006; Rodríguez, 2008, 2009, a y 2010; Rodríguez y Soprano, 2015; Zysman, 2016). El peso puesto en la construcción de estos valores, contribuyó a acercarnos a las expectativas del Estado sobre la juventud. Incluso la Cúpula de la Iglesia Católica cumplió un rol similar con su presencia en las escuelas estatales para promover la fe cristiana entre los jóvenes y consolidar su forma tradicional de pensar la educación (Rodríguez, 2011 y 2015, a; Gudelevicius, 2012).

Dentro de este escenario, debemos incluir la censura de los libros que circulaban en las escuelas para impedir la presencia de ideas contrarias al “ser nacional”, debido a que los militares consideraron a la cultura como un campo más en el cual luchar contra su “enemigo”. El gobierno de facto destinó instituciones y agentes encargados de la lectura y la clasificación de libros según su pertenencia ideológica, y su posterior eliminación del sistema educativo si eran textos que promovían la “subversión de los valores tradicionales” (Gociol e Invernizzi, 2003; Bossié, Pesclevi y Salvador, 2015). Esta censura se encontraba, no obstante, sujeta a las experiencias particulares de cada institución, docente o grupo de estudiantes. En definitiva, pensar las transformaciones operadas en las escuelas del ciclo medio tanto en su organización, comportamiento, disciplinamiento y contenidos educativos, nos otorgó el marco por medio del cual interpretamos las fuentes escolares y reconstruimos las imposiciones a las que se sometían a los jóvenes escolarizados, que serán esbozadas en el segundo capítulo.

El tercer abordaje, corresponde a las investigaciones acerca de los mecanismos estatales de persecución y represión, estudios que contribuyeron a pensar en las formas en las que el Estado aplicaba el terror sobre los estudiantes y la incidencia de estas prácticas, cada 21 de septiembre. La maquinaria represiva se llevó, aproximadamente, 250 alumnos/as del nivel medio, como quedó registrado en el Informe Nunca Más (1984). Aquí se incluyen las investigaciones sobre escuelas y colegios secundarios, Garaño y Pertot (2008) relevaron las políticas represivas sobre el Colegio Nacional Buenos Aires (Ciudad de Buenos Aires). Además, Britez y Denza (2007) reconstruyeron la represión sufrida en el Instituto Santa Lucía de Florencio Varela (Zona Sur del Gran Buenos Aires). En ambos estudios, el periodo represivo trasciende los límites de la última dictadura, recuperando las trayectorias

políticas de los protagonistas, las resistencias al “orden” establecido y las consecuencias de la represión en dictadura, mientras que en el Instituto Santa Lucía fueron diez los estudiantes desaparecidos, en el Nacional Buenos Aires fueron 105. Dentro de este eje también corresponde incluir una investigación sobre la represión en una zona particular, como el caso de Santa Fe ligada al trabajo de inteligencia del Estado represor en las escuelas (García, 2017). Del mismo modo, las investigaciones centradas en la participación política en dictadura y aquellos que analizaron la denominada “Noche de los Lápices”, un episodio emblemático de represión sobre estudiantes secundarios, que con el tiempo fue recuperando la veta política de sus protagonistas (Seaone y Ruiz Nuñez, 1986; Berguier et al, 1986; Lorenz, 2004; Baschetti, 2016; Marcote 2017).

El corpus de investigaciones señaladas nos conduce a pensar en el interés por influir el comportamiento de los estudiantes y cómo el gobierno de facto destinó numerosas medidas para tener el control sobre ellos y alcanzar cierta legitimidad. Razón por la cual en el cuarto y último abordaje se indagan las políticas destinadas a promover un acercamiento hacia los jóvenes, por fuera del ámbito escolar, promovido por el Estado y sus instituciones. Dentro de esta línea de interpelación a la juventud nos interesa destacar los siguientes aportes: la creación de la Gendarmería Infantil (1977) y el operativo “Argentinos, marchemos a las fronteras” (1979) como estrategias movilizadoras. En ambas experiencias se proponían educar a los jóvenes en los valores de la patria, la familia y el cristianismo, incidir en sus conductas, y encuadrarlos detrás del régimen (Lvovich, 2009, a; Lvovich y Rodríguez, 2011). El objetivo era integrar las FF. AA a la sociedad civil a partir de misiones para mantener la identidad nacional en áreas de frontera, haciéndolos partícipes de estos proyectos en dónde la relación con la fuerza era directa y con carácter formativo.

Por su parte, la Acción Cívica del Ejército en Rosario entre los años 1960-1983 analizada por María Alicia Divinzenso (2016) consistía en un conjunto de estrategias de las Fuerzas Armadas, para relacionarse con la sociedad, con el objetivo de moldear sus conductas y disminuir las carencias materiales (a partir de programas de alfabetización y de reconstrucción-refacción de edificios de uso público) para evitar un malestar económico que pudiera inclinarlos al comunismo. Sus principales destinatarios además, eran los jóvenes para los cuales se organizaban eventos culturales, deportivos y educativos. En torno de la misma

ciudad, una investigación reconstruye los discursos sobre la juventud sostenidos desde el poder y las políticas implementadas sobre este sector de Rosario (los planes de Acción Cívica y el Operativo Marchemos a las Fronteras) y a la vez, cómo ellos resignificaron esa presencia del Estado en su vida cotidiana (Luciani, 2017). En nuestra investigación buscamos revisar los alcances del disciplinamiento instituido sobre la juventud de Buenos Aires, dentro de una fecha particular y festiva, pensándolo como un control que comenzaba en la escuela y se extendía a otras propuestas extra escolares.

Marco teórico

El Día del Estudiante se nos presentó como una oportunidad para acceder a las relaciones entre Estado y juventud, dentro de un festejo en el espacio público de Buenos Aires durante la última dictadura. Partimos desde los aportes de la historia social para comprender la importancia que adquirió esta jornada en un contexto de represión, que comenzó años antes del golpe del 24 de marzo de 1976. Algunas categorías propuestas por el historiador E. P Thompson nos ayudaron a pensar la experiencia de festejar en dictadura, entendemos esta celebración como una costumbre arraigada desde comienzos del siglo XX, propuesta por estudiantes, y sostenida por ellos y ellas a lo largo del tiempo que terminó por transformarse en un atributo que no podía quitarse y por tanto, fue habilitada por el gobierno de facto (Thompson, 2000: 18-20). También, nos interesa recuperar su noción sobre cultura que nos invita a analizar los componentes de dicha celebración, por ejemplo, sus ritos, las formas simbólicas en las que se presentaba en el espacio público, los atributos culturales hegemónicos presentes, la transmisión intergeneracional de dicha costumbre y la evolución de la misma dentro de un marco histórico específico (Thompson, 2000: 26). Por su parte, la cultura juvenil debe ser entendida como una construcción social en la que existen diversidad de culturas, y en la que cada grupo de jóvenes se constituye como productor de sentidos, a la vez, no solo es entendida como una cuestión etaria, sino que está atravesada por la clase social, el género, la educación y el espacio geográfico de cada grupo de jóvenes (Erazo Caicedo, 2009: 1307-1311). Por lo tanto, esta investigación contempla la necesidad de no homogeneizar ni las prácticas culturales en torno al 21 de septiembre, ni a los jóvenes como unidad cultural.

A lo largo de los tres capítulos, la investigación abreva en el tiempo libre y el tiempo de ocio de la juventud del periodo. Por tiempo libre se entiende aquel espacio en que las personas no están realizando las tareas obligatorias de las que participan habitualmente, que en el caso de estos jóvenes, era la asistencia a la escuela. Por otra parte, “el ocio” corresponde a los momentos de recreación de las sociedades, donde pueden aflorar determinadas emociones, que durante otras fases de la vida cotidiana aparecen contenidas. Pero no todo el tiempo libre es tiempo de ocio, porque las personas luego de cumplir sus obligaciones descansan, satisfacen necesidades biológicas, socializan y solo una parte es destinada a las actividades vinculadas al ocio (Elías y Dunning, 1992: 87- 91). Éste último, sería un momento recreativo donde afloran emociones, que no ponen en peligro el orden social, porque están reguladas por conductas similares a las que prevalecen en los momentos de obligación. No obstante, afloran emociones y por lo tanto, deben ser objeto de control de las autoridades para que este “relajamiento”, no provoque ninguna alteración al orden establecido (Elías y Dunning, 1992: 149). Estas consideraciones sirven para entender el Día del Estudiante como un momento de ocio de la juventud (y la preocupación del Estado por vigilarlo) y el tiempo libre, como un espacio a ser ocupado, para que las obligaciones impuestas sobre estos estudiantes, continúen regulando sus conductas una vez traspasadas las puertas de la escuela.

En relación a la conducta, lo que se buscó fue instalar un “orden”, frente al “caos” que la dictadura identificaba con el gobierno de Estela Martínez (1974-1976). La última dictadura militar instalada el 24 de marzo de 1976 expresó el fracaso del Estado capitalista como organizador del consenso social (O’Donnell, 1986: 244). En este momento tuvo lugar un gobierno que respondía a una gran burguesía asociada al poder extranjero, dominada ideológicamente por la DSN en el marco de la Guerra Fría y la lucha anticomunista encabezada por Estados Unidos. Entendemos que la clase social, tiene lugar cuando los hombres y mujeres a raíz de su experiencia, articulan sus intereses comunes frente y en oposición de otros (Thompson, 1989: 13-18). En consecuencia, los militares impulsaron un régimen que implicó la despolitización como condición necesaria para sostenerse, dado que la política era entendida como una arena de confrontación social que debía prescindirse por medio de la represión para lograr la hegemonía de una clase social sobre otras (Ansaldi, 2006: 97-118).

Este régimen se sostuvo en cierto consenso y una de las claves para comprender este apoyo fue la presencia de la violencia en la vida cotidiana en los años setenta. Entre 1973 y 1974 ante el aumento de la violencia dentro del país como producto del incremento de acciones de las organizaciones armadas, de los grupos para militares y el ejercicio de la represión estatal, se generó un cambio en el humor social, que habría inclinado a algunos sectores al pedido de “orden”, en consonancia con el discurso construido en la prensa escrita (O’ Donnell, 1984; Corradi, 1985; Franco, 2002; Vezzetti, 2002; Pittaluga, 2010; Carassai, 2013). A estas causas, se agregan la tradición de las fuerzas militares de intervenir en la vida política nacional y el contexto latinoamericano de ingerencia estadounidense (Novaro y Palermo, 2011: 143-148). Si bien la violencia adquirió una dimensión importante dentro de los mecanismos de control del régimen, una vez en el poder, contaron con una base de legitimidad social que les permitió sostener su mandato. Pese a la existencia de los centros clandestinos de detención en los que el aparato represivo funcionó de forma racional para exterminar a los considerados “enemigos internos” (Calveiro, 2006: 31).

La violencia política en los años previos al golpe se había vuelto cotidiana y siendo aceptada como “normalidad”, perdió su excepcionalidad, dando lugar a esta convivencia con la represión, que incluía apoyos al régimen dentro de la sociedad civil (Lvovich, 2009, b) y un sistema de auto patrullaje, donde algunos actores sociales asumieron como propios los valores del agresor ejerciendo despotismos a nivel micro, en diferentes ámbitos (O’Donnell, 1984: 13-30). Esta confluencia de apoyo y auto patrullaje, condujo al silencio como mecanismo de autopreservación (Levín, 2005). La combinación de silencios, miedo y control de los medios de comunicación, confluyeron en la despolitización, la reducción de la asociación entre las personas, la negación de las prácticas represivas, la adopción de estrategias egoístas de supervivencia, la infantilización política y la necesidad de figuras de poder (Corradi, 1985; Lerchner, 1992).

Este intento de instalar un “orden” no fue ajeno a la escuela secundaria, escenario fundamental para comprender el vínculo entre Estado y juventud en dictadura, que adquirió características particulares. El gobierno de facto concebía a la escuela como un campo de operaciones para lograr un “nuevo orden” e intentar ganar legitimidad, construyendo una imagen del ser joven (pasivo e individualista), a través de un discurso paternalista y condescendiente (Luciani, 2017: 49). Al igual que en el

escenario nacional, la participación política en las escuelas había sido equiparada con el delito (Berguier, Hecker y Schiffrin, 1986: 66). Las Fuerzas Armadas se presentaron como las garantes de la “tradicción nacional” y del orden, implementando un plan de desaparición forzada de docentes y estudiantes considerados “peligrosos” (estrategia represiva), sosteniendo su accionar en argumentos que defendían los valores del cristianismo frente a la subversión (Pineau, 2014: 103-122).

La represión fue acompañada de la intervención en materia pedagógica, concretado en las modificaciones curriculares, a la que se sumó el cumplimiento estricto del reglamento de conducta, que se había establecido en la década del cuarenta (Decreto 150. 073, 1943) pero que contaba en este contexto con cambios en relación al nacionalismo y la política antisubversiva (Tedesco, 1983: 59-71). La dictadura consideraba que la escuela, era un terreno en el que la subversión había avanzado, y por lo tanto, se empeñó en ganar esa lucha (Puiggrós, 1996: 127). En este contexto, una revista, un recital o una película eran vehículos para corromper a los estudiantes y ganar adeptos para las organizaciones políticas y estudiantiles de izquierda (Doval y Kauffmann, 1997: 45-70).

Por lo recorrido hasta aquí, la última dictadura representó para la juventud del periodo un conjunto de condicionamientos (estéticos, de conducta, vinculares, ideológicos, políticos) que buscaremos reconstruir, junto a las significaciones y trasgresiones que pudieran matizar este escenario “ordenado” por el predominio de la violencia.

Metodología y fuentes

Uno de los insumos fundamentales para la investigación fue la historia oral que nos permitió reconstruir los significados, representaciones y prácticas de los actores sociales involucrados. Las fuentes orales nos aportaron sobre la percepción de los sujetos y del investigador, esta metodología nos permitió recuperar las memorias de clases no hegemónicas posibilitando acceder a las tensiones que producía la presencia de los estudiantes en el espacio público durante la primavera (Portelli, 1991: 36-52). Una de las claves para el desarrollo de esta tesis fue el acceso a los archivos escolares, la investigación tomó su curso a partir del análisis de la documentación atesorada en el Colegio Nacional Mixto de Morón (zona oeste del Gran Buenos Aires), la Escuela Normal Nacional de Quilmes (zona sur del Gran

Buenos Aires), la Escuela Nacional Normal “General José de Artigas” de San Fernando (zona norte del Gran Buenos Aires) y la Escuela Normal Superior N°2 “Mariano Acosta” de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. A partir de aquí, para facilitar la lectura, haremos referencia a estas instituciones, de la siguiente manera: “Nacional de Morón”, “Mariano Acosta”, “Normal de Quilmes” y “Normal de San Fernando”. Consideramos que esta tesis puede aportar a la historiografía que ha estudiado la socialización de los jóvenes en la época de la última dictadura, sin que nuestras consideraciones sobre esta celebración en Buenos Aires se transformen en generalizaciones. Los archivos escolares fueron esenciales ya que nos permitieron reconstruir los pormenores de la política educativa de la época y las “intenciones” estatales, gracias a los archivos reconstruimos una parte de lo que acontecía en las instituciones educativas. No obstante, una de las restricciones fue que no todas las escuelas están “abiertas” a la investigación, encontramos colegios/escuelas cuyo acceso al archivo histórico está restringido a ex alumnos, o se reservan los derechos de admisión.

Afortunadamente, contamos con el aporte de los “Espacios de Memoria” del Mariano Acosta, y del Archivo Histórico de la Escuela Normal de Quilmes que además de facilitarnos el acceso a las fuentes, nos brindaron su asesoramiento profesional (la Dra. Luz Ayuso del Mariano Acosta; Raquel Gail, Ariel Ghizzardi y Susana von Lurzer del Normal de Quilmes) sin esta contribución nada de lo aquí pensado hubiera sido posible. Es indispensable además que estos archivos accedan a las políticas de sostenimiento económico necesario para su existencia. En el Normal de Quilmes, actúa un equipo del Proyecto de Recuperación y puesta en valor del Archivo Histórico, cuya misión es realizar un trabajo de rescate y organización de documentación de forma voluntaria y *ad honorem* desde el año 2006. El trabajo de este equipo es un gran aporte a la preservación de la memoria institucional, como también una experiencia formativa para los estudiantes de archivística.⁵ En el caso del Mariano Acosta (Espacios de Memoria) se encuentran, desde el año 2008, recuperando las fuentes documentales de la escuela y recopilando testimonios orales. De esta forma, contribuyen a la construcción de la historia institucional, con actividades que involucran a la comunidad, con un fuerte compromiso entre el

⁵ La coordinadora del Archivo ha escrito varias ponencias en las que desarrolla esta problemática y también expone la experiencia construida en el Archivo (Raquel Gail, 2013).

pasado y el presente en la lucha por la defensa de la educación pública, en la recuperación de la historia reciente y las consecuencias del terrorismo estatal en la escuela.

En definitiva, las Resoluciones, Disposiciones y Circulares del Ministerio de Cultura y Educación, las encontramos casi completas entre ambos archivos, junto a la documentación propia de cada una. Además, por su parte, el Normal de San Fernando fue el punto de partida de la investigación gracias al permiso del Director de la Unidad Académica, Miguel Enríquez, para acceder a las fuentes documentales. Así es que dimos con los libros de inspección, y a partir de las preocupaciones de una inspectora por la celebración estudiantil en el año 1978, es que nació este trabajo. El contacto con las fuentes del Colegio Nacional Mixto de Morón, fue gracias al aporte del investigador Adrián Cammarota, quien analizó allí la relación entre juventud, Estado y peronismo, desde un estudio de caso.

La búsqueda de ex alumnos fue posible a partir de estos archivos escolares que tienen conexión con la comunidad educativa. Caso contrario, fue el del Normal de San Fernando, donde se nos dificultó reconstruir la historia oral por falta de testimonios. Vale aclarar que en el camino se han acercado personas interesadas en brindar su relato, que pertenecían a otras escuelas. En el Mariano Acosta, las entrevistas fueron realizadas con su coordinadora, Luz Ayuso, dentro del marco de recuperación de las memorias escolares y las mismas estarán disponibles en el Archivo Histórico del Acosta, para su consulta. Otro hallazgo, fueron las revistas estudiantiles presentes en los archivos y gracias a la colaboración de una entrevistada (Iris González Vaccaro) del Normal de Quilmes que conservó algunos números. Con las entrevistas, llegaron algunas fotografías, distintivos y otros documentos personales, al tiempo que muchos entrevistados fueron el puente para dar con otros, sin la colaboración de los archivistas y los ex alumnos/as nuestra investigación no hubiera seguido adelante.

Luego, recurrimos al Archivo de la Biblioteca Nacional del Maestro, donde analizamos los números de la revista oficial del Ministerio de Educación *El Monitor de la Educación Común*, entre 1966 y 1976 (año de su cierre), el *Boletín de Comunicaciones del Ministerio de Cultura y Educación*, y las *Memorias del Ministerio de Cultura y Educación*, del periodo 1976-1983, con miras a rastrear alguna pista desde el “Estado” y su preocupación por las celebraciones. En tanto que, para hallar algún indicio de la presencia militar/policial en esta celebración,

acudimos al fondo documental del archivo DIPBA (ex Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires). Acceder al espacio público fue posible gracias a la prensa escrita (*Clarín* y *La Nación*, y *La Opinión*) en las Hemerotecas de la Biblioteca Nacional y del Congreso de la Nación y a partir de las filmaciones disponibles en la web (Archivo Histórico RTA y Archivo DiFilms) o bien, filmaciones resguardadas en el Museo del Cine “Pablo Ducrós Hicken” de la Ciudad de Buenos Aires, que nos facilitó el material allí disponible.

En síntesis gracias al análisis de las entrevistas, revistas estudiantiles y la documentación oficial, pudimos reconstruir los espacios que los estudiantes transitaban a diario y las tensiones entre Estado y juventudes en un espacio particular, la escuela. En tanto que la prensa escrita y noticieros de TV, las entrevistas y el archivo DIPBA, nos dieron el acceso a los vínculos entablados entre ambos actores en el espacio público, durante la jornada de primavera.

Sobre la estructura

Con miras a responder los interrogantes propuestos, esta investigación está organizada en tres capítulos. El primero abrevia en las formas de celebrar el Día del Estudiante, entre las décadas del sesenta y setenta, en un contexto de autoritarismo pero también de gran movilización estudiantil, que nos permitió establecer los cambios y continuidades con la última dictadura, respecto de las celebraciones y las imágenes de la juventud construidas desde el poder. En el segundo analizamos las formas en las que la última dictadura construyó un determinado “orden” sobre la vida de la juventud escolarizada de Buenos Aires, que excedía los límites de la escuela secundaria y pretendía controlar su “tiempo libre”. De esta manera, acceder al contexto escolar y extra escolar, nos condujo a comprender los festejos por el Día del Estudiante en los años del terrorismo de Estado. Así también, nos acercamos a las formas en que la dictadura delineó un perfil del joven. Finalmente, en el capítulo tres buscaremos contraponer los imaginarios constituidos en torno del Día del Estudiante, por dos actores en tensión, los jóvenes escolarizados y el gobierno de facto. Es decir, las formas de festejar y los significados asignados por alumnos del nivel medio de Buenos Aires, frente a los discursos y medidas oficiales llevadas a cabo cada 21 de septiembre.

Las próximas páginas nos ayudarán a comprender el contexto y las características heterogéneas que asumió la juventud, en la búsqueda de un acercamiento a los protagonistas de esta investigación y de seguir los derroteros que tomó el Día del Estudiante entre los años 1966 y 1983 en Buenos Aires.

Capítulo 1: Las primaveras desordenadas de Buenos Aires (1966-1975)

Nuestro propósito en este primer capítulo es reconstruir la celebración del Día del Estudiante entre las décadas del sesenta y setenta, para reconocer las características que asumió esta jornada durante la última dictadura militar. A la vez, este recorrido nos permite comprender como se constituyó la juventud en un actor político relevante a partir de la segunda mitad del siglo XX, siendo también protagonista de una renovación cultural que produjo algunos cambios sobre las relaciones familiares tradicionales y en algunas percepciones sociales respecto de la sexualidad (Cosse, 2012). En un periodo de predominio de las Fuerzas Armadas en la vida nacional y la instalación de un “orden” que los jóvenes desafiaron provocando reacciones conservadoras de parte del Estado y de algunas organizaciones de la sociedad civil. No obstante, llegando a los años setenta, nuestros protagonistas radicalizaron sus experiencias dentro de organizaciones partidarias, centros de estudiantes, incluso en las organizaciones armadas, en un marco de transformaciones políticas y crecimiento de las ideas de izquierda en Latinoamérica.

El periodo que abarcamos (1966-1975) estuvo atravesado por el autoritarismo estatal. Por lo tanto, este periodo nos permite entender los cambios y continuidades que pudieron producirse en torno de los festejos estudiantiles durante el transcurso de gobiernos de facto y democráticos, para luego estar en condiciones de explorar el Día del Estudiante durante la última dictadura. La juventud del periodo se enfrentó en muchas oportunidades a las autoridades (en manifestaciones en las calles, facultades, escuelas) al tiempo que instalaron cambios que los posicionaron como “rebeldes”. El Estado autoritario, no tardó en presentar una “lucha” en su contra que comenzaría con la asociación de éstos a la “subversión”. La dictadura de Juan Carlos Onganía (1966-1970) dentro del marco de la Seguridad Nacional, instaló este vínculo entre jóvenes y “subversión”, que se tradujo en una apelación permanente para desacreditarlos e intentar controlarlos, en nombre de la seguridad interna. Y no será una novedad esta asociación (juventud-subversión) en los años del tercer peronismo o durante la última dictadura, aunque a medida que el autoritarismo fue avanzando, los métodos represivos fueron perfeccionándose hasta llegar a los límites del horror del periodo 1976-1983. Poner en juego una festividad en un contexto difícil en términos de libertad de expresión, contribuye a un

acercamiento de las tensiones entre Estado y juventud, pues a pesar de las restricciones propias de las dictaduras, el 21 de septiembre, fue un ritual instituido por los estudiantes, que hacía visibles sus intereses culturales, políticos y sexuales en el ámbito público.

Desde mediados del siglo XX y en la medida que la juventud aumentó su presencia en el espacio público, fue percibida como “peligrosa” porque lograba abolir las estrategias coercitivas del Estado a partir de sus prácticas culturales y políticas, como ya anticipamos, por su participación en centros de estudiantes, en organizaciones partidarias, armadas y sus nuevas prácticas de socialización. Como contrapartida se implementaron “biopolíticas” (formas de control y clasificación) para reducir las posibilidades de transgresión a través de la escuela y el mercado (Reguillo Cruz, 2007: 93-96). De esta forma, el Estado, buscó contener la renovación que traía la juventud como parte de sus experiencias culturales y sus percepciones del mundo en el que vivían.

No basta con pensarlos por su edad, sino que se definen por la clase social, el género, la educación y el espacio que transitaban. Es decir, una combinación entre el ámbito material y simbólico en el que transcurrían sus días, dando como resultado, un escenario plural en el que se conformaban diversas culturas juveniles. Asimismo, predominaban entre éstos las prácticas de libertad que se ponían de manifiesto en su tiempo libre (Erazo Caicedo, 2009: 1309; Margulis, 2008) y se relacionaban con la cultura hegemónica (gobierno, escuela, sistema productivo, medios de comunicación, ejército) desde la integración o el conflicto, en síntesis para pertenecer había una adscripción subjetiva de los actores que se sentían entre sí como contemporáneos (Feixa, 1999: 84-104).

Por su parte, Pierre Bourdieu (2002) propuso que el mundo adulto ante la necesidad de poner límites a la juventud para producir un determinado orden sobre ellos, utilizó la edad para limitar lo que podían o no hacer. Por su parte, la escuela contribuyó a sostener los privilegios de algunos, puesto que los jóvenes de las clases populares no tenían las mismas oportunidades que los de clases medias o altas, generando falsas expectativas de progreso. En este sentido, Margulis (2008), refiriéndose al análisis del sociólogo francés agrega que la moratoria social (retrasar el momento de ingreso al mundo del trabajo), por su condición de estudiantes, no estaba disponible para todos, y por lo tanto, la clase social es fundamental para pensar esta categoría, pues muchos no tenían acceso al tiempo libre, dado que se

incorporaban tempranamente al trabajo. Rafael Gagliano (1997) en su estudio sobre la adolescencia entre 1955 y 1970 afirma que solo uno de cada tres jóvenes podía evitar ingresar al mundo laboral, y denomina a este grupo como “jóvenes no juveniles”, pertenecientes a sectores populares que no gozaban del tiempo de ocio, la escolarización prolongada ni el consumo de bienes culturales.

Si consideramos el fenómeno a nivel internacional, desde la primera mitad del siglo XX, los jóvenes se constituyeron en una preocupación estatal, gestándose diferentes proyectos para subordinarlos en distintos países. Por ejemplo, el fascismo italiano creó instituciones para nuclearlos e inculcarles los ideales de virilidad y heroísmo de tipo nacionalista del régimen. Por su parte, para mediados del siglo en Estados Unidos la adolescencia era un estado social y legal con instituciones destinadas a protegerlos y corregir las conductas “indeseadas”. Se creó la *high school*, como espacio para su socialización, en vistas del futuro mundo adulto, es decir, como preparatoria de la etapa siguiente. No obstante, entre las décadas del cincuenta y sesenta fueron asociados con el ideal de renacimiento y concebidos como metáfora de cambio (Passerini, 1996).

Del mismo modo en Argentina, la presencia estatal en la vida de los jóvenes se remonta a las instituciones escolares de principios del siglo veinte, donde se buscaba inculcarles valores y comportamientos “deseados” a través del deporte, la higiene y la salud. El impulso dado a la Educación Física como medio de subordinar a los sujetos al orden, generó una serie de relaciones sociales entre los jóvenes por dentro y fuera de la escuela, aunque con espacios diferenciados por género. Otra forma temprana de socialización fue la formación de clubes colegiales que permitían el desarrollo de actividades deportivas y culturales (Cammarota, 2014: 109-120). Al comenzar la segunda mitad del siglo, los jóvenes adquirieron una relevancia mayor, convertidos en una parte esencial del mercado, en un periodo de crecimiento del sistema capitalista en el mundo occidental. Asimismo, el Estado de Bienestar otorgó la posibilidad de que un número mayor pudiera acceder a esta moratoria y permanecer en las escuelas medias para luego continuar su formación en las universidades (Enrique, 2011: 58).

Por estos motivos, el primer peronismo, considerando la importancia que los jóvenes adquirirían, impulsó su politización con la creación de la UES (Unión de Estudiantes Secundarios) dividida en la rama femenina y masculina. Se promovieron desde esta organización la realización de actividades deportivas y se difundieron

entre ellos, los ideales de fraternidad, orden, disciplina, responsabilidad, nacionalismo y antiimperialismo, con miras a constituir a los futuros ciudadanos (Cammarota, 2014: 30-33/ 145-167). Esta organización dependía en este periodo del Ministerio de Educación de la Nación, que proveía de recursos para su funcionamiento y organización de actividades deportivas, recreativas y turísticas. Sus integrantes debían afiliarse para poder participar de manera que había una presencia formal del Estado en el tiempo libre de los jóvenes (Enrique, 2011: 60). Al comenzar la década de 1970, la UES adquirió una fuerza independiente del mandato que le dio origen y asumió un gran protagonismo en la construcción de un movimiento estudiantil secundario durante estos años, como así también, sostuvo una activa participación en la lucha por el retorno del líder justicialista y en pos del cambio social (Marcote, 2017: 65-83).

Volviendo sobre la década del sesenta se destacaron una serie de cambios en las pautas de organización familiar, en la aceptación de la presencia de la mujer en el mercado del trabajo y de la sexualidad fuera del matrimonio. La proliferación de revistas y difusión de opiniones de especialistas en psicología y sexualidad en los medios de comunicación, respecto de las libertades juveniles hicieron posible los debates y posteriores transformaciones. Pronto el modelo familiar vigente comenzó a ser cuestionado, es decir, aquel en que los adultos representaban figuras de autoridad para sus hijos, se promovió así una democratización de las relaciones familiares y el respeto por la individualidad. También el sexo adquirió estado público de debate y se cuestionó la doble moral sexual que promovía en las mujeres, la preservación de su virginidad para casarse, en tanto que en los varones estimulaba un inicio sexual temprano. Lo que conllevó al establecimiento de parejas más democráticas y la posibilidad de tener relaciones sexuales antes del matrimonio (Cosse, 2006: 39-60).

Estas novedades propiciaron ciertos cuestionamientos respecto del rol tradicional que asociaba a la mujer a la maternidad y la vida hogareña, reflejados en una nueva vestimenta de las jóvenes y fundamentalmente, en sus expectativas, que trascendían esos espacios (Pujol, 2007: 281-328). Se produjo una transformación en el prototipo de mujer, de “doméstica a liberada”, se rompió con el modelo femenino de domesticidad, en el que ella estaba anclada al hogar y como “esposa de”, esperando el sustento provisto por el hombre. En los años sesenta, las mujeres jóvenes aceptaron su sexualidad y buscaron crecer en el plano profesional y laboral, convirtiéndose en mujeres independientes, rebeldes y emancipadas (Cosse, 2009:

171-186). La autora afirma que durante esta década algunas jóvenes comenzaron a irse de la casa familiar como respuesta a la autoridad paterna excesiva. Basta agregar a este cúmulo de transformaciones, que la aparición de la pastilla anticonceptiva tuvo un consumo moderado entre las mujeres de clase media y alta, dado que su acceso no era para todas, por el costo que implicaba (Manzano, 2017: 180-187).

En relación a los cambios culturales, Valeria Manzano (2017) habla de la “modernización cultural”, como categoría nativa, que tuvo lugar desde los años cincuenta. Esta consistió en la ampliación de la matrícula de las escuelas y universidades, la transformación en la cultura del consumo, en las dinámicas familiares y la construcción de nuevas subjetividades entre el joven y el adulto. La “era de la juventud” tuvo lugar entre los años cincuenta y hasta el final de la última dictadura militar, cuando como producto del aparato represivo, este colectivo con sus características distintivas, dejó de existir. Entre estos años, se entrecruzaron la política, la cultura y la sexualidad, los jóvenes irrumpieron en el escenario nacional a partir de la militancia en agrupaciones estudiantiles, políticas y guerrilleras (Manzano, 2017: 15-41). A la vez, otro cambio fue que entre mediados de los cincuenta y comienzos de los sesenta el rock internacional empezó a ser consumido por los jóvenes y promovió una cultura material más amplia constituida por revistas, libros, folletos, afiches y discos, que ellos y ellas empezaron a adquirir (Pujol, 2007: 281-328).

La escuela secundaria fue el espacio de sociabilidad por excelencia, aunque funcionaba bajo un sistema autoritario con normas rígidas de conducta y de la enseñanza, propias de los comienzos del sistema educativo nacional. Razón por la cual, los estudiantes encontraron lugares extra escolares, es decir, espacios de sociabilidad alternativos como las esquinas y las calles de la Ciudad de Buenos Aires, que se convirtieron en zonas de frontera entre varones y mujeres, divididos en sus escuelas por género, excepto en los colegios dependientes de la UBA (Manzano, 2017: 79-92). Entonces, estos espacios se tornaron en formas de escapar al control adulto. Por lo tanto, el Día de la Primavera se transforma en un ámbito de sociabilidad en el espacio público, del cual los estudiantes habían logrado apropiarse.

Por su parte, aunque no sea nuestro objeto de estudio, es importante incluir a los estudiantes universitarios en este relato, pues, durante el periodo 1966-1975 llegaron a construir lazos con el movimiento estudiantil secundario. Estos contaban con sus propios espacios para la socialización y el consumo cultural en el centro

porteño, los sitios elegidos por ellos eran los cafés y bares, donde se discutía sobre política. Aunque los estudiantes universitarios politizados no eran la mayoría, sí habían alcanzado gran visibilidad y con el correr de los años se transformaron en protagonistas de la lucha social. Frente al crecimiento de la radicalización, el gobierno de facto de Juan Carlos Onganía, buscó intervenir la universidad para acabar con su gobierno autónomo y erradicar la política de su interior, aunque no logró todos sus objetivos y los universitarios incrementaron su movilización como contrapartida (Buchbinder, 2010: 191-205; Seia, 2014: 77-106; Manzano, 2017: 94-114). Las clases medias, al principio no apoyaron la intervención de la universidad, ni tampoco el uso de la violencia contra los estudiantes en las manifestaciones que éstos encabezaban. De todas formas, para inicios del año 1970, la opinión pública comenzó a moldearse desde la prensa, asociando estas manifestaciones a acciones de “agentes extraños”, “ajenos a la Nación” que buscaban alterar el “orden”. Se condenaron las grandes manifestaciones políticas del periodo asociando a las mismas con la “subversión”. Mientras tanto, los jóvenes en la universidad se dividían entre quienes se interesaban por la política, aunque no eran militantes, unos más radicalizados que creían en la posibilidad de una revolución social y otros que simplemente permanecían ajenos (Carassai, 2013: 69-99; Millán, 2014: 176).

Una mayor visibilidad en el espacio público del movimiento estudiantil secundario puede situarse en las movilizaciones de 1958 durante el gobierno de A. Frondizi, a favor de la educación laica, acompañando a los jóvenes universitarios. Los estudiantes reclamaban contra la posibilidad de que las universidades privadas pudieran expedir títulos (dos años antes se había derogado en plena dictadura gracias a la lucha del movimiento estudiantil) pero durante ese año se impuso como una política sostenida por la cúpula de la Iglesia Católica y algunos empresarios (Millán, 2016: 115). Años después, el avance contra las universidades públicas continuaría con Juan C. Onganía, las libertades asumidas por la juventud a las que referíamos al comienzo fueron perseguidas y reprimidas. Por su parte en las universidades, esta dictadura representó un antes y un después, pues el autoritarismo se instaló con fuerza (Manzano, 2017: 108).

La dictadura de Onganía se sostuvo en la idea de los militares de permanecer en el poder durante un tiempo indeterminado, con el propósito de “modernizar el país” y erradicar los conflictos sociales. La política, era concebida como un espacio de “desorden”, por lo tanto, la propuesta del nuevo gobierno era prohibirla, disolver

los partidos, intervenir la universidad e impedir el desarrollo de conflictos laborales. Con estas medidas, lograron imponer una dominación de clase que tuvo su repliegue en el año 1970, tras la gran movilización obrera- estudiantil del año anterior en Córdoba (O'Donnell, 1996: 288-293).

Este proceso estaba en consonancia con el contexto latinoamericano de lucha contra el comunismo, por lo tanto, se instaló en el imaginario social la noción de la “guerra antisubversiva” en defensa del “occidente cristiano” a modo de justificación de la represión implementada, no obstante, la movilización política de amplios sectores sociales no se redujo (Pontoriero, 2016: 48-51). Con la instalación de esta dictadura, los jóvenes pasaron a ser considerados “sospechosos” mientras que se erigió cierto imaginario sobre ellos que los asociaba a la provocación, el consumo de drogas y la ambigüedad sexual. Impulsando desde el Estado las *razzias* policiales en los recitales, que se volvieron moneda corriente, entonces, asistir a los mismos significaba la posibilidad de pasar la noche en una comisaría o escapando de la policía (Pujol, 2007: 281-328). En medio del autoritarismo surgieron demandas en las escuelas frente a las normas que querían controlar aspectos físicos como el largo del pelo o las formas de vestir (Manzano, 2011: 41-52). Pero el reclamo más significativo era la eliminación del Decreto De la Torre que establecía la prohibición desde el año 1936 de centros de estudiantes en las escuelas del nivel medio, como una reivindicación propia, insistiendo en la libertad de poder participar en la política (Enrique, 2011: 70).

Con el correr de estos años, los estudiantes fueron adquiriendo fuerza en las movilizaciones contra la intervención de la dictadura en las universidades, con un crecimiento sostenido hasta 1969, año de gran movilización obrera y universitaria en diferentes ciudades del país, pero cuyo centro fue la Ciudad de Córdoba (Bonavena, 2012). El Cordobazo fue un momento de gran presencia de la juventud en la escena pública, a partir de entonces, se constituyeron tres componentes para la acción colectiva: el primero, era la percepción de situaciones de injusticia; el segundo, la posibilidad de revertirlas mediante la participación popular y por último, la constitución de una identidad opositora a la dictadura, que incluía a obreros y estudiantes (Gordillo, 2007: 356-363). Tras la crisis del gobierno del general Juan C. Onganía, y el periodo de negociaciones por el retorno de Perón, en el año 1972, se produjo una disminución de las luchas encabezadas por el movimiento estudiantil secundario y universitario, como modo de acompañar a los partidos en el camino

hacia la apertura política (Bonavena, 2012). Aunque la movilización más importante de este periodo estuvo encabezada por las organizaciones armadas, que aumentaron la presencia de la violencia en la vida cotidiana, contribuyendo a la salida democrática para intentar resolver dichos conflictos (Larraquy, 2017). Luego de esta etapa, la lucha estudiantil volvió a crecer conforme transcurrió el año 1973, momento de recuperación democrática, en el cual predominó la “toma” de escuelas secundarias y facultades, para expulsar a las figuras autoritarias de las instituciones educativas.⁶ Las “tomas” eran acciones directas de ocupación de instituciones públicas, planificadas y con objetivos puntuales, como expulsar al funcionario no deseado. Así fueron ocupados facultades, hospitales y organismos del Estado donde se sostenía un apoyo al gobierno elegido democráticamente, pero se exigía la renuncia de todos los colaboradores del régimen anterior que continuaban en sus cargos (Nievas, 1999: 351-393).

Finalmente, los 49 días del gobierno de Héctor Cámpora, produjeron una serie de modificaciones en la escuela secundaria y se anuló el decreto de prohibición de los centros de estudiantes. Para este entonces la UES tenía el control de 300 centros en todo el país, lo que marcaba la importancia de la organización estudiantil peronista. No obstante, no era la única organización estudiantil secundaria, ya que desde el conflicto de “laica vs libre”, existía la FEMES (Federación Metropolitana de Estudiantes Secundarios) ligada al comunismo y organizaciones de derecha, como la UNES (Unión Nacionalista de Estudiantes Secundarios). Pero dentro de este escenario, las organizaciones de ideologías de izquierda concentraban una mayor proporción de adherentes. Frente al creciente autoritarismo, dichos dirigentes estudiantiles comenzaron a ser perseguidos y muchos resultaron asesinados por la fuerza parapolicial de derecha (Manzano, 2011: 41-52; Marcote, 2017: 131-134).

En el año 1973, tras la llegada al poder de Juan D. Perón, se fue gestando una lógica político represiva que giraba en torno de la eliminación del “enemigo interno”, a través de un cúmulo de políticas y prácticas legales junto a formas clandestinas en nombre de la “seguridad nacional”. Este proceso fue acompañado de la construcción de un discurso sobre la violencia desde la prensa, que con el

⁶ Por ejemplo, en 1974, en la Escuela Normal Mariano Acosta los estudiantes ocuparon el establecimiento en rechazo del rector del momento y a favor de la organización de un centro de estudiantes en la escuela (Informe de la situación de la Escuela Normal de Profesores N° 2, Mariano Acosta, 1974)

correr de los años, tras la muerte del líder justicialista, colaboró con la construcción de un clima favorable al golpe del 24 de Marzo. En los años setenta tuvo lugar una proliferación de organizaciones armadas de izquierda,⁷ que habían ofrecido una resistencia a la dictadura y tenían como horizonte un proyecto socialista revolucionario. Las guerrillas comenzaron a incidir en la vida política a través de medidas como asaltos, secuestros, “ajusticiamiento” de militares antes del retorno democrático, por lo cual la figura de Perón era vista como la posibilidad de instaurar el orden. Muerto el líder, la combinación entre medidas estatales y paraestatales para la eliminación de estos grupos fue en aumento al punto que prácticamente a la fecha del inicio de la última dictadura, estas organizaciones habían sido desarticuladas. No obstante, las acciones de violencia previas, contribuyeron a la construcción del “enemigo interno” en el ámbito público, a través de la prensa que derivaron, como fue mencionado, en la creación de un clima social golpista (Franco, 2012: 24-44).

En el ámbito educativo, con la asunción de Oscar Ivanissevich como nuevo ministro de educación⁸ y tras la muerte de Juan D. Perón, el movimiento estudiantil comenzó a sufrir las consecuencias de la represión ilegal por un lado, y por otro, nuevamente la prohibición, en 1975, de los centros de estudiantes. En ese año tuvo lugar el reclamo por el Boleto Estudiantil Secundario en la ciudad de La Plata, los estudiantes secundarios realizaron varias asambleas y pese al marco represivo se movilizaron al Ministerio de Obras Públicas para solicitar esta ayuda en un contexto económico crítico. Los estudiantes obtuvieron su aprobación y además, denunciaron el encarcelamiento de compañeros por su militancia política, entre otros pedidos. Un año después, este antecedente golpearía las puertas de los principales organizadores de la jornada que poseían militancia política, dando lugar a la “Noche de los Lápices” (Marcote, 2017: 86/ 109- 114). A continuación establecemos un diálogo entre las entrevistas, prensa escrita y filmaciones, teniendo como referencia este escenario complejo.

⁷ PRT (Partido Revolucionario de los Trabajadores); ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo); Montoneros; FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias), FAP (Fuerzas Armadas Peronistas); FAL (Frente Argentino de Liberación). Ver: Vera Carnovale (2010); Pilar Calveiro (2013); Marcelo Larraquy (2017).

⁸ Ministro de Educación de la Nación entre 1974 y 1975 en reemplazo de Jorge Taiana (1973-1974). Ivanissevich era un católico tradicional, que ya había ocupado el cargo de Ministro de Educación durante el primer gobierno de Perón. Su misión consistía en implementar en el sistema educativo la fe cristiana. Para un desarrollo de la política de este ministerio durante el tercer peronismo en la universidad, ver: Laura Graciela Rodríguez (2014)

Las primaveras ordenadas a través de la prensa

Indagando la prensa escrita (*La Nación* y *Clarín*) pudimos reconstruir algunas características comunes en torno al Día del Estudiante entre las décadas del sesenta y setenta. Por ejemplo, cada primavera, tenía lugar en la Ciudad de Buenos Aires, un desfile de carrozas alusivas al comienzo de la nueva estación,⁹ el desarrollo de actividades artísticas para toda la familia, la decoración de locales sobre la Avenida Santa Fe (en el microcentro porteño). Las mismas eran organizadas por la Asociación de Amigos de la calle Santa Fe.¹⁰ Allí también tenía lugar, la elección de una reina de la primavera, en cuyas carrozas predominaban las jóvenes con vestimenta que hacía alusión a otras épocas, o en trajes de baño. A estas actividades se sumaba un desfile de autos antiguos a la vista de personas de todas las edades, dispuestas a participar de los festejos.¹¹

Por su parte, los jóvenes acudían en masa a los espacios verdes, para realizar el tradicional picnic de primavera.¹² A lo largo de estos años, se estableció en Buenos Aires, un asueto para todos los niveles educativos que les permitía asistir a lugares como los Bosques de Palermo o la ribera de Tigre, entre otros. Durante el picnic tenía lugar la práctica de deportes como el fútbol y actividades lúdicas, asimismo, los romances de primavera eran comunes y fueron resaltados en los medios de comunicación¹³. La presencia de tocadiscos (Wincos) y radios, en estas celebraciones aparece mencionada para el año 1975, como parte de las prácticas juveniles para festejar, pero lo más común era la presencia de guitarras y de canciones del rock nacional.¹⁴

El discurso construido desde la prensa se centró básicamente sobre algunos tópicos que se repetían año tras año: la asociación de la primavera a la juventud, la belleza, el amor, la esperanza y la vida. Se realizaba el mismo 21 de septiembre un detalle pormenorizado por diferentes zonas de Buenos Aires, de todas las actividades propuestas por organizaciones o autoridades. A propósito de las mismas se pueden destacar, un aprovechamiento para rendir homenaje a personajes

⁹ (22 de septiembre de 1967). Fiesta de la juventud. *Clarín*, pp. 20-21.

¹⁰ (22 de septiembre de 1968). Una alegre celebración primaveral. *La Nación*, pp. 19-20.

¹¹ (21 de septiembre de 1966). Un poco fría, pero primavera al fin. Llega hoy la estación de la juventud. *Clarín*, pp. 29-30.

¹² (21 de septiembre de 1972). La primavera se celebra con un buen pic-nic. *La Nación*, p. 13.

¹³ (22 de septiembre de 1967). En desfiles, paseos y bailes la ciudad recibió la primavera. *La Nación*, pp. 6-7.

¹⁴ (22 de septiembre de 1975). La ciudad se llenó con la primavera. *Clarín*, p. 14.

históricos o acontecimientos vinculados con la historia de cada barrio¹⁵ y la presencia de las bandas musicales de las FF. AA ofreciendo espectáculos en espacios públicos.¹⁶ Las escuelas militares abrían sus puertas, por ejemplo en Campo de Mayo, para que los estudiantes pudieran asistir y realizar actividades recreativas en sus instalaciones, del mismo modo, recibir charlas y visitas guiadas por el recinto. Es decir, se trataba de un espacio pensado para el adoctrinamiento de la juventud en primavera, en un momento donde garantizar el control juvenil era una preocupación estatal, aunque en las crónicas periodísticas solo se lo anunciaba sin más detalles. Lo señalado responde a prácticas comunes a lo largo del periodo, pero lo que nos interesa es destacar aquellas particularidades que algunas celebraciones presentaron, cruzando el relato de la prensa con bibliografía, fuentes orales y filmicas.

Las primaveras desordenadas en el espacio público

En el año 1966, en víspera de la primavera en Resistencia, Chaco, un grupo de jóvenes quiso comenzar anticipadamente los festejos por el Día del Estudiante, por lo cual, el gobierno provincial desplegó un dispositivo policial de represión para evitarlo dado que los festejos se estaban politizando y eran aprovechados para hacer reclamos o reivindicaciones puntuales al gobierno de facto. Como el caso de Tucumán al día siguiente, donde la primavera fue asumida por los estudiantes para conmemorar a un joven universitario asesinado días antes, se trataba de Santiago Pampillón.¹⁷ El Centro Intercolegial Monterense de Estudiantes Secundarios de Tucumán convocaba a una jornada de duelo y homenaje en su nombre. Mientras tanto, en el centro porteño, algunos estudiantes del Colegio Nacional Buenos Aires se enfrentaron con la policía por las mismas causas (Bonavena, 2012).

Esta primera jornada estudiantil durante el régimen de Onganía se presentó conflictiva, debido al asesinato de este estudiante en la Ciudad de Córdoba, la jornada se transformó en un día de lucha y a la vez de reivindicación de la autonomía

¹⁵ (21 de septiembre de 1966). En el primer día de la primavera se harán varios actos. *La Nación*, 4.

¹⁶ (22 de septiembre de 1969). La ciudad se vistió de luz y color para recibir la primavera. *Clarín*, p. 48.

¹⁷ Se trataba de un joven de 24 años, estudiante universitario, de origen mendocino a quien la policía disparó por la espalda, en la Ciudad de Córdoba el día 7 de septiembre de 1966, en medio de la represión de una manifestación de estudiantes universitarios en contra de la política intervencionista de la dictadura de Onganía en la universidad. Recibió un disparo en la cabeza, que días después, el 12 de septiembre le provocó la muerte. Convirtiéndose en una de las primeras víctimas de represión sobre la juventud y también en símbolo de lucha. (Buchbinder, 2010: 193).

universitaria. El diario *La Nación* registró estos conflictos en el espacio público de la Ciudad, en la que un grupo de estudiantes comenzó a gritar las siguientes consignas en pleno festejo primaveral: “¡Pampillón un solo corazón! ¡autonomía! ¡queremos autonomía y gobierno popular! ¡muera la dictadura!”. A continuación relataba la crónica periodística que en el microcentro porteño “*un hombre alto comenzó a decir: señoras y señores, la universidad argentina y el estudiantado están en duelo en este día del estudiante por la trágica muerte de Santiago Pampillón*”.¹⁸ El orador no pudo proseguir porque un grupo de policías intentó llevárselo, mientras otro hombre a los golpes logró liberar al primero, y ambos huyeron del lugar. En medio de una descripción de festejos, el conflicto estudiantil se hizo presente, y la prensa reprodujo el contenido del reclamo en la voz de ese orador anónimo que logró evadir a las fuerzas policiales. La presencia de estudiantes gritando sus consignas y este intento por transmitir lo que significaba esa jornada, constituyeron una estrategia para visibilizar la violencia estatal ejercida sobre el estudiantado.

Para el año 1967, analizaremos una filmación que ponía de relieve las características habituales, ya mencionadas, de festejar, mostrando una determinada forma del ser joven: despreocupado, alegre, en grupo, con una forma de vestir y comportarse libremente. Dos presentadores televisivos hacían un recorrido por Palermo, en un ambiente de efervescencia adolescente, mientras los dos periodistas intentaban hacer un relato de cómo transcurría la jornada, de fondo, en medio de gritos y saltos, un grupo de estudiantes presionaban las espaldas de varios policías que formaban parte de un cerco, separándolos de los periodistas. La escena resulta cómica, por la fuerza de los policías tratando de impedir que los jóvenes entraran al espacio de filmación, y éstos empujando sin cesar (Anexo, I, II, III). De esta forma, la autoridad policial aparecía desdibujada, dado que su presencia no generaba “orden” y frente a ese escenario la periodista opinaba: “*están quizás demasiado eufóricos*”. También se puede destacar la necesidad de diferenciar el espacio del adulto del juvenil y la apropiación el 21 de septiembre, que los jóvenes hicieron del espacio público. Esa jornada, poblaba las calles, y ellos y ellas, tenían permitido incluso desafiar a la autoridad y mostrarse de esa forma frente a los medios de comunicación. La tradición de celebrar de este modo, se combinaba con las nuevas prácticas de libertad que estos asumieron desde principios de los sesenta.

¹⁸ (22 de septiembre de 1966). Con diversos actos se celebró el advenimiento de la primavera. *La Nación*, p.20.

En esa primavera en Palermo, predominaron además la música de las guitarras, del rock and roll, los bailes, el juego de la botellita, juegos con pelotas y el metegol. También aparecen en escena, dos chicas bailando en traje de baño, parejas besándose, otros fumando, escribiéndose la ropa y el cuerpo, y el símbolo de la “paz” vinculado al hippismo (Anexo, IV, V, VI, VII). Todo esto nos remite a una ausencia de la “autoridad” y una presencia de las prácticas juveniles allí reunidas en el espacio público, que luego serían transmitidas a través de la TV.¹⁹ Se constituía la jornada como un espacio propio de la juventud, donde los adultos estaban excluidos y se manifestaban los cambios en la moral respecto de las libertades sexuales del periodo que señalamos al comienzo de este capítulo. La juventud se presentaba como portadora de la modernización cultural y cuestionando la doble moral sexual (Manzano, 2017; Cosse, 2009). Estas escenas debían despertar recelos en instituciones conservadoras, como las ligadas a la Iglesia Católica. Pero más allá del cerco de policías desdibujados y estos intentos de despolitizar no hubo una represión sobre estos espacios de expresión cultural, pues el foco represivo estaba puesto en la política.

Nos trasladamos al año 1970, el gobierno de Onganía había llegado a su fin después del Cordobazo y en su lugar había quedado el General Roberto M. Levingston. Para esta jornada el presidente de facto se acercó al Rosedal (Palermo, Ciudad de Buenos Aires) a charlar con los jóvenes: *“Allí habló de política, de la situación del país, de la democracia y de la situación universitaria, temas de innegable gravitación, y que sin embargo, fueron debatidos cordialmente, como hace tiempo no se ha dado entre un presidente y el hombre de la calle”*.²⁰ En este caso, la publicación señalaba como novedoso el acercamiento de un presidente-militar a la juventud. La nota continuaba con la reproducción de una parte de los diálogos entablados entre el presidente de facto y los estudiantes, quienes le preguntaron sobre la apertura democrática, a lo que Levingston respondió *“¿Qué es lo más importante para usted? ¿Dar las condiciones necesarias para un desemboque correcto en la solución democrática o una salida electoral precipitada e inmediata?”*.²¹ Según el régimen hasta que no cumplieran sus propósitos (orden y

¹⁹ Archivo Difilm (2014, 1 de abril). Tanguito en festejos día de la primavera en Buenos Aires 1967 [archivo de video]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=WjWmBilG3lw>

²⁰ (22 de septiembre de 1970). La primavera fue recibida a pleno sol. El presidente dialogó con los estudiantes. *Clarín*, p. 28.

²¹ (22 de septiembre de 1970). La primavera tuvo ayer una brillante iniciación. *La Nación*, p.22.

disciplinamiento social), estarían de forma indefinida en el poder, pero la posibilidad de dar una salida democrática, ya estaba instalada. Este primer acercamiento a los jóvenes, de parte del gobierno de facto, es interesante de resaltar, pues en los años siguientes, se convertirá en una actividad en boga de parte de los militares, en búsqueda de dar una imagen positiva de sus gobiernos ante la opinión pública. La juventud, símbolo de la renovación en los sesenta, debía ser disciplinada, pero a su vez, tenían que mostrarse dispuestos al diálogo, como en el caso del general Levingston aunque solo fuera a modo de propaganda del régimen.

El poder militar estaba preocupado por incidir en la juventud, por acercarse a ellos/ellas en un contexto de altos niveles de participación, no solo en organizaciones políticas y estudiantiles sino también en organizaciones armadas. Esto reflejaba la necesidad de mostrarse “abiertos” al diálogo con uno de los sectores más conflictivos y qué había contribuido a erosionar el poder militar en las innumerables experiencias de protesta social del gobierno anterior.

Para el año 1971 esta jornada se asoció a la protesta universitaria en la cuál se desarrollaron homenajes en solidaridad de estudiantes presos²². Allí predominaba una forma del ser joven (expresado en largas cabelleras, minifaldas y moda *hippie*) En tanto que en el año 1972, el clima político se expresó a través de una viñeta hecha a propósito del 21 de septiembre en la que aparece un estudiante preguntándole a otros “¿Qué les parece si festejamos secuestrando al decano?” realizada por Landrú²³ (Anexo VIII) aunque remitía a la universidad, manifestaba la asociación entre el Día del estudiante/con un día de manifestación juvenil y al tiempo que establecía una vinculación directa con las organizaciones armadas de izquierda, que como ya indicamos, tenían el secuestro como práctica de lucha hacia el régimen o como medio para obtener fondos para continuar con la organización clandestina (Larraquy, 2017).

La Universidad intervenida desde tiempos de Onganía, representaba lo que la juventud no aceptaba, frente a eso, la vía armada era una posibilidad como expresaba el dibujante Juan Carlos Colombres. La referencia gráfica que venía a propósito de una huelga de hambre sostenida por estudiantes de la Facultad de Veterinaria de la UBA, que era noticia por aquellos días. La renovación académica

²² (21 de septiembre de 1971). Celebrase la llegada de la primavera y el día del estudiante. Asueto en la enseñanza. *Clarín*, p. 22

²³ (21 de septiembre de 1972). No decrece la agitación de estudiantes de Veterinaria. *Clarín*, p. 17.

que había convertido a la universidad en el ciclo más innovador, llegó a su final con el golpe de 1966 cuando muchos docentes se vieron obligados a abandonar sus cargos, renunciaron o se exiliaron luego de la Noche de los Bastones Largos. Posteriormente, el panorama transcurría entre la imposición del poder de facto al ámbito universitario y el creciente número de protestas estudiantiles para luchar contra estas intervenciones. Dentro de este clima de movilización política, la violencia aparecía como una forma legítima de ganarle al autoritarismo, en función de los ejemplos que ofrecía el contexto internacional, como lo fue la Revolución Cubana (Buchbinder, 2010: 191-198).

El año 1973 se tornó particular por la coyuntura política, ya que la celebración coincidió con la realización de las tan esperadas elecciones presidenciales, que tan solo dos días después, darían como resultado el triunfo de Juan D. Perón y el comienzo de su tercera presidencia. Según el diario *La Opinión*:

“Desde el 25 de mayo se han venido sucediendo ocupaciones de colegios secundarios, acciones de protesta, paros, protagonizados por los adolescentes. En muchas escuelas secundarias pusieron en práctica sistemas de auto disciplina o por lo menos, se descongelaron las rígidas normas, que durante generaciones se aplicaron a los alumnos. En esta última semana decenas de miles de estudiantes secundarios, desfilaron espontáneamente para expresar su repudio al golpe militar de Chile. En otros casos, grupos de alumnos invadieron colegios de señoritas. Pero no hubo ‘raptos de sabinas’ los jóvenes pintaron leyendas políticas o diluyeron sus impulsos en insultar a las autoridades o romper algunos útiles”²⁴

Estas formas de expresarse (participación en paros, tomas movilizaciones) y asumir su autonomía durante el año 1973, en el gobierno de Héctor Cámpora fueron en aumento, brindando márgenes de libertad hasta ese entonces inexistentes, como la organización de Mesas de Trabajo en las que los centros de estudiantes y las familias participaban de ciertas decisiones referidas a la cotidianeidad escolar (Enrique, 2011: 76). Frente a la pregunta de cómo era la escuela secundaria, un estudiante del Mariano Acosta, se refiere a los primeros dos años de cursada (1971-1972) como “*un espacio de amansamiento*” (Daniel Guma, Mariano Acosta, 1971-1975) en dónde predominaban las amonestaciones por cualquier incumplimiento/ indisciplina. Pero el mismo estudiante, nos relataba que en el año 1974, frente a un caso de actitudes “injustas” de una docente, habían optado por revelarse:

²⁴ (22 de septiembre de 1973) El pensamiento del poder adolescente. *La Opinión* (Suplemento), p. 1.

“Mientras cursaba cuarto año, una profesora de matemática que era pésima, nos tomaba examen sin habernos enseñado. Nos pudrió. Nos pusimos de acuerdo para quedarnos en silencio, durante sus clases. Todos en silencio todo el tiempo. Empezó a enloquecer y fue a hablar con el vicerrector para quejarse. Él venía y nos pedía por favor que le prestáramos atención y le respondiéramos, pero nosotros le dijimos que íbamos a mantener nuestra actitud. Hasta que un día nos cambiaron de profesora, por otra excelente” (Daniel Guma, Mariano Acosta, 1971-1975)

Aunque no se trataba de una manifestación política, era una forma de resistir al autoritarismo de la docente, lejos de lo que podía ocurrir años anteriores, las autoridades intentaban sostener un diálogo con los estudiantes, frente al reclamo por ellos planteado. Como expresaba el diario *La Opinión*, frente a los rígidos sistemas disciplinarios, la juventud comenzaba a revelarse. Valeria Manzano (2017) señala que las escuelas secundarias mantenían rígidos sistemas de disciplinamiento mientras la juventud cobraba una actitud más crítica. En esta nueva etapa política (1973) la renovación penetró en la escuela, dando lugar a diversas experiencias de libertad (centros de estudiantes, mesas de debate, reclamos a las autoridades, normas de vestimenta menos rígidas) construidas en base a las nuevas prácticas, como pudimos observar en la bibliografía referida y nuestras entrevistas. Por su parte, otro estudiante del Mariano Acosta, de años anteriores manifestaba que:

“El vínculo con el adulto no existía. En general el profesor era un tipo muy distante, el que te ponía una nota” (...) Te cortaban el pelo si superaba el largo de la camisa, a mi una vez me pusieron amonestaciones porque me había olvidado la corbata. Era un régimen carcelario. Aunque eso no evitaba que hiciéramos un quilombo negro” (Jorge Curcio, Mariano Acosta, 1968-1972).

Este testimonio explicita una cultura escolar atada a antiguas estructuras donde el normalismo académico seguía imperando. La condición de joven los impulsaba a llevar adelante formas de resistir a estas formas rígidas de enseñanza, como el silencio. O la posibilidad de “armar quilombo” cuando la oportunidad se presentara, aunque eso, posteriormente implicara estar con mucho cuidado por la cantidad de amonestaciones, o el temor a ser expulsado de la institución. Estas eran las características de una escuela que como mencionaban desde *La Opinión*, se estaba transformando en 1973, en sintonía con los cambios ocurridos en el escenario político nacional. Una narración similar de un ex estudiante de los mismos años en el Mariano Acosta afirmaba:

“Te tenían cagando, había celadores que te amonestaban. A las veinticinco te rajaban. Lo más común, fumando en el baño, o una guerra de tizas. Por ratearte. El docente, si molestabas te podía sacar del aula, y si el celador te veía en los pasillos, te podía aplicar amonestaciones. Pero igual, jugábamos al truco o al ajedrez en el fondo, durante clases. Yo era del grupo del fondo, los más quilomberos” (José Duduchark, Mariano Acosta, 1968-1972)

Sostener el “orden” era fundamental para intentar controlar la creciente movilización estudiantil, frente a las imposiciones escolares, los estudiantes buscaban formas de evadir determinadas normas. Se trataba de pequeñas acciones de resistencia al “orden” siempre que podían, los jóvenes sostenían una actitud desafiante hacia las autoridades escolares. No necesariamente se trataba de acciones políticas, los jóvenes ajenos a la misma podían manifestarse en contra de la autoridad. Otros intentos de preservar sus identidades, podía ser en el caso de los varones con el pelo largo, haciéndose peinados con gomina y subiéndose el cuello de la camisa para ocultar su cabellera (Víctor Do’porto, Mariano Acosta, 1971-1976) o como expresaba un compañero suyo: “*La joda estaba en ratearse. Yo conocí todos los huecos del colegio (sótano, vestuario, caldera), era un maestro del escondite*” (Daniel Guma, Mariano Acosta, 1971-1975). Estos años de dictadura se traducían en las escuelas en normas estrictas frente a las formas de evasión o transgresión de las mismas que encabezaban algunos estudiantes. En los relatos recabados del periodo 1966-1971, se destacaron las dificultades que los estudiantes tenían de participar o hablar de política en la escuela debido al fuerte control ejercido.

Entonces, las diferencias con el periodo del retorno democrático de 1973, tal vez no estaban presentes en las prácticas de rebeldía, sino en los modos en que las autoridades se posicionaban frente a ellas. Mientras que en 1968 llenaban de amonestaciones al alumno transgresor, en 1974 buscaban un diálogo, en un contexto atravesado por la movilización estudiantil secundaria del retorno democrático del año anterior. Sin embargo, hay que señalar que con la asunción de Perón este clima de rebeldía, buscaría ser aplacado. En la introducción al suplemento sobre los adolescentes del diario *La Opinión*, los estudiantes secundarios recuperaron el protagonismo de la jornada y se detallaron numerosas acciones que ponían de relieve el aumento creciente de su “presencia” en el espacio público. En este suplemento, se manifestaron las formas de concebir a este grupo, que nos interesa recuperar, como

parte del imaginario que circulaba sobre la juventud en un momento de gran movilización.

A partir de las entrevistas que durante dos semanas el equipo de periodistas de dicho diario realizó a jóvenes entre 12 y 18 años de todas las clases sociales, podremos recuperar las imágenes que llegaban a los lectores de esta publicación periódica sobre los adolescentes.²⁵ Según la misma, participaron 250 jóvenes (varones y mujeres) a los que se interrogó sobre política, familia, religión, sexo, y costumbres. Lo interesante, fue la participación de los líderes de tres organizaciones estudiantiles/políticas: La UES (peronista), la FJC (Federación Juvenil Comunista) y de la JSP (Juventud Sindical Peronista) una organización de derecha, confluyendo la opinión de distintas ideologías al interior del movimiento estudiantil.

A lo largo de las páginas del suplemento, se aseguraba que los adolescentes eran percibidos como problemáticos, puesto que se trataba de jóvenes más inquietos, maduros, politizados, con menos prejuicios sexuales y más rebeldes frente a las pautas familiares y políticas que sus antecesores. El peronismo previo al retorno del líder justicialista, les ofrecía una posibilidad de participar, y de dejar de sostener una actitud pasiva frente a los adultos. El interés del diario, era chequear, qué cantidad de adhesiones tenía Perón entre los estudiantes secundarios, a los que se les consultó si lo votarían: el 45 % respondió afirmativamente. Otros porcentajes interesantes, fueron que el 32 % tenía una actitud favorable frente a la guerrilla y que el 30 % de esos jóvenes, era “militante político”. Se les ofreció la posibilidad de elegir una figura política y 66 jóvenes habían elegido a Perón, mientras que 67, se inclinaron por Ernesto “Che” Guevara, dando cuenta de las influencias ideológicas que existían entre ellos/ellas, que oscilaban entre el peronismo y la izquierda. Finalmente Juan D. Perón alcanzó alrededor del 62 % de los votos constituyéndose por tercera vez en presidente.

Esta presencia de la política en la escuela, se hizo presente a través de los relatos de nuestros entrevistados: *“Cuánto más nos acercábamos a quinto, la pasábamos mejor, porque la sociedad pasó a un momento de distensión”* (Daniel Guma, Mariano Acosta, 1971-1975). Aquí el entrevistado narra su percepción del cambio operado entre los primeros años de escolarización secundaria en pleno

²⁵ (22 de septiembre de 1973). El pensamiento del poder adolescente. *La Opinión* (Suplemento), pp. 1-4.

proceso represivo en la educación y luego, los años en los que la escuela era atravesada por el retorno democrático, aunque para 1975 el autoritarismo, se haría presente nuevamente con la asunción de Oscar Ivanissevich al Ministerio de Educación y la recuperación de las viejas prácticas autoritarias y represivas.

Según los testimonios recuperados, los orígenes de esa movilización estudiantil, se pueden encontrar en el Cordobazo (1969), que en la percepción de los estudiantes había operado un cambio significativo dentro de la escuela:

“El Cordobazo significó que vos ibas a salvar el país si militabas, una cosa muy fuerte. Empezó a haber en la escuela una militancia. De gente que militaba en el PCR (Partido Comunista Revolucionario), mucho chino, muchos de la Resistencia Peronista que hacían militancia secundaria. Ibas al baño, y te encontrabas con una foto del General” (Jorge Curcio, Mariano Acosta, 1968-1972).

Los estudiantes debatían, leían libros, revistas y folletos políticos y se involucraban con la realidad nacional, muchos luchando por el retorno del “General” que estaba presente hasta en los baños del Mariano Acosta antes de las elecciones de septiembre de 1973. Sin embargo en 1976, el golpe militar dejó trunco este escenario: “*En el 76 se vio un cambio, todo impecable, no había ni un cartel, a diferencia de años anteriores*” (Victor Do’ porto, Mariano Acosta, 1971-1976). La politización de la vida estudiantil del nivel medio, había cobrado una gran visibilidad cambiando la realidad material de la escuela, muchos estudiantes estaban ligados a estas ideologías que para 1974- 1975 comenzaron a ser perseguidas con mayor intensidad. En tanto que en el año 1976, se buscaron erradicar por completo a partir de la implementación de numerosas estrategias represivas como veremos en el siguiente capítulo. Entre 1969 y 1976, la violencia desatada entre las organizaciones armadas, el Estado y la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina) fue en aumento, instalándose en el ámbito público como un tema recurrente. Frente a esta situación de violencia constante, la clase media fue endureciendo su postura frente a la guerrilla, siendo esta considerada la responsable de la situación de inestabilidad del país, imagen que fue construida desde los medios de comunicación (Carassai, 2013: 119-171).

Volviendo al informe de 1973 del diario *La Opinión* se aseguraba que había más participación política entre los jóvenes mayores; que los estudiantes estaban preocupados por el golpe de Estado en Chile y habían participado de movilizaciones y actos de repudio al mismo en algún momento. A la vez tenían una percepción de la

dependencia latinoamericana en el contexto internacional. Otro de los tópicos que abordaron, fue la cuestión del tiempo libre, dando como resultado que no se les permitía ver algunas películas, mientras que ellos se encontraban más interesados en la radio y la música, que en la TV, asistían a clubes, practicaban deportes y el género musical predominante entre sus gustos era el rock y el estilo beat.

Otro apartado interesante, fue la pregunta sobre la situación de la escuela secundaria, en la que entrevistaron a representantes del movimiento estudiantil secundario a Cristian Caretti²⁶ (de la UES) que estaba a favor de integrar la escuela a los problemas populares de igual modo pensaba Pablo Tonelli (de la JSP). En tanto que Enrique Dratman (de la FJC) concebía a la escuela como una institución que reprimía las aspiraciones de los jóvenes y su desarrollo. Los tres coincidían en que: *“el actual sistema de enseñanza es irracional y enciclopedista, debe ser reemplazado por otro vinculado a la realidad científica, social y económica del país”*.²⁷ Esta publicación nos acercó la imagen que para 1973, se había instalado en el espacio público sobre la juventud, la escuela y la política. La lectura que hacían estos dirigentes de la institución respondía a una posición crítica sobre un funcionamiento que se había congelado en el tiempo y no acompañaba los cambios sociales, sin embargo, el cuestionamiento al enciclopedismo y la estructura escolar, no era nuevo. Desde principios del siglo XX se creó una matriz que no se modificó a lo largo de siete décadas (pese a que se produjeron algunos cambios de modalidades y espacios curriculares) estableciendo que la función de la escuela era el “orden y el disciplinamiento”, manifiesto en la estructura escolar de materias, años, divisiones, los exámenes, la lógica meritocrática, la supuesta neutralidad y objetividad del saber. Todo un sistema orientado a sostener el control sobre la juventud y su carácter enciclopédico y humanista (Southwell, 2011: 35-70) y que evidentemente, ellos intentaban transformar con sus luchas y prácticas culturales. La historia oral y las fuentes audiovisuales, nos acercaron a un “clima de época” donde los estudiantes secundarios habían alcanzado por medio de acciones de protesta, determinadas

²⁶ En septiembre de 1976, fue asesinado a sus 22 años, días antes de la primera primavera de la última dictadura militar. Había sido el fundador de la UES en la década del setenta en el Colegio Nicolás Avellaneda. Lo apodaron “el gringo” y cuando fue asesinado, era integrante de Montoneros y un líder político estudiantil reconocido a nivel nacional.

²⁷ (22 de septiembre de 1973). El pensamiento del poder adolescente. *La Opinión* (Suplemento), p. 3.

libertades dejando atrás el “autoritarismo” y convirtiéndose en protagonistas de la vida política y social.

En el mismo momento de efervescencia política a propósito del regreso de Perón, una crónica de la periodista Evangelina Solari²⁸ para el Canal 9 sobre el Día del Estudiante, nos acerca a esas expectativas sociales mientras recorría los bosques de Palermo:

“Sentimos hoy con mayor intensidad nuestras raíces. Nuestra nacionalidad (...) Pero uno espera la primavera y ella llega cuando debe llegar. El festejo de este día que es a la vez el Día del Estudiante. (...) Este año es realmente diferente al de años anteriores, por las elecciones.. Lo cierto es que sentimos la primavera en toda la piel de la ciudad” Luego tiene lugar la canción Libros Sapiensales del disco La Biblia de Vox Dei, que era cantada por un grupo de jóvenes en ronda con una guitarra. Continúa luego su relato: “Lo sentimos en este pueblo que tiene el privilegio de la mano de dios, de un destino de paz, lo sentimos en este pueblo, no se si decir, feliz, pero si con un innegable derecho a serlo. Un pueblo que quiere escribir su historia, una historia única y viva, real como la primavera misma. Hay un camino que recorrer y millones de hombres y mujeres, con las banderas argentinas desplegadas, anhelantes de marchar. ¡Si! hoy y aquí, en Argentina, bienvenida primavera del 73” (Anexo IX)

El Día de la Primavera, se convirtió en una excusa para referirse a la posible elección de Perón, sin mencionarlo en ningún momento pero dando cuenta de la voluntad de la mayoría, que dos días después se confirmaría en las elecciones en las que la fórmula Perón-Perón se convirtió en ganadora. Poniendo fin al periodo de proscripción que tantos conflictos y movilizaciones había suscitado. Los jóvenes aparecían en escena cantando un tema del rock nacional, cuya letra dice:

“Porque habrá siempre tiempo de plantar, y de cosechar. Tiempo de hablar, también de callar. Hay tiempo para guerra y tiempo de paz. Tiempo para el tiempo y un rato más” (...) “Cuanto, cuanto hay a mi alrededor. Más de los que mis ojos pueden mirar y llegar a ver. Estas son razones que dicen que solo sé querer (...)” Vox Dei. (1971). Libros Sapiensales. En La Biblia [vinilo]. Buenos Aires: Disc Jockey (1971).

Expresándose en la letra de la canción, las expectativas en un futuro diferente, que dejaba atrás el pasado de dictadura, ese tiempo de callar, de estar sometidos. Esa esperanza en una patria más justa, un horizonte socialista para muchas

²⁸ Archivo Histórico RTA SA (2017, 8 de febrero). Una primavera que también es democrática, 1973 [archivo de video]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=4CoyU4kMfks>

organizaciones que una vez iniciado el tercer mandato del líder, se vieron frustradas estas expectativas. Debido a que desde 1973 se fue conformando una lógica política represiva centrada en la eliminación del “enemigo interno” que lo encarnaban todos aquellos que militaran en organizaciones de izquierda o sostuvieran sus ideas (Franco, 2012).

Para el año 1975, este clima social de expectativas de cambio habían sido erradicadas y las políticas del Ministerio de Educación, iban en consonancia, Oscar Ivanissevich se había propuesto expulsar de las instituciones escolares toda presencia de la política. Dentro del periodo, es el primer discurso, que un ministro de educación dirige a los estudiantes un 21 de septiembre, dentro del periodo analizado en esta investigación. El mismo transcurría en medio de un conflicto universitario por la intervención del gobierno en la universidad. El propósito del discurso sería comunicarle a la juventud, cuál era el papel que debía asumir en ese contexto diferente²⁹, anticipando, de alguna forma, lo que vendría en los años posteriores. A modo de ejemplificación del endurecimiento de las relaciones entre el gobierno y la juventud, un estudiante del Mariano Acosta, egresado en 1975 (Daniel Guma) nos acercó el distintivo (que se colgaban en el guardapolvo) confeccionado colectivamente por su división, en su último año del secundario. El mismo consistía en la imagen de un policía que sostenía esposado a un alumno y le pregunta a otro que revisaba un archivero: “¿Tiene antecedentes? ¡Si! Es bachiller” (Anexo XI) Dejando de manifiesto las percepciones de su recorrido escolar, atravesado por la presencia policial y cómo ellos, estudiantes del nivel medio, se posicionaron frente a estas autoridades.

Las primaveras desordenadas en la memoria (1968-1975)

Antes de recurrir al recuerdo de nuestros entrevistados en torno de sus experiencias escolares, es necesario introducir el concepto de “cultura escolar”:

“(…) estaría constituida por un conjunto de teorías, ideas, principios, normas, pautas, rituales, inercias, hábitos y prácticas (formas de hacer y pensar, mentalidades y comportamientos) sedimentadas a lo largo del tiempo en forma de tradiciones, regularidades y reglas de juego no puestas en entredicho, y compartidas por sus actores, en el seno de las instituciones educativas.” (Viñao, 2002:59)

²⁹ (21 de septiembre de 1975). Ivanissevich hablará hoy a la juventud. *La Opinión*. p. 1

Tomamos del autor este concepto para pensar aquellas prácticas que son propias de los estudiantes secundarios y que se repiten como tradición a lo largo del tiempo, sin que las mismas sean cuestionadas por los actores escolares o bien, que podrían representar tensiones, porque los estudiantes sin importar el contexto político nacional, continuaron tradiciones que podían contradecir los cambios producidos desde el poder. Esta categoría recorrerá las prácticas protagonizadas por los estudiantes del periodo dentro de las instituciones antes y durante la última dictadura y la retomaremos cuando resulte oportuno.

Para comenzar, es necesario señalar que logramos reconstruir ciertas prácticas culturales que tenían lugar durante los festejos entre los años 1968-1975 a partir de algunos testimonios. Empezaremos con las primaveras hacia finales de la dictadura de Juan C. Onganía:

“El Día del Estudiante, como era feriado, te ibas a Palermo. Había un montón de chicos, dábamos vueltas por ahí. Era un día de picnic. Nosotros salimos y pusimos un cartel en la puerta de la escuela que decía: Feliz día del Estudiante y vino la cana y nos dijo, bajen la bandera. Nos decían, circulen. Después de eso, nos fuimos a Palermo” (Jorge Curcio, Mariano Acosta, 1968-1972)

Este apartado comienza con la presencia policial, en un episodio asociado a una simple bandera, que se constituía por entonces, en un acto prohibido. Más significativo resulta el relato de un estudiante del mismo periodo, cuya idea de tener algo para celebrar por aquellos años le resultó absurda:

“Yo casi no recuerdo el Día del Estudiante. Tuve que hacer un esfuerzo por recordarlo. Lo compartí con mi grupo, recordaron que uno de esos cinco días del estudiante, alguien había traído un cerdito y lo había soltado en la escuela y yo tengo como una imagen del comedor central, y ahí estábamos corriendo detrás del chanco. Me acuerdo de las bombitas de mal olor, se armaba un despelote también. Uno de mis compañeros me dijo y concuerdo, que fue una época triste. No había mucho por celebrar. Yo no recuerdo que hayamos celebrado mucho. Si nos acordábamos que salíamos en grupos grandes y nos íbamos a la puerta del Normal 8, y que pedíamos a los gritos que soltaran a las chicas” (José Duduchark, Mariano Acosta, 1968-1972).

La idea “de lo gris” y del orden imperante de la dictadura, se manifestó en este último relato, como algo muy fuerte que impedía recordar si se celebraba. Pero en el ejercicio de activar la memoria con otros, el entrevistado logró recuperar el episodio de un cerdito corriendo por la escuela, y los alumnos tras él, como un acto de

rebeldía para romper ese clima, una manera de celebrar instalando el “caos” aunque solo fuera por un rato. Lo mismo vale para el caso de la búsqueda de las chicas del Normal, salir de la regla y generar un poco de alboroto en una escuela de mujeres. En el Mariano Acosta, los estudiantes tenían esta tradición que consistía en que el 20 de septiembre, como anticipo por su día, los alumnos abandonaban la institución educativa en la mitad de la jornada, para ir al Normal N° 8 a unas cuadras de distancia:

“Venían los de quinto año y nos decían, bueno vamos, vamos. Nos íbamos al Normal 8 para entrar intempestivamente a buscar a las chicas, muchas eran novias de los chicos de acá. Además era para hacer quilombo en la otra escuela. Inclusive, un día, llegaron a tirar un chanchito el día anterior al Día del Estudiante. Había que hacer quilombo. Entrábamos como malón, nos distribuíamos por todas las aulas, diciendo a las chicas que salieran. Abandonaban el colegio. En una de esas, vino la Policía, estábamos saliendo del Normal 8, y nos empiezan a cagar a palazos. Los que cometieron el error de meterse en los pasillos, se los llevaron presos. Yo corrí, hasta la peluquería de mi viejo y le dije, viejo nos está persiguiendo la cana y no hicimos nada ¿Nos dejás entrar? Y mi viejo que tenía una peluquería para mujeres, nos dejó entrar a cincuenta monos” (Daniel Guma, Mariano Acosta, 1971-1975)

Este relato deja en evidencia una constante en la vida de estos estudiantes secundarios: la presencia de las fuerzas policiales regulando sus conductas. En este caso, reprimiendo este tradicional “rapto de sabinas” al que aludía *La Opinión* en el suplemento analizado. Pero la presencia policial no se restringía a controlar los 20 y 21 de septiembre, sino que se extendía en una imposición del “orden” en cualquier momento del ciclo lectivo: “Una vez en cuarto año, 1974, un compañero le gritó a un policía desde la ventana ¡botón! Acto seguido cayeron patrulleros al colegio, nos sacaron a todos del aula. Todo un movimiento. Hasta que el pibe terminó diciendo: fui yo. Nosotros no lo buchoneamos” (Daniel Guma, Mariano Acosta, 1971-1975). Otra vez, el desafío a la autoridad, y en democracia la policía ingresando a la escuela, interrogando a los estudiantes por un lado y como contrapartida, la decisión de todo un curso de no colaborar, en el marco de una presencia policial constante y el aumento de la represión hacia los jóvenes.

Al año siguiente, esta misma división, según nuestro entrevistado del Mariano Acosta, había tenido otro encuentro cercano con el personal policial. En este caso, frente a la denuncia de una profesora a quién los estudiantes como broma, le habían quitado un cuaderno donde tenía registrada las calificaciones de todos sus alumnos. Frente a la “travesura” llamó a la policía, que volvió a hacerse presente en

el Acosta. La docente, encarnó el papel del delator, no recurriendo a los mecanismos tradicionales de disciplina escolar, al convocar al aparato policial. Una escena que denota el clima represivo, que los jóvenes escolarizados atravesaban como una “normalidad”. Ella había perdido su autoridad frente al curso y para recuperarla recurrió a la fuerza del Estado en un asunto nimio. Podríamos pensar en este sentido, a modo de hipótesis, como los canales de comunicación entre determinados docentes y las fuerzas policiales estaban ligados y funcionaban en contra de los estudiantes por decisión personal. En esta oportunidad todos terminaron con muchas amonestaciones, desde la perspectiva del entrevistado, la policía era vista como “*más brava y todo estaba más convulsionado*” (Daniel Guma, Mariano Acosta, 1971-1975).

A lo largo del capítulo hemos intentado reconstruir los sentidos y significados atribuidos a la experiencia de ser joven en un contexto autoritario y también nos permitimos entablar un diálogo entre las concepciones del poder político sobre la juventud del periodo con las formas de celebrar su día que asumieron los estudiantes secundarios. Pues bien, a partir de estas páginas atravesamos un contexto de cambios socioculturales promovidos por los jóvenes y fuertes intentos del Estado por controlarlos. Por su parte, los estudiantes secundarios, más allá de la represión, no disminuyeron sus niveles de participación social en las grandes jornadas de protesta del periodo junto a los universitarios y obreros. Este proceso de gran conflictividad les otorgó el marco para constituirse en actores políticos de gran relevancia. Una de sus conquistas fue la organización de centros de estudiantes en las escuelas del nivel medio, tras la derogación del decreto De La Torre. Pero no solo adquirieron autonomía en la lucha política, además fueron protagonistas de los cambios culturales del periodo, gestando identidades que preocupaban al Estado, es decir, el vínculo de algunos sectores de la juventud con la política y sus horizontes de cambios sociales profundos.

De esta manera, la primavera tuvo sus espacios “habilitados”: el picnic, los romances juveniles, los bailes, los desfiles y una contrapartida más combativa, donde los estudiantes reflejaron su disconformidad sobre el régimen político y el sistema de “orden” predominante en el tiempo que transcurrían en las escuelas, cuyas prácticas fueron reprimidas. A la vez, gran parte de los estudiantes secundarios de Buenos Aires se mostraron sensibles a las luchas obreras y universitarias, aprovechando el 21 de septiembre, para manifestar sus solidaridades con estudiantes de otras

provincias. Cuando llegó el momento de la “primavera” en la vida política nacional, lograron apropiarse de las escuelas secundarias, revelándose contra el autoritarismo. Hasta que nuevamente, retornaron las medidas más represivas cuando fueron perseguidos y asesinados muchos dirigentes estudiantiles. Otra característica distintiva fue que los días del estudiante, se convertían en un momento para irrumpir en el espacio público, saliendo de una escuela de varones para ir a una escuela de mujeres, convocándolas a irse, haciendo algo de ruido como lo expresa este testimonio:

“Nosotros salíamos de acá a la puerta del Normal 8. Para ir a festejar el Día a Palermo, íbamos cantando en el subte: aquí están, éstos son, los que viajan de garrón. Y una vez allá, era todo bastante tranquilo. Pero al año siguiente, 1976, uno quería hacer lo mismo, pero ya era época militar y hasta la policía estaba más exigente. Íbamos más calladitos, había un slogan que decía ‘el silencio es salud’. Después en Palermo, estaban ahí, para que no pasara nada. Sabían que éramos estudiantes, no te pasaba nada” (Víctor Do’porto, Mariano Acosta, 1971-1976).

Nuestro entrevistado reconocía por un lado, el cambio operado en el clima social en el espacio público y asumía que necesitaron evitar generar desorden en las calles. Al tiempo que resulta evidente su confianza, en la creencia de que si eran estudiantes secundarios festejando la primavera, estaban lejos de sufrir cualquier peligro, por dicha condición. Como propuso Sebastián Carassai (2013) en su análisis de testimonios sobre la última dictadura militar, en los que encuentra que los entrevistados apelaban a un “supuesto saber del estado”, una forma de sentirse seguros en la que concebían que éste sabía a quiénes iría a buscar: *“El estado hace lo que hace, por algo, su violencia debe tener una razón (...) El estado, para existir eficazmente, necesita que los ciudadanos supongan en él, un saber ilimitado, oculto y hasta secreto: el estado supuesto saber”* (Carassai, 2013: 185-186). La idea de pertenecer a un grupo de “estudiantes” que sencillamente festejaban, llevó al entrevistado a concebir que no estaban en riesgo porque el “Estado sabía” que no hacían algo indebido y de esta manera, nada podía ocurrirles.

Acceder al contexto político, social y cultural de Buenos Aires entre los años 1966 y 1975, y a la experiencia de algunos estudiantes secundarios en el ámbito escolar, nos permitirá establecer continuidades y rupturas con la vida cotidiana en la escuela durante la última dictadura, que se analizará a continuación. Del mismo modo, recorrer las primaveras precedentes, nos permitió comprender la importancia

para ciertos estudiantes de la política, y por lo tanto, el uso de la jornada estudiantil para visibilizar sus reclamos. Hasta aquí, tuvimos presente la preocupación por el tiempo de ocio a través de las primaveras analizadas y a continuación proponemos poner el foco sobre el tiempo libre de la juventud escolarizada.

Capítulo 2: El “orden” en los patios, en las calles, en las casas (1976-1983)

Nuestro objetivo en este capítulo es abordar el “tiempo libre” de los estudiantes secundarios de Buenos Aires, a partir del análisis de las Circulares, Resoluciones, Normativas del Ministerio de Educación de la Nación y la documentación producida en las escuelas. Intentaremos identificar los intereses del régimen en torno del mismo. Entendemos que existe una distancia entre lo que los documentos proponían y lo que efectivamente sucedía en las escuelas, por ello, realizamos entrevistas a ex estudiantes y analizamos algunas revistas estudiantiles, para contraponer esas voces a la autoridad estatal presente en la documentación oficial. Nos interesa el tiempo libre de los jóvenes como un espacio que la dictadura intentaba controlar mediante la formulación de propuestas extra escolares, impregnadas por la ideología oficial, revisando cómo repercutirían o no en sus momentos de ocio, como los de cada 21 de septiembre.

El control de los jóvenes escolarizados se extendía sobre los planos pedagógico, ideológico y físico. Por ejemplo, el comportamiento de los cuerpos de la juventud se regulaba a través de una estricta reglamentación sobre la higiene, el aspecto y el contacto.³⁰ De todas formas, no era una prerrogativa de la dictadura, el cuerpo ha sido una preocupación instalada en el sistema educativo argentino desde su formación. La presencia de la Educación Física desde 1900 se debía a la necesidad de la elite gobernante de educar el cuerpo de los ciudadanos. El mismo, es considerado como un fenómeno social, cultural e histórico, convertido a lo largo del tiempo en terreno de disputa de género, sexual, de clase, etnia y religión. La estrategia del Estado a fines del siglo XIX y hasta mediados del XX ha sido encerrar el cuerpo de niño/niña en la escuela para conseguir a través de la educación física y prácticas disciplinadoras, la formación de sujetos “dependientes, obedientes y dóciles”. Bajo la influencia de la Iglesia Católica, las instituciones militares y el higienismo, la educación física se orientaba a someter a los sujetos para que sean ciudadanos ordenados cuyo destino estaba determinado por el género, en dichas

³⁰ Respecto de esto, el uso del guardapolvo fue considerado sinónimo de “igualdad, homogeneidad, imposición, inclusión, control, disciplinamiento, progreso, modernidad, limpieza, higienismo, asepsia, luminosidad, recato, asexualización y racismo” desde los orígenes del sistema educativo argentino (Di Pietro y Pineau, 2008: 15).

clases se estimulaba el ejercicio de la fuerza en los niños y para las niñas, el aprendizaje del ritmo asociado al desarrollo de su feminidad (Schragrodosky, 2007: 1-16). Del mismo modo, se enseñaban tareas manuales y conocimientos sobre economía doméstica a las mujeres, en tanto que a los futuros ciudadanos se los instruía en nociones sobre economía (Scharagrodosky, 2011: 142-154).

Podríamos agregar en relación al cuerpo joven, el estímulo del deporte durante el primer peronismo (1946-1955), como parte de un cambio de paradigma debido a que esta actividad se convirtió en sinónimo de salud de la clase trabajadora, a través de la realización de Fiestas Deportivas en el espacio público. Esto les permitió transitar sitios que antes eran exclusivos de las clases dominantes. En estos encuentros, predominaba un clima de alegría que además contribuía con la legitimación del gobierno (Orbuch, 2017: 1-21) y se complementaba con el estímulo dado al deporte dentro de la UES, que ya señalamos. Otra forma de incidir en la salud de la población durante el gobierno peronista, fue la implementación de la libreta sanitaria con el propósito de mejorar las condiciones físicas e intelectuales de la población escolarizada. Pero a pesar del interés puesto en la salud del cuerpo de los estudiantes mediante los controles médicos, las familias mostraron resistencia a estas prácticas, aunque de todas formas se constituyó como una mejora del sistema sanitario impulsado por el Estado a nivel nacional (Ramacciotti, 2004; Cammarota, 2010).

Retomando nuestro objeto de análisis, la escuela, fue el ámbito elegido para la transmisión de un discurso hegemónico de lo esperado sobre estos jóvenes, con el fin de que estas conductas reguladas, se incorporaran a otros ámbitos de la vida de los ciudadanos. Proponemos un recorrido por esos intentos del gobierno de facto de “ocupar su tiempo libre” a partir de la difusión del mensaje “moralizante” del régimen transmitido constantemente. Para los militares, era esencial constituirse como parte de la vida política del país, más allá de la duración de su propio régimen (Novaro y Palermo, 2003: 233 y Quiroga, 2005: 40). Por eso, la educación constituía uno de los pilares ideológicos para concretar ese proyecto, para que los “jóvenes del futuro” asumieran sin problemas ese país que los militares ideaban (Kaufmann y Doval, 1997: 45-70) pero que no pudieron concretar.

Los jóvenes y sus conductas podían ser disciplinados mediante la represión, la amenaza permanente, las normas y las sanciones dentro de la escuela. Pero controlar su vida social era una tarea más difícil de alcanzar porque sus

intereses afloraban en el tiempo libre, un momento para pensar, decir, hacer sin estar subordinados a las autoridades escolares. Proponemos pensar ese intento más sutil del gobierno de facto de controlar esos espacios informales. Sus objetivos eran coherentes, el “orden” debía instalarse en las escuelas, igual que en la vida cotidiana de toda una sociedad pero era necesario que los jóvenes lo consideraran legítimo de la misma manera que las Fuerzas Armadas buscaron respaldo social el 24 de marzo de 1976, tras dar el Golpe de Estado para (según sus criterios) “restaurar el orden” (Quiroga, 2005: 39) cuando se presentaron como sus garantes, persiguiendo al “terrorismo” de izquierda, buscando legitimidad en la sensación de corrupción, caos, y violencia, que la clase media identificaba con el periodo anterior al golpe de Estado (Carassai, 213: 181).

No obstante, la juventud encontró sus espacios y maneras para expresarse, pese a que la documentación institucional ofrece un escenario escolar de “estricto orden”, de silencios y de obligaciones. Las entrevistas y las revistas producidas por estudiantes secundarios, enriquecieron ese pasado, haciéndose presente los márgenes, esas ocasiones en las que igual podían transgredirse algunos límites y entablarse disputas con el Estado porque sus intereses eran contrapuestos. Los estudiantes habían experimentado un crecimiento de su relevancia política y habían encarnado un cambio cultural en el país, traían consigo prácticas y sentidos que alteraban el ideal de “orden” aunque tuvieran que hacerlo de forma oculta, indirecta o “ilegal” por el clima político imperante.

Subversión en las escuelas

La consolidación de un nuevo “orden” y la tarea de “re-organizar” todos los aspectos de la vida social, fue uno de los pilares de la dictadura y durante los primeros dos años de gobierno se impulsó con mayor intensidad, en medio de la llamada “lucha contra la subversión” (Novaro y Palermo, 2003: 169-171). Esta tarea, llegó a las escuelas secundarias y los encargados de la misma fueron los directivos, docentes y preceptores, incluso se sumaría al personal de maestranza (como veremos más adelante). Todas las normas y políticas debían llevarse a cabo por dicho personal, quiénes podían cumplir con la misión más o menos convencidos, con intención de colaborar o sin, dependiendo de sus posturas ideológicas.

Por eso, entre las medidas centrales, el gobierno dispuso la “limpieza ideológica” en las escuelas, es decir, prescindir de todos aquellos docentes considerados peligrosos para el régimen, como ocurrió en Santa Fe (García, 2017: 129-152). De este modo se buscaba evitar el cuestionamiento o la difusión de la ideología de la “subversión” entre los estudiantes. Los docentes a la vez, fueron los actores privilegiados por el gobierno de facto, para influirlos ideológicamente.³¹ A los directivos les quedaba la misión de controlar que las normativas tuvieran aplicación real, o de denunciar conductas o ideas consideradas “subversivas” del personal y de los estudiantes (Southwell, 2004: 57-63).

Lo mismo podría pensarse para los inspectores, a quiénes les tocaba la supervisión y control del cumplimiento del régimen disciplinar y moral de las escuelas que tenían a cargo. Por ejemplo, en la Provincia de Buenos Aires, se había dispuesto una modificación en el recorrido de los sumarios, para lograr un control más efectivo de las conductas de los docentes. Los sumarios eran las investigaciones sobre docentes, en los cuáles los inspectores registraban las faltas del personal dependiente de las escuelas de la provincia. Además, la cantidad de prácticas sancionables se había incrementado, por lo cuál, los inspectores aumentaron la producción de sumarios, cuyas sanciones podían derivar en la suspensión o cese del personal, dependiendo de las resoluciones de un tribunal. Era una decisión de los inspectores, obedecer las directivas, o pasarlas por alto, dando lugar a la agencia de los sujetos, es decir, de la adhesión de algunos y el rechazo de otros a las nuevas disposiciones establecidas (Rodríguez, 2007).

Los dispositivos de control buscaban impedir “la infiltración subversiva en las escuelas”. De esta forma, la “subversión” se instaló en la vida diaria a través de los discursos oficiales. Cualquiera que no se ajustara a las obligaciones impuestas por el Estado, podía ser considerado “subversivo”. En palabras del Ministerio de Cultura y Educación de la Nación, a través del documento titulado *Subversión en el ámbito educativo. Conozcamos a nuestro enemigo* con amplia difusión en las escuelas, se señalaba que:

“La subversión es toda acción clandestina o abierta, insidiosa o violenta, que busca la alteración o la destrucción de los criterios morales y la forma de vida de un pueblo,

³¹ En la Circular n° 137 del 6 de septiembre de 1976, la Secretaria de Inteligencia del Estado convocaba a los docentes a participar de un Simposio sobre el “ser nacional” donde claramente, se los llamaba para evaluar su grado de compromiso con la nación y sus aptitudes para transmitir los valores a los estudiantes.

con la finalidad de tomar el poder o imponer desde él una nueva forma basada en una escala de valores diferente” (Ministerio de Cultura y Educación de la Nación, 1978:16)

La amplitud de dicha definición permitía ser aplicada a cualquier persona y en cualquier circunstancia, lo que podía convertir a un ciudadano en “un enemigo de la patria” (Calveiro, 2006: 91). En las escuelas secundarias, su uso se hizo extensivo a cualquier acción de los estudiantes que transgrediera algunas de las numerosas imposiciones existentes. Primero había que controlar el comportamiento de los estudiantes para luego imponerles la “ideología oficial”³². Si algún estudiante no era “disciplinado” y además promovía el “desorden” se tomaban medidas acordes a la falta cometida como amonestaciones, suspensiones o incluso la expulsión del que se considerara “infractor” (Pineau, 2014: 112). Pero si la falta convertía al “infractor” en “subversivo” la consecuencia era el secuestro clandestino, tanto de alumnos/as como de docentes (Pujol, 2013: 35).

En este contexto fue necesario para este Ministerio dar a conocer mediante un documento³³ todas aquellas conductas de los jóvenes estudiantes que serían sancionadas a partir de entonces, asegurando el “control” de lo visible. Por ejemplo, en relación al cuerpo no se podía concurrir a la escuela si se estaba desprolijo/a, con falta de aseo personal, sin la vestimenta habilitada, con el cabello largo en caso de los varones. Se prohibió el maquillaje, la *bijouterie* y la falda del guardapolvo por encima de las rodillas, en el caso de las mujeres. Con respecto a los comportamientos, estaba prohibido jugar de manos, la falta de “buenos modales”, faltar el respeto a las figuras de autoridad, el uso de expresiones indebidas, la indisciplina, la resistencia pasiva e incitación al desorden. En cuanto a la política, quedaban excluidos todo tipo de expresión o manifestación de ideas (Tedesco 1983; Berguier *et al*, 1986; Pineau, 2006; Álvarez Prieto y De Luca, 2014). De todas maneras, aunque el régimen reafirmaba estas conductas deseadas, ya existían estas obligaciones dentro del funcionamiento de las escuelas secundarias. La juventud adquiría una especial importancia para los militares, luego de dominar sus cuerpos y comportamiento, estaba el objetivo de controlar sus ideas (Zysman, 2016: 47-63). Aunque muchas de estas normativas eran de años anteriores, las recuperamos,

³² Cabe destacar, que las sanciones también se aplicaban a los docentes, con medidas que fueron desde los despidos por considerar subversivo al docente, hasta los secuestros y desapariciones. Cómo refleja de forma detallada para el caso de Rosario Natalia García (2017).

³³ Circular n° 60 del 20 de mayo de 1976.

porque se manifestaron mediante la circular citada en el primer año del régimen como primordiales.

A continuación proponemos un análisis de cómo los entrevistados percibían su cotidianeidad escolar. Al respecto Daniel Lvovich (2017) hizo un recorrido historiográfico por los estudios sobre vida cotidiana en contextos dictatoriales a nivel internacional y nacional, concluyendo en una serie de recomendaciones para su estudio, que nos interesa recuperar aquí. Sugiere evitar las generalizaciones, tener presente que las dictaduras pueden provocar traumas pero no para todos los sujetos; evitar la concepción de que todo se remite a resistencia o complicidad; y considerar la posibilidad de prácticas arraigadas en periodos pre-dictatoriales como rutinas e indiferencia hacia la vida política nacional de parte de determinados actores sociales, prácticas que no eran exclusivas del periodo militar (Lvovich, 2017: 264-274).

Lo cotidiano apareció en los testimonios orales, asociados a la severidad y al autoritarismo con el cual convivían en la escuela. Para algunos alumnos/as, aunque el trato no fuera justo o respetuoso las figuras de autoridad no se cuestionaban en dictadura (Mariano Vázquez, Normal de San Fernando, 1981-1985). Asimismo, el aspecto físico, fue resaltado en todas las entrevistas como una preocupación institucional, con anécdotas o mitos de profesores que habían esperado en la entrada a los alumnos de pelo largo para cortarles el cabello o estrategias de los estudiantes para llevarlo disimulado (Walter Rowner, Mariano Acosta, 1976-1979).

Como ya mencionamos había una permanente revisión del largo de las faldas de las chicas y el uso de maquillaje estaba prohibido. De todas maneras, respecto de prácticas arraigadas de otros periodos, desde los orígenes se intentó ocultar el cuerpo sexuado a través del uso del guardapolvo, como ya fue señalado. La escuela se constituyó en un dispositivo de imposición estética, por lo tanto, representó una forma de comportamiento ético, impuesto a miles de sujetos en masa (Di Pietro y Pineau, 2008:6). Pero en este momento particular, se hizo hincapié en la apariencia femenina dentro del ámbito escolar para quitar toda huella de la modernización sociocultural y sugerencias sexuales. Otro ejemplo, era la imposibilidad de hablar de cuestiones políticas, ya que muchos de los entrevistados, tuvieron la recomendación de su familia de tener cuidado y de no opinar en la escuela (Gustavo Aníbal Barach, Colegio Fray Luis Beltrán 1977, y Colegio de la Confederación Suiza, 1978-1981). Las reglas de comportamiento eran asumidas, por

algunos entrevistados, como parte de la normalidad, instaladas en una rutina que no se discutía. Sin embargo fue posible sortear algunas de las obligaciones en la vestimenta, ya sea llevando remera en lugar de camisa, u olvidarse de la corbata, y que no hubiera amonestaciones. En las horas libres, los estudiantes del Mariano Acosta, tenían la libertad de “tocar canciones con una guitarra”, claro que esto dependía de experiencias puntuales (“Bocho” Lavigne, Mariano Acosta, 1975-1979) sin embargo para otros, era necesario, desafiar ese clima de orden imperante.

Durante el mes de septiembre de 1976 se implementó el plan de “Educación Patriótica”³⁴ donde se llamaba a los jóvenes a asumir su individualidad, es decir, pensarse fuera de su grupo de pertenencia, cumplir con el rol que les tocaba y ser responsables de sus conductas. Es decir, la privatización de la vida, la reducción al plano individual en búsqueda de la autopreservación (O’ Donnell, 1984: 20). Se los convocaba a imitar a los “grandes personajes de la historia nacional”³⁵ respecto de “sus valores” que debían asumir eran “los del altruismo, la fidelidad, la cordialidad, el respeto por lo autóctono, las tradiciones y los vínculos familiares”. En suma, si el joven se apropiaba de los mismos, encarnaría el modelo de juventud ideal para el gobierno de facto, la del joven aislado de su grupo y alejado de las identidades juveniles constituidas entre 1960 y 1970 que aludían a un joven libre y rebelde, comprometido con la realidad social.

A través de un discurso nacionalista, se promovió la recuperación de los “héroes de la patria”, tradición instalada en el sistema educativo desde sus orígenes, aunque en este contexto cobraba nuevos sentidos en la lucha contra el comunismo y con el fin de evitar cualquier tipo de inclinación hacia las “ideas extranjeras” ajenas al “ser nacional”. Esta preocupación se expresó en la modificación del “panteón” patriótico en el calendario de efemérides de la provincia de Buenos Aires, desterrando las modificaciones que el peronismo había introducido (Rodríguez, 2009). Esa exaltación de los íconos de la “patria”, debía llevarse adelante con el mayor “fervor patriótico” y la presencia de toda la comunidad escolar. Otra de los requisitos era que la conmemoración de las efemérides debía hacerse el mismo día

³⁴ Circular n° 125 del 6 de septiembre de 1976.

³⁵ Las clases de historia y geografía se constituyeron en espacios para el desarrollo de estas ideas patrióticas y nacionalistas (Rodríguez, 2010: 1251-1273).

que transcurrían y destinarse todos los recursos necesarios para que las “grandes fechas”, fuesen celebradas de la mejor manera.³⁶

El desarrollo de estos actos escolares llevaba un tiempo de preparación, que podía llevar muchas horas extra-escolares de la vida de los estudiantes. Pese a que en los documentos se registra un estricto clima de “patriotismo” o por el contrario de la aplicación de duras sanciones³⁷ en un testimonio encontramos un acto de “de resistencia cultural” durante la conmemoración de la Revolución de Mayo:

“Segundo año (1976), nos dicen: ¿quiénes tocan la guitarra? Y con un compañero nos propusimos para la tarea. A él le dije, hagamos Aprendizaje³⁸ y que se vayan a la puta que lo parió. Hicimos una canción contra el régimen en el acto del 25 de mayo, un acto subversivo, descarado. Cardiello, que era su primer año como rector, no me lo perdonó nunca” (Osvaldo Forbes, Mariano Acosta, 1975-1979)

El entrevistado nos relató que el rector no había chequeado previamente la canción que iban a presentar, podemos pensar que el control de los valores del régimen quedaba en las manos de sus agentes y su rigurosidad, o falta de la misma. “*Cuando comenzó a sonar el tema, su cara empezó a transformarse*”- pero ya no era posible parar el acto y los dejó continuar. A pesar de las restricciones, los estudiantes encontraban formas de escapar a ese orden impuesto a lo largo del ciclo lectivo. A la vez, estaba presente el rock nacional como parte de los intereses culturales del periodo, el rock no había sido un blanco de la dictadura, al menos de forma directa, pese a que muchos artistas sufrieron la censura y persecución, los recitales continuaron su camino con muchas limitaciones a lo largo del periodo y variando la presión ejercida desde el poder, según el momento del régimen (Pujol, 2013: 25). Por eso quizás la sanción no llegó y el acto prosiguió entendido como una manifestación de sus intereses culturales que era difícil de erradicar.

Entonces, la patria y sus obligaciones se extendían sobre el “tiempo libre” durante la organización de un acto escolar, y también, a través del izado de la bandera a lo largo del ciclo lectivo. Como es el caso de la Colegio Nacional Mixto de Morón los sábados y domingos para izar la bandera, había un listado de

³⁶ Circular n° 125 del 6 de septiembre de 1976.

³⁷ Circular n° 60 del 20 de mayo de 1976.

³⁸ Sui Generis (1973). Aprendizaje. En Confesiones de invierno [vinilo]. Buenos Aires: Talent Microfón, Sony Music. Una canción que cuestiona todas las prácticas y normas de conducta que la dictadura defendía.

estudiantes y docentes que se turnaban para cumplir con ese “deber hacia la patria”.³⁹ Los “valores patrióticos” que el joven debía encarnar, tenían que trascender el espacio escolar y aplicarse, en todos los órdenes de su vida. Para garantizar que asumieran todas estas responsabilidades, en una reunión del 17 de septiembre de 1976 en Tucumán⁴⁰, en presencia de los responsables de todas las jurisdicciones educativas de la Nación, se difundieron los propósitos del régimen en materia educativa. Los mismos eran: respetar la moral cristiana⁴¹, la tradición nacional, la defensa de la soberanía del país, las instituciones y símbolos nacionales, la paz, el orden y la integridad moral de las familias.⁴² Para ello el Estado controlaría los medios de comunicación y los mensajes directamente orientados a las familias en relación a las actividades en las que estaban involucrados sus hijos para transmitirles desde todos los ámbitos posibles, estos valores asociados a la defensa de la nacionalidad pero también del cristianismo (Varela, 2017).

La cúpula de la Iglesia Católica asociada al régimen, también se ocuparía de pensar qué hacer con ese espacio de libertad y proponer actividades para reafirmar sus valores. En el mes de la primavera, se promovió en las escuelas de nivel medio la denominada “Cruzada de Oración en Familia” como parte de un pedido del Arzobispado de Buenos Aires en manos de Juan Carlos Aramburu.⁴³ Como veremos en los años posteriores esta presencia de la Iglesia Católica, sería una constante. Así como también la persecución de los Testigos de Jehová por no venerar los símbolos patrios (Rodríguez, 2007, 132). En la mirada retrospectiva de un ex estudiante del Normal de Quilmes encontramos que recuerda con poco afecto esta presencia de la Iglesia en la institución: *“en la celebración de egresados que se hizo en el patio, hubo una misa, en un colegio público y laico, yo estaba indignadísimo. Uno de los principales colegios públicos de Quilmes. Porque a pesar de excepciones como*

³⁹ Resolución Ministerial 1535/78

⁴⁰ *Memorias del Consejo Federal de Cultura y Educación*, Buenos Aires, octubre de 1983, 8-12.

⁴¹ Nos referimos a las propuestas de la cúpula de la Iglesia Católica y no a otras vertientes cristianas que no comulgaban con las ideas del régimen, como por ejemplo los sacerdotes terciaristas, muchos de los cuáles fueron objeto de la represión.

⁴² Resolución N° 971 del 6 de septiembre de 1976.

⁴³ Obispo de Buenos Aires durante todo el régimen, cómplice y defensor de los militares y la acción represiva que llevaron adelante. (4 de noviembre de 2004). La pata clerical de la última dictadura”, *Página 12*. URL: <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-43811-2004-11-19.html> Sitio web visitado el 18 de septiembre de 2018.

*Novak o Angeleli*⁴⁴, toda la cúpula era cómplice y soldadora ideológica de la dictadura” (Julio César Páez, Normal de Quilmes, 1976-1980). Además de su presencia ideológica, la Iglesia participaba también de los momentos importantes de los estudiantes, como podía ser un acto de entrega de diplomas a los egresados.

La primera primavera en Buenos Aires trajo consigo una reglamentación en el mes de octubre de 1976, en la cual se prohibía a los estudiantes de escuelas de nivel medio, colocar afiches y escribir leyendas en lugares no autorizados de la vía pública⁴⁵. Se mencionaba que la medida era tomada a raíz de la proliferación de carteles fijados en árboles, muros y columnas en las que se convocaba a bailes y reuniones. Según este documento, “atentaban contra la higiene y estética” de la Ciudad de Buenos Aires. Si algún estudiante quería pegar un cartel en la vía pública, debía enviar una solicitud a la Dirección General de Inmuebles y Concesiones. El objetivo era desalentar las reuniones estudiantiles convocadas de tal forma y evitar que los estudiantes pudieran hacer suyo el espacio público. Sobre el tiempo libre la fuente nos ofrece el dato de la organización de estos bailes primaverales a la que jóvenes desconocidos, eran convocados por las calles de la ciudad, en este sentido retomaremos el ideal de espacio público del régimen en el próximo capítulo.

De alguna manera, transitar esta primera celebración por el Día del Estudiante advirtió a las autoridades, sobre las formas en las que éstos asumían sus celebraciones. Razón por la cual, en el mes de octubre, se anticipaba a los directivos de los establecimientos del nivel medio, que ellos serían los responsables de garantizar el orden de los egresados de quinto año, al final del ciclo lectivo del año 1976:

“(…)Como continuación de esas actividades y prácticas sería realmente incongruente que decayera el ánimo y el control de conducción precisamente en los finales del año lectivo, y por lo tanto las autoridades escolares necesitan perseverar en la exigencia de conductas correctas en los alumnos hasta el último instante del periodo escolar [...] No resulta aventurado pensar que las exteriorizaciones de fin de año en los ámbitos escolares, pueden ser vistas por aquellas intenciones, como vehículo para intentar convertir las actividades estudiantiles espontáneas, en acciones

⁴⁴ Se refiere al obispo Jorge Novak de Quilmes, quién denunció los crímenes de la última dictadura, defendió los derechos humanos y dedicó su vida en ayudar a los más necesitados. (10 de julio de 2001). Murió Jorge Novak un luchador por los derechos humanos. *Página 12*. URL: <https://www.pagina12.com.ar/2001/01-07/01-07-10/pag13.htm> Sitio web visitado el 18 de septiembre de 2018.

Enrique Angelelli, obispo de La Rioja, también sufrió la censura y represión, por defender a la clase trabajadora, hasta que en 1976 fue asesinado.

⁴⁵ *Circular n° 159* del 6 de octubre de 1976.

organizadas que sin representar el verdadero estado de ánimo de los alumnos, sirvan a fines inconfesables y proporcionen a la opinión pública una imagen falsa sobre cuanto intervenimos en el trabajo educativo”⁴⁶

El “desorden” que podrían haber provocado los estudiantes como parte de sus festejos por el último día de clases era asociado por el gobierno de facto, con acciones “subversivas”. Y si esto no fuera así, de todas formas, tenían prohibido realizar aquellas “prácticas” de festejo, a las que acostumbraban por el fin de curso, limitando otro momento de expresión juvenil. Celebrar en el espacio público sus últimos días en la escuela secundaria, que para muchos simbolizaba una prisión, era una experiencia cultural a ser erradicada, por no contribuir a la imagen que el gobierno intentaba ofrecer de la institución. Por dichos motivos, abandonar la institución definitivamente, pese a que podía despertar melancolía, era transitado en algunas oportunidades, como un momento de “liberación”.

En el Normal de Quilmes, un curso que comenzó su nivel secundario en marzo de 1976 y por lo tanto, vivió toda su escolaridad secundaria en dictadura hasta egresar en 1980, había diseñado un “distintivo” para colocarse en el guardapolvo en el que aparecía una rata con una banda amarilla en el pecho que decía “C.R.U. 5°2°”, con la lengua afuera y fumando, recibiendo un diploma. Un mensaje acompañaba la figura “¡¡¡Los del C.R.U también se reciben!!!”(Anexo, XII). La entrevistada que lo conservó nos informó que significaba Club de Ratas Unidos en referencia a una estrategia habitual para escapar de la “prisión”, es decir, la de “ratearse” de la escuela (Iris González Vaccaro, Normal de Quilmes, 1976-1980) Esta práctica de realizar un distintivo para representarse como egresados, en los casos analizados, era aprovechado para manifestar algún tipo de crítica velada sobre la institución y formaba parte de la tradición escolar del periodo.

La “cultura escolar” (Viñao, 2002: 59) recuperada en nuestras entrevistas incluía el diseño de distintivos y la firma de guardapolvos al final del recorrido por el nivel medio, el viaje de egresados, la práctica de “ratearse”, experiencias que trascienden el periodo de la última dictadura, extendiéndose antes y después, e incluso se encontraban institucionalizadas. Como planteamos al pensar la categoría “juventud” entendiéndola como heterogénea, las culturas escolares eran múltiples como la cantidad de instituciones existentes, pero intentamos aquí encontrar ciertas

⁴⁶ Circular n° 177 del 29 de octubre de 1976.

experiencias compartidas. En la Escuela Normal Mariano Acosta, en el caso de la camada que le tocaba egresar en medio de la reforma que eliminó el normalismo, y creó los Profesorados de Educación Primaria, uno de los entrevistados, nos relataba que el distintivo del curso consistía en expresar el descontento sobre la medida, dado que, eso les impedía ser maestros normales (José Duduchark, Mariano Acosta, 1968-1972). Es decir, el diseño de distintivos, era una práctica compartida entre los jóvenes de instituciones distantes y a lo largo de un periodo más amplio que el de la última dictadura, tenía la particularidad de cuestionar “el orden” o desafiar a los adultos con su mensaje. Otra experiencia compartida entre ambas instituciones (el Acosta y el Normal de Quilmes), era la posibilidad de “escapar a las horas de clase” ya sea paseando por la escuela o retirándose de la misma sin autorización.

Una ex alumna (Susana Swab, Normal de Quilmes, 1973-1977) coincidía en que la estructura del edificio del Normal de Quilmes, hacía posible que pudieran irse con mucha facilidad: *“solo había que salirse por alguna ventana, atravesar un hermoso parque de árboles y saltar una reja muy baja”* (Anexo XIII) y agregaba que tras el golpe del 24 de marzo un preceptor les pidió (a modo de favor) que no continuaran escapándose porque la “situación” había cambiado. Los relatos que obtuvimos, afirman que en los años posteriores de todas maneras “ratearse” seguía siendo una actividad frecuente. Otra ex estudiante del Normal de Quilmes se refería al edificio antiguo de la escuela como un lugar hermoso, lleno de verde, en el cuál podían caminar con libertad en el recreo y en las horas libres (Sandra Penon, Normal de Quilmes, 1973-1977). Dado que el espacio físico no parecía en la percepción de las estudiantes consultadas ser una prisión, entonces, si lo era el “clima” que se vivía por el disciplinamiento implementado en el espacio escolar. Los estudiantes que decidían abandonar la escuela con esta práctica, elegían cuando comenzaba su tiempo libre y según los relatos, las autoridades estaban al tanto (no pudiendo evitar que suceda).

Esta idea de la escuela como un espacio carcelario, en la que los estudiantes secundarios se sentían prisioneros, estuvo presente en las memorias de algunos de los entrevistados, en esta ocasión, nos vamos a referir a una revista producida por los estudiantes del Normal de Quilmes, que brindaba un escenario similar. Se trata de una publicación que nació el primer año de la dictadura, llamada *Etcétera* como iniciativa de estudiantes de diferentes años. Contaban con la colaboración económica de locales comerciales o diferentes instituciones del barrio

para financiarla a partir de la publicidad. Accedimos a tres números de distintos años (1976, 1978, 1983), en el primero se hablaba de una tirada de casi 600 ejemplares de 28 páginas (*Etcétera*, Año 1, N° 3, 1976), sobre los otros dos números no está la cantidad de ejemplares, pero el número correspondiente a 1983, apenas llegaba a las 20 páginas.

Los estudiantes a cargo durante el año 1976 señalaban que sostener un precio económico, y por lo tanto accesible, les implicaba que con lo recaudado apenas podían sortear los gastos para su realización. De esa forma se disculpaban sobre la cantidad de ejemplares y páginas, debido a la demanda que recibían de sus compañeros/as para aumentar su cantidad y volumen (*Etcétera*, Año 1, número 3, 1976). Era una revista de estudiantes aunque supervisada por los adultos que podían colaborar (algún docente o periodista cercano) al respecto contenía la siguiente leyenda “*Todo el material que se incluye en este número ha sido aprobado por la dirección de la escuela*” dejando la huella de los tiempos que corrían y la censura implementada. Esa presencia adulta, no evitaba de todas formas la crítica adolescente velada o bien, aceptada por quiénes se encargaban de chequear que material salía a la luz y cuál no. Nos interesa destacar que a pesar de la prohibición de circulación de revistas que no respondieran a fines didácticos⁴⁷, los estudiantes habían conseguido el apoyo para llevarla adelante de forma “legal”⁴⁸ y expresarse a partir de reseñas que ellos hacían de libros, discos, teatro, cine, poesía y arte. Incluso, siendo ellos, creadores de historietas o poemas, que los identificaban con sus prácticas habituales dentro de la escuela.

Entre estas producciones, encontramos una historieta donde aparece esta idea de “escuela-prisión” titulada “El archipiélago normal” (en referencia al Archipiélago Gulak) la escuela vista como ese lugar del cuál es necesario escaparse, en el que se consideraban como prisioneros frente al autoritarismo de algunos adultos (*Etcétera*, Año 1, Número 3, 1976, pp. 17-18). Sus autores, eran estudiantes de cuarto primera: Alberto Díaz, Gustavo Echegoyen y Horacio Blanco. La historieta comienza mostrando un dibujo de la escuela (Anexo, XIV), representada con sus árboles y patios, mencionados en las entrevistas. Rodeada por un muro, que la separaba de un exterior con tanques de guerra y militares con sus armas, esperando

⁴⁷ Circular n° 60 del 20 de mayo de 1976; Circular n° 187/77.

⁴⁸ Esto no sucedió en el Nacional Buenos Aires con la Revista *Aristócratas del Saber*. (Garaño y Pertot, 2002: 120-134) una publicación clandestina de los estudiantes, revistas a las que no conseguimos acceso.

o controlando la entrada, imprimiendo a la misma la percepción de la realidad del país que ellos tenían. La historia narra la hazaña de un grupo de alumnos (vestidos con típico uniforme carcelario “rayado”) encabezados por un personaje llamado “Federico Pendel”, con el que “*luego de varios años de encierro, maquinaron un plan para escapar*”. Tras atravesar una serie de obstáculos (el portero, una campana escolar, el polvo del mobiliario) llegaron a la puerta y con “*gran cantidad de municiones, lograron resistir y ganar*” (en referencia a una gomera que arrojaba tizas y borradores). En las viñetas aparecían un estudiante con una guitarra en la espalda, otro estaba armado y disparando, los jóvenes, finalmente lograron escapar: “*al fin, la ansiada libertad*” afirmaban, mientras los personajes estaban celebrando la hazaña. Aquí se reflejó en definitiva el lenguaje asociado a la violencia presente en las crónicas de los diarios de Buenos Aires en los que se narraba el combate contra la “subversión”. Del mismo modo, también aparece la necesidad de los estudiantes del periodo de abandonar la escuela para sentirse “libres”.

En una entrevista, con uno de sus creadores (Gustavo Echegoyen, Normal de Quilmes, 1973-1977) pudimos acceder a la percepción sobre la realidad social y escolar que él poseía por aquel entonces. Su relato diferencia dos momentos históricos:

“Existía una sensación de que iba a cambiar todo, después iba a empezar a esmerilarse, ya en el 74, muere Perón era una cosa, y en el 75 era otra (...) En el 73, seguro que había centro de estudiantes, yo estaba relacionado en esa época con toda la gente que hacía política, fue muy corto el periodo de tiempo (...) Era una época que propendía a que uno lea, un periódico, una revista. Una época más reflexiva, porque la información llegaba menos instantánea, había un tiempo de reflexión mayor” (Gustavo Echegoyen, Normal de Quilmes, 1973-1977)

Aquí, se repite el relato de los entrevistados del capítulo anterior sobre la experiencia del retorno democrático de 1973, y cómo este era vivido en diferentes instituciones escolares con el mismo clima de alegría y esperanza. Además el entrevistado, resaltaba el valor de la lectura y las ideas que circulaban entre los jóvenes de su generación. Luego, vendría la transición hacia lo que el entrevistado denomina como etapa oscura:

“Hasta que muere Perón había un clima de efervescencia, después de ahí en más, como consecuencia de un montón de cosas chicas y grandes, de esas bombas, de esas muertes, persecuciones, se empieza a teñir también un lenguaje de lo que en ese

momento era lo mediático (era fácil manejar lo mediático, dos tres diarios, dos canales de televisión) con eso ya manejabas lo que era el sentido común de una época. En un año y medio pasas de va a cambiar todo, a es difícil que cambie, a que me van a matar, a perseguir.” (Gustavo Echegoyen, Normal de Quilmes, 1973-1977)

Lo anteriormente dicho responde al “clima de época” que se había reflejado en la historieta, como aclara el ex estudiante, era producto de una lectura crítica de los diarios, hábito que se reflejaba luego en sus producciones, ejemplificado en la presencia de la violencia en la vida cotidiana. En los comienzos de los años setenta la prensa escrita daba cuenta de forma permanente de las muertes que se producían en los enfrentamientos con las organizaciones armadas (Carassai, 2013: 173-174). Este estudiante también asume que no todos estaban interesados en la política, pero si muchos participaban de discusiones. Luego, con la llegada de la violencia estatal, nuevamente, y las persecuciones, les era casi imposible conectarse desde sus ideales, e incluso identificó en algunas personalidades, cambios rotundos como producto de la represión. Incluso, se sentía muy distante de los estudiantes, que no habían vivido todo ese proceso de libertad del retorno porque habían comenzado su escolaridad, en la última dictadura:

“No era que el cien por ciento de los chicos, pero había una permeabilidad a la discusión, a la política, al embanderamiento, después todo eso empieza a resquebrajarse. En el medio, después cuando empieza a cambiar todo, empieza la época oscura antes del golpe, y esa época oscura ya sí llevó muchos años, fin del 74, 75, 76, hasta el 82, se hizo un periodo largo, donde por suerte todos los que habíamos sido tocados por esos 72, 73, quedaba algo” (Gustavo Echegoyen, Normal de Quilmes, 1973-1977).

Se refiere a que algunos pudieron preservar sus ideales, experiencias, libertades al menos como recuerdo de un momento distinto de la escuela y del país. Y reconoce también en otro momento de la entrevista la distancia con otros pares: *“Nosotros pudimos ver el cambio de blanco a negro. No sabes desde la mirada nuestra de los que empezaron primero en el 76, 77, ah no, son dos países diferentes”*. Los estudiantes que habían vivido la transformación, vivieron probablemente de modo más traumático ese cambio y les tocó atravesar un momento de completa represión desde 1973-1974. Eso dejó un fuerte impacto en varios de los entrevistados, más allá de lo represivo en sí, el haber atravesado una primera etapa de gran discusión, a una

en dónde el discutir quedaba desterrado. La revista nació como una forma de hacer frente a ese autoritarismo, una especie de refugio:

“Yo estaba con un mini grupo, yo, Alberto, Horacio, Silvio aparece después, los que figuramos como colaboradores, habíamos hecho una revista antes, que estaba muy ligada al humor. Empezó a ser un vehículo, por el cuál se viabilizaba, determinadas quejas, éramos un mini grupo muy ácido (...) Esa época incentivó a la ironía, en el peor de los casos no se te entendía y generaba un código encriptado” (Gustavo Echeгойen, Normal de Quilmes, 1973-1977).

El humor, como una manera de cuestionar, de criticar y de hablar, desde sus propios “códigos”, pero tener la posibilidad de “hablar” en ese contexto, era una herramienta valiosa para generar conciencia, al menos, entre aquellos que compartían todavía sus ideales:

“Los pocos docentes, con una mirada mucho más trasgresora para la época, más fresca, venían a felicitarnos, eso sorprendía, si nosotros teníamos 16, 17 años, los de treinta, que tenían mayor conciencia de lo que pasaba, nos felicitaban. Políticamente, éramos diferentes, pero todos nos censurábamos” (Gustavo Echeгойen, Normal de Quilmes, 1973-1977).

De todas formas, tenían sus límites, como el ejercicio de la autocensura, entonces el miedo funcionaba como freno:

“No ibas a mandarte grandes macanas (...) te autolimitabas, no era que había grandes represiones. Había un ambiente más hostil, durante el gobierno de Isabel. Pero, ya en la dictadura, en la escuela, ya se había aceptado el orden (...) éramos un reducto de gente que pensaba diferente, y te metías en este tipo de canales (...) Parte de esa autolimitación era no hablar abiertamente de la política” (Gustavo Echeгойen, Normal de Quilmes, 1973-1977).

Insistiendo en la idea de que los cambios habían sido anteriores a la dictadura y que eso había generado cierto acostumbramiento a “cuidarse” de hablar de política porque representaba un peligro, durante el gobierno de facto, ya había sido internalizado el auto patrullaje por los estudiantes (O’ Donnell, 1984: 11-33).

Sobre la historieta, ante la pregunta, de dónde había salido el título, “El Archipiélago Normal” el mismo refería al Archipiélago Gulak a modo de crítica, a un libro que había sido traducido a partir de 1973 a varios idiomas, y que relataba el discurso que el “occidente” quería difundir sobre el mundo comunista:

“El archipiélago era algo del Archipiélago gulag de Aleksander Solzhenitsyn (...) por ahí éramos los de más de izquierda, Alberto y yo, de todos esos. Y justamente, nos refugiamos en el humor (...)esta época era blanco y negro, un libro de un exiliado de la Unión Soviética, que salió en los diarios, que te contaba cómo eran las cárceles soviéticas, y nosotros los irónicos, los ácidos, nos reíamos de cómo estaba inflada esa noticia, esas construcciones del sentido común. Yo me acuerdo de haber hecho un montón de chistes, en relación de este ruso, que eran todos malos, y que se comían a los chicos. Y terminamos poniendo el Archipiélago Normal en referencia al Archipiélago Gulag (...) Vos fijate como éramos de encriptados” (Gustavo Echegoyen, Normal de Quilmes, 1973-1977)

Nuevamente, la influencia del lenguaje de la prensa, en el relato de los jóvenes, y cómo podían pensar el contexto, desde una postura que les era propia y así ser habilitados de todas formas para publicar y circular una revista dentro de la escuela. En su último año por la secundaria, año 1977, una de las prácticas de la “cultura escolar” de años anteriores, como señalamos con anterioridad, era firmarse el guardapolvo y dejarse mensajes entre los compañeros de un curso a modo de despedida:

“El último día de clase, un amigo y yo, esto es representativo del nivel de represión que se ejercía y que se aceptaba que era lógico. Diciembre del 77, decidimos firmarnos el guardapolvo. El anteúltimo día, nos firmamos, dos. Salimos al recreo, viene la celadora y nos dice- Te manda a llamar la Montorfano⁴⁹. Agarré a un amigo que me presta el guardapolvo, y voy a verla con otro guardapolvo limpio. -Ah no sos vos, me dice. Yo me voy. Bueno, igual la mentira me duró nada, y después me pusieron diez amonestaciones” (Gustavo Echegoyen, Normal de Quilmes, 1973-1977)

En este encuentro con la directora, se animó a desafiar a las autoridades, presentándose con un guardapolvo sin firmas. Dentro de las entrevistas, el nombre de la misma, es asociado a un fuerte autoritarismo expresado en numerosas situaciones en las que los estudiantes y docentes, habían sido intimidados por su presencia. Por otra parte, pese a que conocían la prohibición, los estudiantes sostuvieron sus prácticas arraigadas en la escuela, haciendo firmar su guardapolvo, casi como un acto de heroísmo, saliendo al patio de esa forma. Lo mismo, siguió sucediendo hacia 1980, cuando una estudiante (Iris González Vaccaro, Normal de Quilmes, 1976-

⁴⁹ Se refiere a la vicedirectora del nivel secundario y terciario Nélida Sanchini de Montorfano (1975-1982), quién se convertiría en directora de ambos niveles entre 1982 y 1990. Datos suministrados por Raquel Gail, coordinadora del Archivo Histórico y presentes en el libro que repasa la historia del Normal a propósito de su centenario. (Agnelli, 2012: 169).

1980) de la misma escuela, había tenido la misma idea, es decir, se trataba de formas de expresarse de la juventud, que a pesar de las restricciones, no podían ser desterradas, incluso para estudiantes que no habían vivido el periodo anterior al de la última dictadura. En el mismo sentido, una docente del Mariano Acosta, recordaba que la práctica de firmarse los guardapolvos, era habitual entre los estudiantes y que durante la última dictadura estaba prohibido. Como consecuencia de dichas políticas, un estudiante del Mariano Acosta que en el año 1979 durante la última semana de clases había decidido escribirse el guardapolvo, recibió un castigo de acuerdo a sus “antecedentes escolares” (al parecer había participado de la revista clandestina que circulaba en la escuela) por lo tanto, le aplicaron una cantidad de amonestaciones que derivaron en su expulsión de la institución a una semana de egresar (Raquel Papalardo, Mariano Acosta, 1976-1983).

A pesar de estas medidas los estudiantes encontraron en este primer año, modos de salirse de los esquemas pensados desde las altas esferas del gobierno de facto. Cómo reconstruimos hasta el momento, apropiándose de su tiempo libre salieron a pegar carteles en la vía pública para convocar a bailes o reuniones primaverales, publicando una revista, diseñando distintivos de egresados provocativos, o entonando canciones “subversivas” en actos escolares. Sin embargo, los militares habían triunfado en el campo de la represión, este primer festejo de septiembre durante la última dictadura, los estudiantes secundarios sufrieron la brutal violencia del terrorismo de Estado, que había caído sobre la ciudad de La Plata, Provincia de Buenos Aires.⁵⁰ Como balance de este ciclo lectivo “exitoso para el régimen”, el Ministro de Educación (Ricardo Bruera) saludó y celebró la tarea que habían llevado adelante en las escuelas secundarias:

“La asunción plena de las responsabilidades, el buen gobierno de nuestras escuelas, y colegios, y las actitudes criteriosas de nuestro personal directivo, han permitido

⁵⁰ El 16 de septiembre de 1976, fueron secuestrados un grupo de estudiantes secundarios en La Plata (Provincia de Buenos Aires), integrantes de la Unión de Estudiantes Secundarios, que además de participar en esta agrupación política juvenil peronista, en 1975 habían formado parte de los reclamos por un Boleto Estudiantil Secundario (BES). Un año después, dentro del marco de un plan sistemático de secuestro, tortura y desaparición forzada del Estado terrorista, son secuestrados y asesinados. Hubo unos pocos sobrevivientes a este episodio (cuatro). A lo largo de los años post dictadura ha atravesado diferentes interpretaciones respecto del secuestro de estos jóvenes y los motivos por los cuales fueron desaparecidos. Las últimas lecturas del episodio responden a que se trataba de militantes estudiantiles y políticos, y no al solo reclamo por el BES. (Lorenz, 2004; Marcote, 2017).

revertir un proceso, y se han puesto de manifiesto en el ambiente de normalidad en que se ha desenvuelto la actividad escolar hasta la finalización de los cursos”.⁵¹

Estas líneas hablan del “triumfo” de la represión y el disciplinamiento del gobierno a la hora de poner fin a una movilización y participación política estudiantil, que durante los años 1972-1973 había cobrado una gran fuerza (Bonavena, 2013). Mientras que la dictadura se mostraba triunfante, los estudiantes del Normal de Quilmes, que participaban de la revista, en la sección denominada “Cartelera. Verdades de la escuela” (*Etcétera*, Año 1, Número 3, p.11) dejaban al descubierto, con humor, las situaciones cotidianas vinculadas a este nuevo contexto y lo citamos, a modo de balance:

“Donde mueren los valientes: celaduría; Solo tres palabras: ¡Tiene un uno!; La caldera del diablo: vicerrectoría; La fuente del deseo: que falte la profesora; el cuerpo del delito: se cayó el machete; Rapidísimo: salida del colegio; Centro Medico: donde me llevan cuando entrego el boletín a mis padres” (alumnos de segundo año)

Este relato no hace más que registrar las presiones que los jóvenes observaban de la cotidianeidad escolar, siendo parte de esa generación que vivió el cambio de escuela en democracia a escuela en dictadura, del año 1975 a 1976.

La segunda primavera transcurrió en medio de una *Campaña de Solidaridad*⁵² que tuvo lugar entre el 20 de agosto y el 23 de septiembre de 1977. La misma estaba inspirada en los valores de la cristiandad (“unión, paz, amor al prójimo”). Se esperaba que los jóvenes pensarán y concretaran proyectos para llevar adelante en su comunidad. Por lo tanto, implicaba ocupar con dicha propuesta, el “tiempo libre” de los estudiantes y desde una perspectiva cristiana. Pero esta iniciativa venía acompañada de otras que se desplegaban a lo largo del ciclo lectivo, como los concursos literarios⁵³.

La propuesta se asemejaba a la de la “Comisión Católica Argentina para la Campaña Mundial Contra el Hambre”⁵⁴ en la que se convocaba a los estudiantes de primero a quinto año a participar de un certamen de reflexión y acción sobre una

⁵¹ Circular n° 208 del 3 de enero de 1977.

⁵² Circular n° 125 del 10 de agosto de 1977.

⁵³ Alicia Divincenzo (2016, 91-92) señala que en el marco de las actividades del Ejército en Rosario, como parte de la Acción Cívica, se convocaba a los jóvenes a participar de un concurso literario sobre Leopoldo Lugones y la realización de una campaña titulada “El niño, la escuela y el ejército” junto al Ministerio de Educación. Las actividades propuestas compartían contenidos patrióticos, nacionalistas y católicos que se difundían en campañas de comunicación social.

⁵⁴ Circular n° 8 del 15 de febrero de 1977.

consigna muy llamativa: *“Si quieres la paz, elige la vida”*. Una consigna- amenaza, el mensaje era claro, debían ser disciplinados y buenos cristianos para el régimen. Para eso debían escribir una reflexión grupal y luego, llevar adelante una acción concreta de solidaridad en el barrio. Coordinados por un docente, debían detallar en diez carillas la experiencia y enviar en un sobre, los datos y direcciones de los alumnos participantes y el docente que los acompañaba a la Dirección Católica a cargo del certamen. El primer premio consistía en la entrega de diplomas de honor para los ganadores, el padrinazgo de una huerta escolar y material didáctico para la biblioteca. Aunque no podemos saber, si los jóvenes efectivamente se sumaron a estas propuestas.

El interés en regular la vida cotidiana de los estudiantes se extendía también a la preocupación por los posibles consumos de drogas. Para ello, en el inicio del ciclo lectivo de 1977 el Ministerio había iniciado el “Programa de Prevención sobre el uso de drogas en adolescentes de escuelas de nivel medio” a través del cual, se hacían talleres de formación de docentes, para instruirlos en dichas problemáticas.⁵⁵ Aunque no se extienden sobre los “métodos” a aplicarse frente a las situaciones de consumo identificadas, si se manifiesta el vínculo estudiante secundario/consumo de drogas, como una problemática que la escuela debía asumir, y eran los docentes los agentes responsables.

Dentro de este escenario, llegaron las normativas sobre los viajes de egresados, según la disposición del Ministerio las escuelas no participarían de los mismos, no estaban autorizados durante el año escolar, y por lo tanto, quiénes se fueran, tendrían ausente la cantidad de días que durara la experiencia. El gobierno de facto no tenía control sobre lo que ocurría en estos viajes, por lo tanto, intentaba con esta medida desalentar su realización. Los motivos por los cuáles el régimen podría estar en contra del viaje de egresados, responden a que tendría lugar la manifestación de la libertad juvenil, que probablemente, atentaría contra los valores de la cristiandad, como pueden ser las relaciones sexuales, el consumo de drogas u otras prácticas con las que identificaban a los jóvenes “peligrosos”. Si se promovían los viajes educativos para todos los cursos, siempre que estimularan el interés cultural e histórico, pero no aquellas salidas “a sitios de diversión inapropiados”. Dejando de manifiesto una vez más, como se esperaba que transcurriera la vida escolar, es decir,

⁵⁵ Circular n° 15 del 2 de marzo de 1977.

en un perfecto clima de orden militar y además, antisubversivo, como veremos más adelante.⁵⁶

A pesar de las restricciones, los estudiantes encontraban alternativas por ejemplo a través de los viajes de estudio con el acompañamiento docente y el permiso de la institución para ausentarse. Los denominados “viajes de estudio” podían considerarse por fuera de la vida ordenada de las escuelas y como parte de una experiencia más cercana al “tiempo libre”, que escapaba a las normativas institucionales. Un grupo de cinco estudiantes del Mariano Acosta, nos relató un viaje de estudio al norte de Argentina (Jujuy y Tucumán) acompañados por personal de la escuela, aunque terminó siendo un viaje muy improvisado, se transportaban gratis si alguien los acercaba en la ruta, dormían en las escuelas de los pueblos que visitaban y atravesaban diferentes situaciones con escaso control adulto (“Bocho”, Walter, Juan, Pablo y Osvaldo, Mariano Acosta, 1975-1979).

En este sentido, encontramos que estos “viajes” estaban al margen del control adulto y los jóvenes (varones) podían tomar sus propias decisiones, si sus familias los acompañaban con la iniciativa. De todas formas, es necesario aclarar que el género tenía relevancia a la hora de otorgar permisos para pasar el tiempo libre. Según las entrevistas realizadas, ellas tenían mayores restricciones, e incluso su tiempo libre estaba bajo tutela adulta.⁵⁷ Algunas libertades conquistadas por los jóvenes en la década anterior, en este momento, volvieron a perderse, por el tipo de experiencias que pudimos recuperar sobre algunas estudiantes secundarias. Había concursos que buscaban ocupar el “tiempo libre” de las mujeres, como la convocatoria del Instituto de Secretarías Ejecutivas, para alumnas de primer a quinto año, en la cual debían escribir cinco carillas sobre “La mujer argentina en el mundo del trabajo”. Cabe preguntarse, si de esta manera, se promovía la elección de dicha actividad como parte del futuro de las estudiantes mujeres, y cuáles eran las concepciones de la mujer para esta institución. Pero solo accedimos a esta convocatoria, no a los resultados, ni a las producciones, el premio consistía en la entrega de dinero para la cooperadora de la escuela.⁵⁸

⁵⁶ Circular n° 44 del 12 de abril de 1977.

⁵⁷ Es importante señalar, las diferencias de género en este periodo, puestas en marcha en la brutalidad represiva, de aquellas mujeres de todas las edades que atravesaron los CCD. El 30% de las víctimas eran mujeres, la represión adquirió una connotación sexual y las militantes eran consideradas doblemente “subversivas”, porque además de participar en política cuestionaban el estereotipo de familia occidental y cristiana (Álvarez, 2015).

⁵⁸ Circular n° 77 del 23 de mayo de 1977.

Hasta aquí, los premios de los concursos no eran para los estudiantes, si recibían los diplomas y medallas, a lo sumo libros. Los demás recursos materiales eran para la institución a la que pertenecía el ganador. Otra característica por destacar es que estaban ideológicamente en consonancia con la propuesta del Ministerio de Cultura y Educación de la Nación, aunque tuvieran diversos orígenes institucionales.

Durante el ciclo lectivo de 1978, uno de los objetivos de la Subsecretaría de Educación era alcanzar un clima de “orden y trabajo” y de “rehabilitación” de la potencia educadora de la escuela: *“Nadie pretenderá una escuela sustentada en amenazas y castigos [...] queremos escuelas alegres y luminosas, más sobre todo nuestra obligación está en contar con escuelas que eduquen realmente [...]”*.⁵⁹ La alegría y luminosidad a la que alude, distaba mucho de lo que efectivamente se quería alcanzar en el ámbito educativo con la normativa impuesta que hemos analizado hasta el momento. Aunque si, como veremos en el próximo capítulo, era la imagen que el gobierno de facto quería ofrecer de la juventud (alegre y viva) en el espacio público, y la primavera, era el momento propicio para tal fin.

Durante este año las políticas represivas en abril de 1978 continuaron profundizándose, se impuso la obligación para los directivos de organizar reuniones con el personal docente para difundir el texto *“Subversión en el ámbito educativo. Conozcamos a nuestro enemigo”*⁶⁰ y se solicitó además, que cualquier comunicación al respecto, debía ser informada inmediatamente a una casilla de correo postal. Dando cuenta de la colaboración, que los militares esperaban tener de los agentes escolares. Por eso, en muchas instituciones se cambió a las autoridades originales por personal involucrado con el régimen.

Para que los estudiantes asumieran sus obligaciones como legítimas, había que poner en marcha ciertas estrategias, como la realización de diferentes “campañas” o los “concursos literarios”, ya mencionados que trascendían el espacio escolar. El siguiente ejemplo, es la realización de un certamen literario titulado “No a la violencia, si a la paz”.⁶¹ Los participantes debían responder algunos de los siguientes interrogantes: *“¿Qué podemos hacer para rechazar la violencia sin*

⁵⁹ Circular n° 34 del 6 de marzo de 1978.

⁶⁰ Circular n° 35 del 21 de abril de 1978.

⁶¹ Circular n° 18 del 22 de febrero de 1978.

violencia? y ¿Qué podemos hacer para combatirla?”, orientando el contenido de los textos: “*Considerar la violencia, el subdesarrollo, las discriminaciones injustas, la propaganda de ideas negativas o perniciosas en los medios de comunicación, el deterioro de la moral familiar*”. Así, a través de los concursos, se promovía que los alumnos asumiesen como propias las lecturas oficiales de la realidad y de este modo contrarrestar las denuncias por las violaciones de los derechos humanos, que las organizaciones defensoras, hicieron públicas a partir de 1979 como parte de un conjunto de acciones desplegadas en Buenos Aires, y especialmente durante la visita de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (D’Antonio, 2017: 184-202).

El Ministerio de Educación intentó implementar una serie de estrategias para profundizar la intervención sobre la vida social de los jóvenes, por lo tanto, se orientó al control de sus expresiones por ejemplo, solicitando a los docentes evaluar el uso “adecuado” del lenguaje, evitando que los alumnos hablen con muletillas, usen frases hechas, lugares comunes y neologismos.⁶² Es decir, se prohibió que se expresaran según sus propios códigos dentro del establecimiento, para evitar que “el enemigo interno” se “infiltre” a través de vocablos desconocidos para los agentes escolares encargados de “vigilarlos”. Cuestión reflejada en el uso de un lenguaje correcto y prolijo en la publicación *Etcétera* del Normal de Quilmes, mientras que *Inter Match*, una revista del Mariano Acosta que analizaremos luego, era completamente informal, la primera era una publicación “autorizada” por lo cual respetaba ciertas formalidades.

Este año transcurrió durante el Mundial de Fútbol, la dictadura había favorecido el desarrollo de actividades festivas entre la juventud en torno del mismo, que permitieran dar una imagen positiva del país. El triunfo obtenido en el campeonato dio la sensación de cierta armonía entre la sociedad y el régimen en la segunda mitad del año, que le otorgó al gobierno un consenso para continuar en el poder (Novaro y Palermo, 2003: 170). Generando la idea de un régimen apoyado socialmente, el Mundial, ocupó parte del tiempo de los estudiantes secundarios y de la sociedad en general. En un documento se felicitaba a los jóvenes que habían participado del Acto de inauguración del Mundial en el estadio de River Plate. Invitando a las autoridades a registrar las felicitaciones en las libretas de estudiantes y docentes, que habían hecho posible esa jornada.⁶³ Como venimos desarrollando

⁶² Circular n°23 del 28 de febrero de 1978.

⁶³ Circular n°134 del 14 de junio de 1978.

aunque había sido un año de “permisos” eso no implicaba la despreocupación por la primavera. Para esta ocasión se estableció la “Canción del Estudiante” incluida como parte del acto formal del 21 de septiembre de 1978 para ser cantada en el acto acompañada de un piano.⁶⁴ En esta canción quedaron plasmados los ideales que la juventud debía asumir: *“Almas y voces juntas: manos entrelazadas, honda fe de argentinos y un mismo afán: ansias de noble ciencia, nunca saciadas. Ojos puestos en las rutas del más allá”* Una letra bastante ceremonial, que no representaba a los estudiantes del periodo. Continuaba: *“¡Estudiantes!...Alcemos la bandera que ilustraron a los próceres de ayer y florezca en sus pies, la primavera del amor renovado en nuestro ser”*. En la búsqueda de transmitir una imagen “habilitada de la primavera”, vinculada al patriotismo del joven argentino, aclarándose, que debía ser cantada en la celebración de cada efeméride como una forma más de hegemonizar la primavera desde el poder y construir una imagen ideal del joven argentino.

Una primavera “sana”, una primavera “ordenada”

La primavera de 1978 fue la que impulsó nuestro tema de investigación, a partir de un documento hallado en una de las escuelas seleccionadas. Se trata del registro de la visita de una inspectora al Normal de San Fernando, durante los días cercanos al 21 de septiembre.⁶⁵ Esta fuente tiene como particularidad su continuidad, ya que la inspectora asistió a la escuela tres veces consecutivas y dejó su registro a lo largo de esas visitas. No solo nos encontramos con la percepción de la inspectora sobre del Día del Estudiante, sino también con otras características de la vida cotidiana en esta institución. Pese a que es un ejemplo acotado, para nosotros es relevante porque indica la preocupación de una inspectora, un agente estatal, sobre el festejo estudiantil.

En su primera visita al establecimiento del 19 de septiembre de 1978, relataba:

“Recorro la escuela media y primaria constatando que en todas las aulas se trabaja con orden y seriedad”. Los directivos establecieron que “Se respetará el horario de entrada y salida habitual”, “Que el día anterior y posterior al 21 de septiembre se

⁶⁴ Resolución n° 138/78.

⁶⁵ Informes de Inspectores, Escuela Normal de San Fernando, 19 al 22 de septiembre de 1978, folios 34-38.

dará clase normalmente”, “que se deberá respetar el horario habitual” en tanto que la inspectora dejó asentado allí “se fomentará la sana alegría sin desbordes”.⁶⁶

Esto nos remite a que si era necesario hacer esas aclaraciones, sería posible que en años anteriores, no se respetaran estas normas, ni los festejos se ajustarían a lo que ella denominó como “sana alegría”. A su vez, pueden encontrarse las dimensiones del “orden” en otros aspectos que hacían a la vida escolar:

“No puedo silenciar la desagradable impresión que llevo al cabo de este primer día de supervisión. La falta total de higiene en las aulas, patios, gabinetes y hasta en el despacho de los directivos, lo que hace del marco físico de la escuela un marco deformante y des-educativo”. Al día siguiente, continúa su preocupación al respecto: “A pedido de la directora hablo al mayordomo y personal de maestranza reiterando mis apreciaciones. Les hago un semi llamado a la responsabilidad que les cabe como personal de la casa y como argentinos”.⁶⁷

La limpieza era una cuestión de “patriotismo”. En tanto que, en su última visita, queda claro que ella encarnaba los valores del régimen:

“Exhorto a la señora directora a que ponga sus mejores y eficaces medios de gobierno escolar con el fin de lograr que todo el personal de maestranza cobre conciencia de su rol y lo cumpla. Solo así este magnifico edificio, hoy abandonado en cuanto a conservación estética e higiene volverá a ser lo que debe ser: un marco ejemplar, atractivo, acogedor y educativo”.⁶⁸

El segundo encuentro de la comunidad educativa con la inspectora en el Normal de San Fernando tuvo lugar el 20 de septiembre, en esta ocasión retomó la tarea del día anterior. Se acercó a todos los cursos y dejó constancia de su labor: “[...] Hablo a cada grupo de adolescentes y niños explicando de qué modo la juventud y la niñez pueden vivir y festejar alegre y sanamente su día, adapto y fundamento mi mensaje a cada edad”. La preocupación por el 21 de septiembre era evidente, la celebración debía estar controlada, aunque no explicitó el contenido de su discurso destinado a todos los niveles educativos de la unidad académica, con el propósito de defender y asegurar el orden.

Finalmente, en su tercera visita (post primavera) del 22 de septiembre, corroboró que todo se haya desarrollado según lo previsto: “*Toda la labor se cumple ordenada y seriamente*”. En esta ocasión, la inspectora decidió quedarse en la clase

⁶⁶ *Ibidem.*

⁶⁷ *Ibidem.* 36-37.

⁶⁸ *Ibidem.* 38

de Problemática Filosófica, y el resultado no fue positivo para ella, ni tampoco para la profesora a cargo de la clase. La agente se mostró indignada porque la clase había consistido en el dictado de temas de un libro, que los alumnos ya poseían. A raíz de esto, decidió dedicar unas palabras a todos los profesores, luego de retirados los alumnos: *“El mensaje consistió en palabras de reflexión acerca de la enorme responsabilidad que el docente argentino tiene ante Dios, la familia y la patria, al tener en sus manos a jóvenes adolescentes”*.⁶⁹ El discurso del nacionalismo y cristianismo, presente una vez más, como obligación de los docentes, de llevar adelante la tarea de instalar en sus clases estos discursos y generar que los jóvenes, los asumieran como propios. Los directivos, los docentes, el personal de maestranza tenían una tarea asignada: promover en los jóvenes los valores del régimen a través de sus acciones. En el caso del personal de maestranza, manteniendo la limpieza. De los directivos, haciendo que sus subordinados los respeten. De los docentes, de influir en los sentimientos de sus alumnos, y de estos últimos, respetando las formas de celebrar en el espacio público.

En tanto que en Normal de Quilmes, la primavera también fue motivo de visita de una inspectora a la escuela para corroborar el buen desarrollo de las actividades escolares. Quien detalla en el libro de inspección⁷⁰ los porcentajes de asistencia del día 22 de septiembre de 1980: los preceptores y ayudantes, estuvieron presentes en su totalidad. Los profesores, en un 98 % y los alumnos, en un 88%. Aclarando cuáles eran los cursos que se habían ausentado y que había dispuesto instrucciones a la vicedirectora respecto de la situación de los ausentes (aunque no lo deja por escrito). Explicitando que el motivo de la falta respondía al festejo del Día del Estudiante, celebrado el día anterior. Es decir, que el desarrollo de los festejos en el espacio público era acompañado por un control que realizaban los inspectores en las escuelas para corroborar los niveles de “orden” durante los días cercanos al 21 de septiembre, al menos en lo que respecta a estas dos instituciones.

Al encuentro con los jóvenes

Pero el gobierno no agotaba su acercamiento a la juventud en concursos literarios y discursos en los medios de comunicación, en las escuelas, o partir de un himno del

⁶⁹ *Ibidem.* 38

⁷⁰ Libro de inspección, Escuela Normal de Quilmes, 1980.

estudiante. También se intentaba llegar a los jóvenes con diversas instituciones, por ejemplo se los convocaba a una iniciativa que estimulara su espíritu “antisubversivo” visitando el “Museo Histórico de la Lucha contra la Subversión” en Campo de Mayo.⁷¹ La invitación promocionaba la actividad de la siguiente manera: “*para acceder a los testimonios de las acciones libradas por el Ejército Argentino en su lucha contra el terrorismo*”.⁷² Sin dudas, la primavera generaba en las jerarquías del ejército y del Ministerio de Educación, el deseo de estar en contacto con la juventud, con miras a influirlos.

En 1980 el gobierno de facto continuaba extendiéndose con su dureza sobre la vida de los estudiantes secundarios. En esta oportunidad, nos trasladamos al Mariano Acosta donde tres estudiantes fueron expulsados por ser los responsables de una revista estudiantil clandestina. El proceso es conocido en la documentación institucional con el nombre de “Asunto Barilari, Dergarabedian y Gurman”, que son los apellidos de los estudiantes involucrados. La revista se llamaba *Inter Match*, el único número que se localizó fue el cinco, se había creado con el objetivo de difundir sus torneos de fútbol. Sin embargo, en la publicación los estudiantes aprovecharon para registrar su descontento con las autoridades haciendo una historieta sobre un acto de resistencia y rebelión de los estudiantes de cuarto año frente al rector de entonces, Nicolás Cardillo. Sumando que una de las frases que aparecía en el final de la revista era: “Vivan los derechos humanos” en alusión a que permanentemente, los estudiantes, eran objeto de “injusticias”, donde sus derechos no existían. Después de interrogar a varios estudiantes, se llegó al nombre y apellido de los tres responsables que como castigo quedaron libres (González y Requejo, 2011).

A pesar de que esta publicación estudiantil ha sido analizada (González y Requejo, 2011; Álvarez Prieto y De Luca, 2014) nos planteamos pensar los intereses y preocupaciones de la vida cotidiana de estos estudiantes que se reflejaron allí. En general, está escrita desde el humor, en una de las páginas se mencionan dos cuestionamientos a las autoridades policiales. Criticando a un policía que desde un patrullero le dijo a un compañero que tenía bajo el cierre del pantalón y a otro que

⁷¹ En este especial museo, los militares guardaban el registro de su lucha contra la “subversión” fotografías de personas “abatidas” por el Ejército, historia de las organizaciones guerrilleras, objetos que les incautaron y libros prohibidos. González Yuste, Juan (4 de julio de 1982). Los trofeos de Guerra de los Militares Argentinos. *El País* URL: https://elpais.com/diario/1982/07/04/internacional/394581608_850215.html Sitio web visitado el 29 de enero de 2018.

⁷² Circular n° 148 del 29 de septiembre de 1980.

estaba sentado sobre un auto, que no tenía porque estar allí. En respuesta a esos encuentros, escribieron: “¿Por qué no van a buscar chorros en vez de ocuparse de los cierres y coches” (*Inter Match*, N°5, sección el ABC del Chisme) En una clara manifestación de cansancio por la presencia de la autoridad policial en sus tiempos libres en el espacio público, como podría ser el caso de un estudiante que caminaba por el barrio, y otro, que había decidido sentarse sobre un auto estacionado. En este caso puede establecerse una continuidad respecto de los vínculos entre la policía y los estudiantes del Acosta.

En este número de la revista las figuras de autoridad fueron cuestionadas por los estudiantes, a través del humor, criticando a la asesora pedagógica, docentes y al rector. Razón por la cuál se organizó todo un “proceso inquisitorial” que derivó en las sanciones indicadas y aunque hubo cartas de sus familias, solicitando a las autoridades que revisaran la medida, no hubo marcha atrás y los estudiantes fueron expulsados. De las cartas se desprende, que los padres actuaron de común acuerdo, dado que todos presentaron los mismos argumentos para evitar la sanción. Para eso, apelaban a la irresponsabilidad propia de la edad o la inmadurez, pero que de ningún modo tenían otros fines: “*Declaro con total seguridad que mi hijo César Alberto ni ninguno de nuestra familia, tuvo ni tiene vinculaciones, ni recibe influencia de elementos subversivos*”⁷³. Al comienzo del capítulo, referíamos a la presencia de la “subversión” en este caso se presenta como acusación que debía ser refutada. Ser crítico era el equivalente de ser un agente de la subversión, las autoridades consideraban que la difusión de la revista había creado un clima similar al periodo anterior al golpe del 24 de marzo, asociaban con el caos. Respecto de los castigos aplicados, los defendían de la siguiente manera:

“Aunque la irresponsabilidad de sus autores no los haya hecho pensar en ello, puede ser aprovechado, por quiénes resguardándose en las sombras, pretenden recrear un clima de caos en la enseñanza, al estilo del que se viviera en años anteriores y que constituyen un triste recuerdo para los argentinos” (...) “El considerando anterior se fundamenta en el hecho de haberse descubierto en el establecimiento; en forma simultánea a la difusión de la publicación, leyendas de claro contenido y sentido político subversivo”.⁷⁴

⁷³ Carta de la madre de Dergarabedian, 24 de noviembre de 1980. Archivo de la Escuela Normal Mariano Acosta.

⁷⁴ Acta de reunión del Consejo Consultivo del 10 de noviembre de 1980. Archivo de la Escuela Normal Mariano Acosta.

De esta cita se desprende que los encargados de la institución junto a algunos docentes consideraban que la difusión de una revista estudiantil había generado un clima similar al de años anteriores, en referencia al retorno del peronismo al poder, como momento de caos en la escuela. Un ex alumno recordaba con nostalgia esa etapa y como síntoma de quién había vivido el cambio del clima escolar, es decir, el pasaje de un mundo de jóvenes en donde se intercambiaban discos, se asistía con el pelo suelto, se podían expresar, a una dictadura que les impidió todo tipo de manifestación cultural (Osvaldo Forbes, Mariano Acosta, 1975-1979) como sucedió con estos tres estudiantes que fueron expulsados.

La expresión de los alumnos en cualquiera de sus formatos estaba prohibida, esta revista simbolizaba la decisión de los redactores de cuestionar el “orden establecido” a través de su producción y difusión. Por dicho motivo, se los acusaba de “subversivos” por cuestionar el “funcionamiento normal” de la escuela y generar “caos”. La revista era una mezcla de sus intereses culturales, el cine, la TV, la música, el fútbol y las historietas, con relatos que acontecían en su vida cotidiana. Cansados de “acatar” un orden considerado “ilegítimo”, aludiendo a frases, cualidades, episodios con docentes, preceptores o personal directivo, a los que acusaban de varias fallas (maltrato, exigencias, extravagancias y expulsiones injustas).

El rectorado del Mariano Acosta exponía finalmente los resultados del proceso de investigación a las autoridades gubernamentales,⁷⁵ entre los argumentos para dar cierre al episodio, figuraban que se trataba de una publicación sin autorización, anónima, con un lenguaje obsceno con el que se agraviaba al personal y a la Policía, se tergiversaban hechos y no se respetaban los derechos de autor. Esa revista expresaba todo aquello que el Ministerio no esperaba de los jóvenes. Era la juventud que había que erradicar de las escuelas, como en este caso, o de la vida, como en los casos de desaparición forzada de los estudiantes secundarios que fueron víctimas directas del horror.

Siguiendo una línea cronológica retomaremos un concurso literario titulado: “El joven argentino que quiero ser”, auspiciado por el Comando del Instituto Militar del Ejército Argentino, para estudiantes de quinto año. Se trataba de un certamen “patriótico” para “*vigorizar la formación de la personalidad de los*

⁷⁵ Informe al Director Nacional de Enseñanza Media y Superior del 14 de noviembre de 1980. Archivo de la Escuela Normal Mariano Acosta.

educandos y promover vínculos formativos entre el Ministerio y el Ejército Argentino". Los requisitos eran: destacar valores éticos y espirituales de la juventud, el amor hacia la patria y la familia, el respeto de las normas, el fortalecimiento de la voluntad.⁷⁶ Este era el ideal de joven, que la dictadura esperaba haber contribuido a forjar a lo largo de cinco años pero como vimos con la Revista *Inter Match* n° 5, estaban todavía lejos de conseguirlo.

En esta oportunidad dimos con los resultados del concurso⁷⁷ y pese a que no pudimos acceder a los escritos que los estudiantes enviaban y que en todos los casos, sería de gran valor historiográfico, al menos, dimos con los nombres de dos ganadores locales. Estos estudiantes pertenecían al Colegio Mariano Moreno y Nicolás Avellaneda de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, uno de esos estudiantes es el investigador social Fabián Bosoer (Colegio Nicolás Avellaneda) a quién consultamos al respecto, para adentrarnos en dichos espacios desde el lugar de los protagonistas:

“Sí recuerdo que fue un pequeño "acto de resistencia" en plena dictadura. Era un concurso organizado por el ministerio de Educación (si no me equivoco, gestión de Llerena Amadeo) y en el colegio, transmitido en la materia Literatura, que dictaba una excelente profesora con la que leíamos textos y autores prohibidos censurados y perseguidos. Recuerdo haber escrito ese texto inspirado en Miguel de Unamuno y hablaba de un futuro renacimiento del país, saliendo del oscurantismo. Obviamente, con metáforas y entre líneas. Recuerdo también que el premio consistió en una caja de libros de la que solo recuerdo haber conservado *El santo de la espada*, de Ricardo Rojas. Y creo que el acto de entrega de premios se hizo en el Centro Cultural San Martín, y había ahí altos jerarcas de civil y de uniforme”.⁷⁸

Hasta el momento, habíamos accedido solo al “tono” que debía conservar el escrito presentado en cada uno de los concursos ofrecidos. En este caso, nos encontramos con otra perspectiva en la cuál el estudiante podía definir de qué hablar, incluso, contrariando al “orden” y que además de haberlo hecho, había resultado ganador haciendo uso de la terminología del régimen. Los militares también hablaban del “renacimiento del país” y se sentían “fundadores de una nueva Argentina”. No obstante, lo hizo con el fin de dar un mensaje contrario: el “renacimiento” del país implicaba la salida de los mismos militares que habían convocado al concurso. Según narraron los estudiantes del Mariano Acosta, una profesora de francés que en

⁷⁶ Circular n° 147 del 29 de septiembre de 1980.

⁷⁷ Circular n° 82 del 7 de julio de 1981.

⁷⁸ Comunicación vía correo electrónico con Fabián Bosoer, el 29 de septiembre de 2017.

el año 1978, les dio un artículo en francés sobre los centros clandestinos de detención en Argentina, como lectura de clase a los estudiantes (Bocho Lavigne, Juan Rueda, Pablo Romero, Walter Rowner y Osvaldo Forbes, Mariano Acosta, 1975-1979).

Volviendo al testimonio de Fabián Bosoer, durante este periodo las lecturas cobraron un circuito clandestino para poder sobrevivir, algunas publicaciones fueron ocultadas para su preservación, por ejemplo, mediante su entierro en algún patio o jardín, también se procedía a cambiar la tapa del libro, circular hojas de los libros prohibidos y recuperados de algún depósito. En estos años numerosos autores y obras de los más diversos orígenes fueron objeto de censura y quema pública, los militares ordenaron retirar todas las obras que tuvieran relación con la política y las ideologías de las escuelas. En Córdoba incluso luego de haber requisado una biblioteca escolar, se procedió a la quema de autores como Pablo Neruda, Carlos Marx, Federico Engels y Julio Godio. Leer se convertía en una actividad peligrosa y se desestimuló la lectura en el espacio público. La literatura infantil también fue objeto de persecución, asimismo, las obras que promovían la autosuficiencia, la libertad, la imaginación y la curiosidad. La concepción que poseían del niño, era que se trataba de un recipiente vacío al que se podía moldear con ideas políticas “subversivas”, por eso disponían de todas las herramientas de la censura para erradicar esas lecturas⁷⁹.

Otro detalle a destacar es que la entrega de premios, se podía realizar en espacios extra escolares a pesar de ser fomentado desde la escuela, el tiempo de su realización y premiación, en caso de ser necesario, ocupaba parte del tiempo libre del estudiante. Quienes habían sido convocados con causas como la solidaridad, el ser joven, la responsabilidad, la libertad, y la patria, para adoctrinarlos o corroborar sus ideas respecto de esas temáticas, tras años de recibir las influencias ideológicas oficiales desde la escuela secundaria. Para el caso de un concurso sobre la “Antártida Argentina”,⁸⁰ el premio era un viaje y estadía en Ushuaia (Tierra del Fuego, Argentina). La elección del tema y premio estaba en vínculo con los conflictos que habían tenido lugar en 1979 con Chile, las tensiones con el país vecino ocuparon un

⁷⁹ La Comisión Provincial por la Memoria publicó *Biblioteca de Libros Prohibidos (2012)*, allí explican este proceso de clandestinidad y persecución por el que pasaron muchos autores, lectores, librerías, bibliotecas, librerías. Además pueden consultarse en orden alfabético de todas las obras que fueron prohibidas.

⁸⁰ Circular n° 79 del 1 de julio de 1981.

lugar importante en la escuela para generar un sentimiento nacionalista a través de diversas estrategias didácticas (investigación, producciones escritas, conmemoraciones) a favor de un posible enfrentamiento bélico para defender la soberanía nacional sobre el Canal de Beagle. Tras la resolución por vía diplomática debido a la intervención del Papa Juan Pablo II, las campañas antichilenas habían desaparecido de la escuela en los años posteriores a 1979 (Rodríguez, 2010: 1254-1256). No obstante, mediante este concurso se estimulaba el interés por esta región del extremo sur del país, a tan solo meses del conflicto desatado en abril de 1982 contra Gran Bretaña por las Islas Malvinas.

Estos concursos tenían un doble propósito, se usaban para influir en el pensamiento de los jóvenes y para instalarse en su tiempo libre, por ejemplo el “Certamen de Reflexión y Acción” para estudiantes secundarios organizado, otra vez, por la “Comisión Católica Argentina para la Campaña Mundial contra el hambre”⁸¹, se impulsaba a realizar un escrito sobre el concepto de “libertad” que tenían los sujetos en la escuela, la familia y el barrio y de qué maneras se podían modificar situaciones que dificultaban el ejercicio de la “libertad”. Como recursos para inspirarse y guiar el resultado se les ofrecía analizar la letra del himno nacional y artículos periodísticos del momento, como una forma de acceder a las lecturas de ese presente que poseían los estudiantes y para vigilar sus ideas. Entre las actividades propuestas para el concurso estaba la posibilidad de realizar afiches con textos sagrados o de la Iglesia, vinculados al tema. Se trataba de reflexiones y acciones, que trascendieran lo escolar, el pilar de estas propuestas era ocupar el tiempo libre e influir en los jóvenes. El premio consistía en una visita cultural guiada (sin aclarar cual sería) y la creación de una huerta escolar. Se explicaba que el sentido dado a la reflexión debía ser positivo, dejando en evidencia qué ideas sobre la libertad se buscaba en las producciones: una “libertad” supeditada al gobierno y a la Iglesia.

En la medida que más nos acercamos al cambio de gobierno, el pasaje de la presidencia de la Junta Militar de una base más dura a una más conciliatoria (de Videla a Viola), menos fuentes disponibles encontramos en los archivos escolares y del Ministerio de Cultura y Educación, respecto de la preocupación por controlar “el tiempo libre”. Por lo tanto, en la medida que el “proceso” se debilitaba, las

⁸¹ Circular n° 94 del 21 de julio de 1981.

preocupaciones del poder, estaban puestas en otros aspectos de la política nacional e internacional.

Cuando en 1981 Videla fue reemplazado en el cargo de presidencia por Viola, los militares no tenían intención de habilitar la apertura democrática, pero la sociedad atravesó un momento más distendido en el que comenzaron las movilizaciones reclamando esas libertades. Así es que tuvo lugar la creación de la Multipartidaria por iniciativa del radicalismo para sentar las bases del traspaso de poder pero lo que finalmente generó la crisis, fue la derrota de Malvinas en junio de 1982. Por ese entonces, Viola había sido reemplazado por Galtieri en diciembre de 1981, quien propuso la ocupación de las islas, para renovar la legitimidad del gobierno. Objetivo que lograron expresado en las grandes manifestaciones a favor de la medida y la movilización social solidaria en torno de esta causa. Luego de la derrota, comenzarían las negociaciones para abandonar el poder sin asumir las consecuencias de la “guerra contra la subversión”, pero la Multipartidaria no negoció esa posibilidad. Al convocarse las elecciones, Raúl Alfonsín ganó con el 52% dando final a uno de los procesos más trágicos de la Argentina del siglo XX (Quiroga, 2005: 69-83).

La última revista a la que haremos mención es el número uno de *Etcétera* publicado en 1983 en el Normal de Quilmes. Para este año la publicación no llegaba a las veinte páginas a diferencia de los primeros números analizados. Del mismo modo, predominaban los espacios en blanco, lo cual marca una diferencia sustancial, con la necesidad de expresarse de años anteriores, a la cantidad de espacios extras, que no lograban completar en esta publicación. Podríamos pensar que la revista perdió la fuerza que tenía en los años iniciales, donde la necesidad de comunicar y de expresarse de los jóvenes era más intensa. Al no disponer de todos los números no estamos en condiciones de establecer conclusiones respecto de la cantidad de páginas, aunque si puede derivarse de su lectura, es una imagen pesimista respecto de la participación política, y eso si puede leerse en términos de un triunfo de la dictadura sobre la juventud escolarizada enteramente en esos años. Algunas de las reflexiones sobre el contexto que se estaba viviendo eran, la crítica de la censura a las películas, libros y música que habían experimentado durante años. También se manifestó la incertidumbre de los estudiantes frente a un retorno democrático, que todavía no habían experimentado como jóvenes:

“Yo solo intento demostrar el estado de la mayoría de los jóvenes que están como lo ves, que andan en círculos buscando el rumbo. Esto no es pesimismo, es la descripción de una patología que ya logró alcanzar a algunas personas adultas (...) Necesitamos que se nos demuestren las cosas con hechos ¿Y cómo me lo pueden demostrar si no están en el poder? Será cuestión de confiar y ver que pasa. Si me desilusionan, tendré que esperar hasta mi próxima elección dentro de otros seis años” (Elecciones Jóvenes por Andrea Molfetta, Etcétera, N°1, 1983)

Al no haber experimentado el periodo democrático, estos jóvenes, encarnan al joven educado estrictamente por una dictadura. Por eso en su discurso, casi con resignación afirmaba la estudiante: “tendré que confiar o esperar seis años”. Tal vez, en este discurso, los militares sí lograron su cometido. Otro rastro de época en la revista, fue la herida que dejó la Guerra de Malvinas a través de un poema titulado *Recuerdo de un hombre-niño*, resaltando la idea que se había divulgado por entonces respecto de los ex combatientes conocidos como “los chicos de la guerra” (Lorenz, 2009: 70-82). La publicación afirmaba: “*Hace una año ya y un pedazo de mi corazón sigue estando de luto. Hoy es abril y yo te lloro, niño o soldado*” (Etcétera, N° 1, 1983) como señalamos, la guerra contra Gran Bretaña para recuperar las Islas Malvinas, fue entendida como una iniciativa de los militares para lograr conservar su poder. Cuando las FF.AA tomaron la decisión de ocupar las islas el 2 de abril de 1982, la noticia fue bien recibida por parte de la sociedad. A pesar de que el 30 de marzo una manifestación de la Confederación General del Trabajo había sido reprimida en Plaza de Mayo, al conocerse la noticia, tanto partidos políticos como líderes sindicales, y numerosos sectores, se congregaron a apoyar la ocupación en la misma plaza (Bosoer, 2007: 24-25). Se trató de una guerra corta, comenzó con el desembarco en Malvinas, se desató una carrera diplomática para que Argentina retrocediera en su actitud y ante la falta de un acuerdo, comenzaron los ataques de ambos bandos. Gran Bretaña contaba con superioridad armada, además de contar con el apoyo logístico de Estados Unidos. En tanto, que Argentina estaba en desigualdad de condiciones técnicas y de instrucción de sus soldados, la mayoría jóvenes que recién terminaban el servicio militar obligatorio. A pesar de los esfuerzos, el conflicto terminó con la victoria de Gran Bretaña, el 14 de junio de 1982 (Lorenz, 2009: 160-161) finalmente, la dictadura continuó hundiéndose en una crisis que derivó en la retirada del poder.

Para dar cierre a este capítulo, quisiéramos resaltar de la revista la nota titulada “Elogio del tiempo de ocio” (Revista Etcétera, N°1, 1983, p.4): “*El único*

medio para realizarnos como seres humanos y trascender junto con el legado cultural de esta generación, para las venideras, es el ocio". Estos jóvenes que cursaron sus estudios en dictadura, entraron a una secundaria en donde el Estado intentó controlar su "tiempo libre" a través de los numerosos ejemplos analizados. Al final del periodo, más allá de su descreimiento de la vida democrática o las angustias provocadas por la guerra, destacaban sus anhelos de libertad, de disfrutar del ocio y de recuperar eso que se les había intentado arrebatar y que los caracterizaba como jóvenes.

Recapitulando, a lo largo de estas páginas abordamos algunas transformaciones en la vida de los estudiantes secundarios durante la última dictadura militar, los intentos de controlar su tiempo libre, por lo cual, recuperaremos algunos tópicos propuestos hasta aquí. El "tiempo libre" de los jóvenes, era una preocupación para el gobierno de facto en la búsqueda de alcanzar legitimidad entre este sector social, que a la vista de las autoridades militares, era esencial para construir un futuro controlado por las FF.AA. Ante este anhelo, los ideales que el joven argentino debía asumir eran el patriotismo, el cristianismo, su individualidad, la sumisión ante el adulto, el conservadurismo sexual y una postura antisubversiva. Todo esto era posible en el proyecto de la dictadura si se trascendía el espacio educativo, ocupando el momento extra escolar, que podía de otra manera, destinarse a "fines inconfesables", terminología con la que se referían a las organizaciones de izquierda que ya habían sido derrotadas al comienzo del régimen.

Nos interesó atender a esos intentos más sutiles presentes en las propuestas oficiales: los concursos literarios, las visitas a lugares de interés del régimen, los actos escolares que buscaban ocupar más tiempo del dedicado a las actividades curriculares. Como contrapartida, las revistas estudiantiles fueron el espacio de crítica que los estudiantes desplegaron, buscando resquicios para apropiarse de las propuestas oficiales desde sus lógicas, trasgrediendo algunos límites siempre dentro de los condicionamientos represivos del periodo y pese a que algunos fueron alcanzados por el castigo correspondiente a esas actitudes (como las expulsiones) estos jóvenes buscaban y creaban oportunidades para contrarrestar el "clima de orden" que intentaron extender a su vida cotidiana. Nos permitimos atravesar la preocupación por el tiempo libre y en el capítulo siguiente, proponemos recorrer el interés en el tiempo de ocio, expresado en una jornada propia de los

estudiantes secundarios, analizando las primaveras desde la mirada del poder de facto y por otro lado, recorriendo las experiencias de los estudiantes secundarios.

Capítulo 3: Celebrar en dictadura: los estudiantes secundarios y la primavera en Buenos Aires (1976-1983)

En el capítulo anterior, se ha analizado la última dictadura a partir de la preocupación del Estado y otras instituciones por ocupar el tiempo libre de los jóvenes escolarizados. Aquí el interés está centrado en el tiempo de ocio a través de la celebración por el Día del Estudiante, razón por la cual, indagaremos las condiciones en las que los alumnos del nivel medio de Buenos Aires salieron a celebrar en este periodo, reconstruyendo las relaciones entabladas con el gobierno de facto. Es decir, que pensamos ambos capítulos en paralelo, tiempo libre y tiempo de ocio y un interés persistente, alcanzar el control sobre las conductas de la juventud escolarizada. Por lo tanto, nos propusimos analizar cuáles fueron los dispositivos estatales puestos en marcha para intervenir la primavera y las prácticas de celebración de los estudiantes, en la búsqueda de posibles disputas en torno del 21 de septiembre en el espacio público. Con el fin de cumplir este propósito hemos utilizado las siguientes fuentes: la prensa escrita, filmaciones de los noticieros, documentación producida por la ex DIPPBA y testimonios orales de estudiantes del periodo.

Durante esta etapa la Ciudad de Buenos Aires estuvo bajo la administración de Osvaldo Cacciatore (1976-1982) como intendente de facto. En su gestión propuso la conformación de una ciudad “ordenada”, pensada para la clase media, que ofreciera servicios y presentada como una capital “moderna, limpia y segura”. Para conseguirlo se construyeron alrededor de 25 parques y plazas, se dispuso el cierre de basurales, se demolieron hospitales y fábricas antiguas, asimismo se erradicaron ferias y villas- miseria. En definitiva, se quitó lo que se consideraba “indeseable”, las inauguraciones de estos espacios, en los que predominaba el cemento y los ornamentos, fueron una excusa para mostrarse junto a las autoridades eclesiásticas. Esta intervención del espacio público buscaba combinar gestión, técnica y disciplina, como una estrategia para mejorar la imagen de la ciudad frente al mundo, intentando alejarse de las denuncias por las violaciones de los Derechos Humanos que proliferaban desde el exterior (Menazzi, 2017: 14-33). En el mes de septiembre del año 1979, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, órgano de la Organización de Estados

Americanos visitó nuestro país a raíz de las denuncias, como resultado, elaboró un documento donde dejó registro de al menos cinco mil desapariciones clandestinas, mientras tanto, el gobierno de facto atribuía las muertes “a los excesos producidos en medio de una guerra interna contra la subversión” (Bisquert y Lvovich, 2008: 15-26).

Estos espacios públicos fueron elegidos como escenarios favoritos para festejar y a partir de los diarios de Buenos Aires pudimos acceder a las características y opiniones construidas sobre la jornada estudiantil. Es necesario, reiterar que debemos considerar a la prensa como un actor político más de la época con capacidad de influir en quienes la leían con frecuencia (Franco, 2012: 191). Al mismo tiempo, a través de sus páginas se reproducían las voces oficiales con la publicación de los discursos y medidas tomadas en torno del 21 de septiembre, que nos permitieron revisar las políticas oficiales al respecto. Otra posibilidad fueron las filmaciones de época que nos acercaron a la imagen de la juventud en la TV y a las prácticas de los estudiantes registradas por las cámaras. Por su parte, la documentación de la ex DIPPBA, contribuyó a la comprensión de la relevancia que adquiría el 21 de septiembre para las altas esferas de “seguridad”. No obstante, lo esencial lo aportaron las entrevistas, dando vida a la celebración de cada jornada y cómo significaron los estudiantes cada experiencia, más de tres décadas después. Reuniendo estas voces, la de los medios de comunicación, la del Estado represor, y de los ex estudiantes secundarios, es que pudimos establecer un diálogo posible entre otros.

Subversión en primavera, subversión todo el año

La preocupación por la “subversión” excedía el espacio escolar y se vinculaba también con el Día del Estudiante.⁸² En relación a esto nos interrogamos si en las escuelas del nivel medio se instaló con tanta intensidad el control y limitación de todo tipo de expresión y autonomía de los estudiantes, como desarrollamos en el capítulo anterior ¿por qué habilitar un asueto estudiantil cada 21 de septiembre? Muchos jóvenes de Buenos Aires en esa fecha, se movilizaban hacia los espacios públicos como parques y plazas, para realizar “picnics” al aire libre, entre otras

⁸² En esta jornada se decretaba asueto para los niveles primario, medio y superior a nivel nacional.

actividades, aunque también podían celebrar en el ámbito privado, como clubes de barrio, campos, cafeterías, casas de comidas rápidas, pero siempre de forma grupal. Se trataba de una celebración que en el periodo anterior era vivida como un espacio para la transgresión de las normas de los adultos, donde se experimentaban libertades “estéticas, éticas y eróticas” en relación al cuerpo y a las emociones (González, 2014: 14). Razón por la cuál, el “permiso de”, resulta paradójico puesto que el gobierno de facto no tuvo mayores reparos en clausurar otros canales de expresión (como las revistas estudiantiles) o perseguir espacios de sociabilidad juvenil como podía serlo un recital de rock durante estos años. Entonces, ¿qué propósitos dejaron entreverse sobre esta jornada desde el Estado? ¿Cuál fue el rol de las Fuerzas de Seguridad en el espacio público? ¿Qué actitudes asumieron los jóvenes frente a las imposiciones del poder? ⁸³

Del trabajo con el corpus de entrevistas, pudimos advertir que las formas de celebrar eran múltiples y solo hemos accedido a algunos modos, entre otros que quedaron por indagar. El festejo podía variar según la escuela de pertenencia (estatal, privada, mixta, de varones, de mujeres, religiosa o laica); la clase social podía determinar el acceso a espacios públicos o privados; en los casos en los que los entrevistados contaban dentro de su curso con alguna familia con “casa de campo” o acceso a clubes, la celebración se podía realizar de forma privada. No necesariamente todos los estudiantes elegían pasar el día en plazas, parques o bosques, algunos también podían asistir a un club barrial con sus compañeros/as (si el costo era accesible para todos). Otra de las variables a considerar era la edad (no era el mismo festejo para jóvenes de primer año o segundo, que para quienes pasaban su primavera en quinto, su último año en la escuela media). A la vez podía diferir según el clima político, dado que no era igual celebrar en septiembre de 1976, 1978 o 1983, porque el contexto imprimía sus condiciones a los festejos.

Respecto de los permisos de los adultos, todos los entrevistados varones manifestaron tener libertad para ir a celebrar con sus amigos o compañeros de curso. No obstante, las mujeres debían tomar más precauciones, respetar los horarios de llegada y tenían mayores recomendaciones de parte de sus familias.

⁸³ Según la hipótesis de Alejandra González (2014) los militares consideraban que había tres tipos de jóvenes: los “enemigos-subversivos”, sobre los cuáles operaba por medio de la represión, los “héroes-virtuosos” quienes habían asumido los ideales del régimen y los “indiferentes-desorientados” a los cuáles había que atraer a través de diferentes políticas. Una de ellas, era la celebración por el Día del Estudiante que en la Ciudad de Córdoba, para 1980, se había convertido en una celebración planificada completamente por el Estado.

Los varones, a su vez, manifestaron tener escasas limitaciones en lo que podían hacer o no en su tiempo libre y en estas jornadas en particular, no sucedía lo mismo con las mujeres. Asimismo, la pertenencia a una agrupación política estudiantil, podía determinar la forma de pasar ese día. A partir de estas consideraciones sobre la jornada podemos comenzar con el análisis de fuentes para lograr resolver algunos de los interrogantes planteados.

Las fuerzas policiales tenían la misión de vigilar atentamente lo que ocurría en espacios puntuales, por ejemplo, la Policía de la Provincia de Buenos Aires cumplía con un estricto control de las actividades promovidas por los estudiantes del periodo, ya sea dentro de las universidades, como en las escuelas del nivel medio por medio de agentes que se ocupaban de indagar qué hacían los estudiantes y sus vínculos con organizaciones de izquierda a lo largo de todo el año. Como se evidencia en la documentación policial en junio de 1976 preservada en el Fondo DIPBA, un Memorándum⁸⁴ solicitaba a las siguientes jurisdicciones bonaerenses: Morón, Lanús, San Martín, Mar del Plata, Bahía Blanca, San Nicolás, Junín, Chascomús, Pehuajó, Azul y Tigre, un informe sobre el “accionar de las agrupaciones estudiantiles ligadas a las OPM” (Organización Político Militar). La tarea fue encomendada a las delegaciones policiales de cada lugar, pero al principio no hubo una respuesta inmediata, por lo tanto, el Director de Informaciones de La Plata procedió a reiterar el pedido con carácter de urgente. En el documento se exigía para todas las organizaciones, su denominación, vínculo con los estudiantes secundarios, cantidad de simpatizantes, capacidad de reclutar seguidores. Sobre la UES había un interés particular, ya que querían detectar su presencia en las escuelas, de igual manera se expresaba la solicitud sobre la JUP (Juventud Peronista). También, se exigía información sobre el PRT-ERP referidos a indicios de la formación de vanguardias revolucionarias y su “infiltración” en organizaciones gremiales y educativas.⁸⁵

Las respuestas de estos municipios, oscilaban entre quiénes afirmaban no se había detectado ningún tipo de organización pero prometían estar atentos, y otros, más dedicados como los comisarios de Tigre, Mar del Plata y Bahía Blanca que enviaron informes sobre la situación de las agrupaciones políticas de izquierda en su zona. Desde Tigre, se ofrecían detalles de cómo la actividad de la

⁸⁴ CPM- FONDO DIPPBA, Sección C, N° 1797/76, Mesa DS, Carpeta Varios, Legajo 5765.

⁸⁵ *Ibidem*.

Juventud Guevarista había decrecido y no se observaron pintadas ni volantes en las calles o instituciones. Desde la segunda jurisdicción, se mencionaba el reemplazo dentro de la Universidad de Mar del Plata de organizaciones de izquierda por las de derecha, en la dirección del Centro de Estudiantes previo a su disolución. Explicaban además que Montoneros había abandonado la ciudad y otras organizaciones como TERS (Tendencia Estudiantil Revolucionaria Socialista); JSA (Juventud Socialista de Avanzada) y la Federación Comunista, habían suspendido sus actividades ante la “desaparición” de sus dirigentes.⁸⁶

Por último, la comisaría de Bahía Blanca, exponía con detalle las denominaciones de organizaciones, sus propósitos, sus contactos con la juventud y vínculos con guerrillas, aclarando que en el pasado su “accionar” consistía en reuniones estudiantiles, actos en la vía pública, participación en centros de estudiantes y clubes, pero desde que las FF. AA tomaron el poder no se reconocieron actividades.⁸⁷

En definitiva, en estos documentos se destacaba la caída de la influencia de organizaciones de izquierda sobre la juventud, o la huida de sus simpatizantes de esa localidad, e incluso mencionando la desaparición de sus principales dirigentes. A tan solo cuatro meses de comenzada la dictadura, las organizaciones a las que decían combatir en el ámbito público, habían sido desterradas por el accionar represivo. En el resto de las jurisdicciones mencionadas (seis) negaban de forma acotada la existencia de las mismas. Esta información se catalogaba como “estrictamente secreto y confidencial”, llevando el sello de “urgente” y se acompañaba de una serie de instrucciones para sistematizar la información conseguida dando cuenta del conocimiento minucioso de las organizaciones políticas, estudiantiles, obreras, guerrilleras que poseía el aparato de inteligencia desplegado allí en función del control social.⁸⁸ La represión sufrida por el movimiento estudiantil en este primer año de dictadura, es producto de esta labor

⁸⁶ *Ibidem.*

⁸⁷ *Ibidem.*

⁸⁸ En 1956 se creó la Central de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires. El archivo de la ex DIPPBA (Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires) poseía documentación producto del trabajo de agentes bonaerenses que remitían los informes a la División de Archivo y fichero de la Ciudad de La Plata. Allí se ingresaba y fichaba en Mesas, Carpetas y Factores. Entre el material se encuentra las fichas personales, sobre acontecimientos, participación política, religión, entidades estudiantiles, etc. Todo el trabajo de inteligencia desarrollado allí probablemente haya servido para identificar a las víctimas del terrorismo (Kahan, 2007; Funes, 2010).

de inteligencia dentro de la provincia de Buenos Aires. El mes de septiembre de 1976 sería el ejemplo más aterrador del funcionamiento de este aparato represivo sobre los estudiantes secundarios de la Ciudad de La Plata.

Los vínculos establecidos entre la juventud y el Estado, quedarían incompletos sino se incluye a la Iglesia, por lo tanto, un breve repaso de las relaciones en esta tríada, nos ayudarán a comprender sus influencias en la realización de las celebraciones. El primer vínculo (Estado-juventud) puede pensarse desde el poder de desaparición del terrorismo de estado sobre esta población, la mayoría eran jóvenes, casi el 70 %, se trataba de estudiantes secundarios, universitarios, militantes políticos y guerrilleros. La subversión fue asociada exclusivamente a la juventud, por lo tanto, por su edad se convirtieron en enemigos, aunque no lo manifestaran directamente en los discursos dirigidos a la población. La escuela y la universidad se transformaron en un espacio ideal para el sometimiento a los ideales del gobierno de facto y para erradicar cualquier presencia de la política, que era lo que los convertía en “subversivos”. La “limpieza” de estos espacios de carteles y grafitis, la prolijidad en la vestimenta, el imperativo del ser “patriótico” atravesaba a aquellos jóvenes que no habían sufrido la violencia directa del Estado (Manzano, 2017: 362-373).

En los comunicados de las Fuerzas del orden, el joven del régimen debía ser individualista, sacrificarse, esforzarse en un periodo de tránsito a la vida adulta, convertido en un sujeto pasivo al que la familia debía recuperar de los “vicios” de los años precedentes, retomando la autoridad sobre los hijos y por supuesto, evitando “el mayor de los males”, que era su involucramiento en la política (Luciani, 2017: 31-52). Las Fuerzas Armadas se presentaban ante la sociedad como los salvadores de la nación, frente al desgobierno, la corrupción, los conflictos y la subversión, que estos asociaban al gobierno precedente. Como contrapartida, defendían los valores del heroísmo, la moralidad, el orden y el patriotismo que buscaron inculcar a los jóvenes (Bisquert y Lvovich, 2008: 15-16).

Respecto del segundo vínculo, la Iglesia también estuvo atenta de la escuela, como espacio privilegiado en el cuál acercarse a los jóvenes. Una de las promesas del régimen hacia esta institución fue la implementación de la enseñanza religiosa en todas las escuelas, posición sostenida desde el Consejo Superior para la Educación Católica (CONSUDEC). Sin embargo, no pudo

llevarse a cabo por medio de una asignatura pero que en efecto si se hizo a través de Educación Moral y Cívica e intentó concretarse a partir de una reforma del sistema educativo para 1980, que también se vio frustrada (Rodríguez, 2010: 1-16). Como vimos en el capítulo dos, el cristianismo fue parte de la vida escolar y sus ideas fueron transmitidas en espacios curriculares, concursos, actos escolares, de colación y propuestas extra muros.

Durante estos años la Iglesia a través de la Acción Católica Argentina, impulsó la movilización de los jóvenes pertenecientes a sus ramas juveniles a partir de 1973, frente al fuerte impulso que cobraba la juventud en la primavera camporista. A partir del golpe de Estado, en medio del proceso de erradicación de la política de la vida pública y el fin de las grandes manifestaciones, la Iglesia se orientó a la organización de concilios, conciertos, concursos literarios, exhibición de cine y teatro en los que su presencia entre los jóvenes aumentó considerablemente. Además, las movilizaciones en torno de la virgen, los encuentros en estadios de fútbol hicieron que su presencia y visibilidad en las ciudades y pueblos fuera creciendo. Como consecuencia, durante el periodo aumentó no solo la participación de jóvenes dentro de su movimiento, sino que creció el número de seminaristas. Las convocatorias que más adhesión tenían eran las procesiones de la virgen, y las peregrinaciones que se hacían de noche. Es decir, que el espacio público comenzó a ser ocupado por la Iglesia junto a los jóvenes que adherían a estas propuestas. Incluso la primavera, se convirtió en una fecha en la que particularmente, se orientaron a estas iniciativas. Finalmente, la Guerra de Malvinas y la gran movilización provocada en la sociedad civil, indujo que el papel desempeñado en la movilización de las masas católicas, pasara a segundo plano (Lida, 2010: 1-29). En definitiva estableciendo nexos entre los ejes Juventud-Estado-Iglesia podemos comprender las limitaciones e influencias manifestadas en el espacio público a la hora de transitar el tiempo de ocio en primavera.

Las primaveras “des-ordenadas” de Buenos Aires

A lo largo de este capítulo, los diarios ocupan un lugar primordial a la hora de reconstruir las celebraciones de primavera. Por eso, es necesario, realizar algunas aclaraciones respecto del rol que cumplieron estos medios en plena dictadura. En

primer término, muchas de estas empresas sostuvieron una postura favorable al presentarse la noticia del golpe del 24 de marzo, como el caso de *Clarín*, *La Nación* y *La Prensa*, que se manifestaron al respecto de forma positiva a través de sus editoriales (Quiroga, 2005: 37). Posteriormente, los negocios establecidos con la dictadura llevarían a tres grandes empresas *Clarín*, *La Nación* y *La Razón*, a ser favorecidas con la obtención de la empresa Papel Prensa. Esta empresa había quedado en manos del gobierno militar que poseía el veinticinco por ciento de la misma y tras la muerte del dueño mayoritario, decidió conceder la propiedad a las tres empresas de mayor tirada del país (Borrelli, 2011: 19-34). Para *Clarín*, el golpe era algo inevitable, por lo tanto evitó abordar cuestiones referidas a la violencia estatal, junto al diario *La Nación* adhirieron a la Doctrina de Seguridad Nacional y a los valores del cristianismo promovido desde el gobierno. En tanto que *La Opinión* estaba de acuerdo con la construcción del orden que prometían los dictadores, pero no coincidía con la violencia del proyecto represivo (Díaz, 2011:153-184).

Respecto de la redacción se manifestaron formatos comunes en las publicaciones aludidas, desaparecieron los por qué y los cómo en las narrativas, se apeló a la cita textual de las autoridades militares, convirtiendo a los diarios en un texto similar a un boletín oficial. Muchas noticias dejaron de firmarse y el relato se tornó gris y monótono. Durante el recorrido por la prensa del periodo será evidente la presencia de este tipo de narrativas. Respecto del diario *La Opinión* hubo un apoyo explícito al golpe de Estado pero de todas maneras se intentó desde la publicación cuestionar la política represiva lo que le valió la intervención y represión de sus trabajadores en el año 1977, a partir de entonces fue intervenido y continuó publicándose hasta 1981 (Blaustein y Zubietta, 1998: 20-35; Passaro, 2016).

Comenzaremos con el primer Día del Estudiante en la última dictadura a través del diario *La Nación*. En el mismo se comunicaba que se realizaría el tradicional desfile de carrozas y la elección de la Reina de la Primavera, en la calle Santa Fe del microcentro porteño (como sucedía en el periodo 1966-1975). Este concurso de belleza era una actividad que se llevaba adelante en diferentes barrios y ciudades del país, en la cual participaban las jóvenes estudiantes, destacándose solo sus cualidades físicas. Generalmente asociadas a un ideal de “mujer argentina” (blancas, flacas, altas y con ojos claros) que no se ajustaba a la

realidad, en definitiva, se trataba de una forma de reafirmar “nociones clasistas, religiosas, étnicas y genéricas hegemónicas” (González, 2014: 11).

La celebración de los estudiantes, generalmente se confundía con la primavera, por lo cual, primavera y juventud, irán de la mano en las siguientes páginas. La apelación permanente a la vida, la primavera y la juventud vinculados puede responder a una necesidad de establecer un discurso hegemónico en el espacio público que pudiera contrarrestar las denuncias asociadas a jóvenes que habían sido secuestrados y llevados a los Centros Clandestinos de Detención, para quienes la “vida”, no sería una opción.

En esa jornada (y las sucesivas) el Ministerio de Cultura y Educación había dispuesto el asueto para el nivel medio y superior. También se anticipaba que el Ministro de Educación, José Pedro Bruera,⁸⁹ saludaría a los estudiantes por cadena nacional.⁹⁰ Por otro lado, según la descripción que realizó el diario *Clarín*, hubo una “*Repentina explosión de juventud. Una flor y una sonrisa la mejor medicina*”: “*Adolescentes rumorosos, los que fueron de picnic no se cansaron de cantar en Palermo y en la calle Santa Fe*”; “*Miles de estudiantes tapizaron cada metro de césped*”.⁹¹ Las actividades realizadas por los estudiantes en esta jornada eran fútbol, guitarreadas, ciclismo y bailes. Mientras que los lugares elegidos de forma masiva eran los bosques de Palermo (Ciudad de Buenos Aires), los bosques de Ezeiza, el Parque Pereyra Iraola (zona sur del Gran Buenos Aires) y el Delta de Tigre (zona norte del Gran Buenos Aires) escenarios que se repetirían a lo largo de las siguientes primaveras.

Por su parte, el diario *La Opinión* también colocó en la tapa a los estudiantes protagonistas de esta primera jornada en dictadura:

“Desde las primeras horas de la mañana, alumnos de distintos colegios se concentraron en las estaciones del ferrocarril y arremetieron contra los molinetes del subte para terminar convergiendo en las plazas y avenidas, liberados de guardapolvos, libros y regímenes disciplinarios”. Allí nuestro primer indicio del contexto escolar, continuaba la crónica: “Más allá de los estribillos: estudiantes

⁸⁹ Fue ministro desde el comienzo de la dictadura hasta mediados de 1977, impulsó el Operativo Claridad, organizando el espionaje de personas vinculadas al ámbito de la cultura y la educación (Rodríguez, 2015, 299-325).

⁹⁰ (21 de septiembre de 1976). Se celebrará hoy el Día de la Primavera. *La Nación*, p. 1

⁹¹ (22 de septiembre de 1976). Consagración de la primavera: un día para recordar. *Clarín*, p.1

unidos adelante, y sus lacónicas canciones de Sui Generis entonadas con ojos lánguidos, los estudiantes se reconocían por la fiebre de consumir”.⁹²

La consigna de la unidad, en los festejos del 21 de septiembre de 1976, podría considerarse como una forma de darse ánimos respecto del renovado clima represivo imperante en las escuelas. Cabe mencionar que una semana atrás había tenido lugar la “Noche de los Lápices” aunque el acontecimiento llegaría casi una década después a los medios de comunicación (durante la realización del Juicio a las Juntas Militares). Las canciones de Sui Generis acompañadas con una guitarra, formaban parte de la celebración, en los viajes que hacían a los lugares de festejo se acostumbraba ir cantando los temas de esta banda de rock nacional nacida en 1969 (Iris González, Escuela Normal Nacional de Quilmes, 1976-1980).

El día posterior a esta primavera, con un estilo menos festivo, el diario *La Nación* resaltaba algunos fragmentos del discurso que ofreció el ministro de educación el día anterior. Según el diario, el ministro “*puso de relieve la acción de la juventud que ha sabido evitar la compulsión de la subversión*” y de esta manera, manifestaba lo que se esperaba de la juventud desde el poder: “*Los jóvenes como futuros constructores del destino de la nación, que deben nutrirse de los grandes ideales de la vida*”.⁹³ Ellos y ellas, estaban en el centro de las “preocupaciones militares” por aquellos días y los valores a los que aludía son los que analizamos con anterioridad, asociados al respeto de la patria, la familia y Dios. Lejos estaba el discurso, de los festejos y el sentido que nuestros entrevistados otorgaban a la jornada: un espacio para estar con amigos, un momento para conocer chicas/os y ponerse de novio/a, salir a disfrutar el día en compañía y con libertad, o simplemente para “armar quilombo” (Osvaldo Forbes, “Mariano Acosta”, 1975- 1979). Pero al discurso del ministro Ricardo P. Bruera, se sumó Reynaldo Bignone, por ese entonces, director del Colegio Militar, y su mensaje estuvo dirigido a los “enemigos de la nación”: “*La subversión está irremisiblemente condenada en nuestra patria porque la rechazan todos los argentinos de bien y la enfrenta el brazo legítimamente armado de la patria que son las fuerzas armadas de seguridad y policiales*”⁹⁴. El ministro de educación y

⁹² El subrayado es nuestro (22 de septiembre de 1976). Los estudiantes pasearon su algarazara por calles y plazas. *La Opinión*, p.1.

⁹³ (22 de septiembre de 1976). Fue celebrado ayer el día de la primavera. *La Nación*, p. 16

⁹⁴ El subrayado es nuestro (22 de septiembre de 1976). Los estudiantes pasearon su algarazara por calles y plazas. *La Opinión*, p. 8.

Reynaldo Bignone se referían a la “subversión” en su saludo a los estudiantes, generando una asociación directa entre “juventud y subversión” intentando promover entre los jóvenes la idea de rechazar las propuestas de las organizaciones de izquierda que “atentaban contra la Nación”. Aun en un día festivo el ideal del régimen se expresaba en su cruzada contra la “subversión”, dejando en evidencia que el Día del Estudiante, era el momento propicio para la propaganda antisubversiva. No obstante, mientras este discurso era transmitido por cadena nacional, miles de jóvenes de Buenos Aires estaban en el espacio público o privado, compartiendo un día diferente, alejados de dichos imperativos y advertencias.

Aunque la represión golpeará con fuerza a los estudiantes secundarios durante el mes de septiembre, generaron formas alternativas de transcurrir el día y de algún modo, resistir:

“Nuestra salida era al Parque Pereyra en micro, y también a un lugar que se llamaba... no se, era un campo de Luz y Fuerza que tenía canchitas. Era muy hermoso. Cada curso organizaba y se iba desde la puerta de la escuela. Había recreación dentro de las escuelas, teatro, teníamos un circo y hacíamos festivales, para que los chicos aportaran lo que pudieran para hacer trabajo solidario. El último año no hicimos la celebración, fue a una semana de la noche de los lápices, nos fuimos de nuestras casas, nos fuimos a la casa de un delegado. Nos fuimos a un lugar neutro. Cinco delegaditos de la UES, mi carnet es el Número 13” (Liliana Ferreyra, Instituto Cristo Rey de Dock Sur, 1972-1976).

La entrevistada refiere a su experiencia de los 21 de septiembre previos al 24 de marzo de 1976 cuando con su grupo de compañeras, organizaban festivales solidarios, que se complementaban con sus tareas cotidianas, por ser integrantes de una escuela religiosa que promovía la ayuda social, pero también, como parte de una posición personal muy clara frente a las injusticias sociales. Manifestando la experiencia de las juventudes de izquierda de la década del setenta, que consistía en trabajos de alfabetización y la puesta en marcha de merenderos en barrios humildes. De hecho, la entrevistada se reconoce como militante estudiantil, pero para el año 1976, frente al nuevo contexto debía tomar algunas precauciones por recomendación familiar, no exponiéndose con sus ideales en el espacio público. Ese 21 de septiembre de 1976, según la entrevistada, no había

nada que celebrar pero si era un momento en el que había que estar unidos, como decían los cantitos citados líneas más arriba en el diario *La Opinión*: “*Estudiantes unidos, adelante*”.

Sobre la práctica de organizar festivales para este día, otras dos entrevistadas pertenecientes a escuelas religiosas y de mujeres, como este caso, comentaron que se les permitía celebrar la primavera en la escuela, durante la jornada previa aprovechaban para representar números teatrales, muestras de baile o canto, decoraban las instalaciones, pero con la llegada de la última dictadura, muchos de esos permisos comenzaron a ser más restringidos (Eugenia Piai, Santa Teresita de Jesús de Florida, 1979-1983 y Mónica Roldán, María Auxiliadora de Bernal, 1969-1973).

Al respecto, hay una mención en el libro sobre la joven militante de la UES, María Claudia Falcone, desaparecida el 16 de septiembre en La Plata durante la “Noche de los Lápices”, a sus dieciséis años. Era estudiante del Bachillerato de Bellas Artes dependiente de la Universidad de La Plata y fue secuestrada junto a su compañera militante de Montoneros, María Clara Ciocchini, durante la madrugada en un departamento donde realizaban actividades vinculadas a la organización peronista y clandestina. En su ante última primavera durante el año 1975 participó de esta práctica de festejo en una escuela pública. En esa oportunidad realizaban un concurso de teatro, junto a su división ella participó de una representación del infierno con un gran despliegue artístico (Marcote, 2017: 137). Durante 1976, su última primavera, había quedado con una compañera en llevar cartulinas al día siguiente a la escuela (pero durante esa noche fue secuestrada), para ser utilizadas en la representación que llevarían a cabo por el 21 de septiembre, que no pudo celebrar (Marcote, 2017: 193-203).

Los esfuerzos del gobierno militar por participar de la jornada se incrementaron al año siguiente. El 21 de septiembre de 1977 el presidente de facto Jorge Rafael Videla, tuvo un almuerzo con jóvenes reconocidos en diferentes disciplinas: tenis, fútbol, canto y rugby. Entre las figuras invitadas estaban dos estudiantes, una reciente egresada del Nacional Buenos Aires y un estudiante del Otto Krause de quinto año.⁹⁵ En dicho encuentro, Videla propuso como tema de conversación a sus invitados “*El papel de la juventud en la construcción de la*

⁹⁵ Alejandra González (2014) se refiere a este encuentro promocionado como “un almuerzo con 14 jóvenes descollantes”.

futura sociedad argentina”⁹⁶ en el que resaltaba su preocupación por salvar a la juventud de la “subversión”. El mensaje recibido entre líneas, el futuro pertenecía a aquellos jóvenes que no fueron atraídos por la misma. También puede ser entendido este evento como expresión del ideal de joven que la dictadura promovía, aquel que en solitario se esforzaba para avanzar, debido a que los invitados destacaban por sus talentos personales y el reconocimiento social recibido era por dotes personales. Durante esta jornada la presencia estatal no se limitó a este almuerzo sino que se manifestó a través de diferentes controles, según se destacó en la prensa:

“La Dirección Provincial de Protección al menor (...) formuló un llamado a los menores, a padres y maestros, recomendándoles observar el máximo de prudencia en sus actos y no concurrir a lugares que les están prohibidos, y que en última instancia no responde a su necesidad de sano esparcimiento y alegría. Advierte al mismo tiempo a los propietarios de dancing y cabaret que durante el día de hoy se intensificarán los operativos para detectar violaciones a las disposiciones que prohíben en ellos, la permanencia de menores”.⁹⁷

La inclusión de los maestros en el llamado de atención, responde a que el Estado los convocaba de forma permanente como sus “gendarmes ideológicos” (Southwell, 2004: 57-63). Al haber asueto, ellos no tenían relación alguna con lo que los estudiantes pudieran hacer, aunque como vimos en el capítulo anterior en el año 1978, tanto en el Normal de San Fernando, como en el Normal de Quilmes, hubo una inspección a propósito del Día del Estudiante, para corroborar que todas las actividades se realizaran con normalidad, tanto antes de la primavera, como después. Del mismo modo, también se manifestó allí una preocupación por intervenir en las maneras “sanas” de celebrar fuera de la institución. Término con el que se referían a festejos en donde el “orden” fuera la clave, el mismo podía consistir en no manifestar sus identidades juveniles asociadas durante la dictadura de Onganía al rock and roll, el sexo, y las drogas. Este discurso de las “sanas costumbres” si se hizo presente en la memoria de los estudiantes secundarios que asociaban estas celebraciones con espacios para juntarse a jugar a la pelota, compartir una comida, pero sin la presencia de drogas o alcohol (Pablo Romero,

⁹⁶ (22 de septiembre de 1977). La primavera impuso su clima a la gran ciudad. *Clarín*, p. 1, 20 y 21.

⁹⁷ (21 de septiembre de 1977) Día de la primavera, día del estudiante. *Clarín*, p. 3.

Mariano Acosta, 1975-1979 y Mariano Vázquez, Normal de San Fernando, 1981-1985). Una filmación de Canal Nueve⁹⁸ daba cuenta de las actividades que los estudiantes secundarios llevaban adelante durante este año: guitarreadas, bailes, caminatas, andar en bicicleta, realizar picnics, jugar a la pelota y pasear en bote, así como también es posible ver adolescentes fumando y regresando al atardecer a la Estación Retiro para retornar a sus hogares en tren (Anexo XV-XVI-XVII). En esta filmación no se observa en ningún momento la presencia de adultos entre los jóvenes y pese a que en los testimonios es frecuente que los entrevistados refieran a que era una jornada sin supervisión, porque lo vivían de esa forma, cuando llega a la memoria alguna escena relacionada con las fuerzas de la represión, entonces allí aparece la presencia adulta alerta. De todas maneras, se autorizaba el despliegue de ciertas libertades para circular y distenderse, pero observándolas de cerca, lo que las filmaciones del periodo no registraban pero los testimonios si revelaron.

El escenario de 1978, no se diferenció mucho del señalado en los años precedentes, en la publicación periódica seguía siendo un día lleno de vida, alegría y sonrisas⁹⁹ en consonancia con la imagen que el Estado buscaba construir, la de una juventud optimista y sana, despolitizada y defensora de las buenas costumbres (González, 2014: 11). Se presentaban los festejos desvinculados de la realidad que se vivía en las escuelas y en el país, en consonancia con este clima social reflejado en la prensa, una entrevistada refiere a que se sentía en una película:

“Tercero, cuarto y quinto, nos íbamos al Pereyra (Parque Pereyra Iraola). Cuando bajábamos del tren, nos revisaban la mochila en la estación. Vos te bajabas en la estación y ahí había control. Después dentro del parque nunca tuvimos situaciones de violencia. Nos juntábamos con otras escuelas. Yo me acuerdo que uno de los años, parecíamos una película de Palito Ortega, yo llevaba un Winco, mi papá era músico” (Sandra Penon, Normal de Quilmes, 1973-1977)

Este relato, al margen de identificar y naturalizar el control implementado, destaca que no era un impedimento celebrar en dictadura. Otra entrevistada recuerda que cuando iba a los Bosques de Palermo, la presencia militar/policial

⁹⁸ Canal 9 (productor) 1977. Noticiero cinematográfico Sucesos Argentinos [latas de video]. Museo del Cine “Pablo Ducrós Hicken”.

⁹⁹ (22 de septiembre de 1978). Fiebre de primavera. *Clarín*, pp.18-19.

estaba en la zona de los comercios y cuando algún estudiante quería ir al baño y se armaba un grupo de chicos/as fuera de algún bar, enseguida, los militares o policías se hacían presentes para que se retiren (Eugenia Piai, Colegio Santa Teresita del Niño Jesús de Florida, 1979-1983). Respecto de las películas de los cantantes populares del periodo anterior 1969-1974 era común esta asociación con “la alegría, la música y el baile” en las cuales ninguno de los protagonistas poseía intereses políticos, la misma estrategia se utilizaba en la publicidad (Carassai, 2013, 100-101). Por lo cuál, podemos inferir que hubo una continuidad de este ideal del joven y que durante la última dictadura, se había delineado un perfil del mismo asociado a la alegría, para construir una imagen positiva del gobierno, asociado a la vida y no a la muerte, que predominaba en los CCD.

Volviendo a los sentidos otorgados a la jornada, no solo los medios de comunicación asociaban la celebración con la “vida y el amor” sino que la mayoría de los testimonios coincidía en las siguientes expectativas respecto de la jornada:

“El Día del Estudiante era un clásico ir a los parques, el Parque que está cerca del Autódromo o también en el Rosedal, generalmente se hacían picnic, se transcurría la jornada sobre el prado. (...). Esa época era muy rica de establecer relaciones, de conocerse o salir. Todo para compartir, creo que había mucha solidaridad entre los jóvenes. Tengo recuerdos muy lindos, de reírnos, de jugar de hacer chistes. Esta euforia latente del amor, de conocer a una chica. Era gran parte del curso, después se disgregaba el grupo hacia el final de la jornada. En el parque cerca del Autódromo era un mundo de jóvenes” (Gustavo Barach, Colegio Fray Luis Beltrán 1977, y Confederación Suiza 1978-1981).

La perspectiva de entablar un romance era común entre los varones y mujeres entrevistados, en los relatos se observa esta necesidad de distenderse, de encontrarse con otros, esa sensación de “un mundo de jóvenes” un espacio en el que se podían sentir libres de la opresión y la injusticia, que este mismo estudiante reconocía como parte de una institución escolar con autoridades militares, y en la que tenía que cuidarse mucho porque pertenecía a una familia interesada en la vida política que sufrió de cerca las consecuencias de la represión.

Luego, en el diario *Clarín* se repite una vez más la postal de los jóvenes paseándose por la ciudad, de los amores adolescentes, solo que en esta oportunidad llama la atención la manera de hacer referencia a los jóvenes como

“ejércitos de alegría”, haciéndose presente la dictadura en esta expresión,¹⁰⁰ se trataba de una alegría controlada, medida, ordenada y organizada como un ejército. Pero el panorama continuaba invariable en la publicación, los lugares elegidos, sus actividades, en sintonía con en el relato del diario *La Nación*.¹⁰¹ En la filmación del 21 de septiembre de 1979 en los Lagos de Palermo¹⁰², se muestra a los jóvenes jugando a la pelota, y a un grupo de estudiantes secundarios cantando “Rasguña las piedras” de Sui Generis. En el corto tampoco se advierte la presencia de la autoridad adulta, aunque si estaba expresada en la figura de quien filmaba y la cronista, lo presentado se corresponde con la alegría presente en las crónicas periodísticas que venimos analizando (Anexo, XVIII- XIX). En otra filmación del mismo año¹⁰³, una periodista del Canal Nueve, Evangelina Solari debió cubrir nuevamente la jornada de primavera, en esta oportunidad, con una entrevista a la Reina de 1979 en la Ciudad de Buenos Aires, Claudia Pontirolli. La periodista hace una simple pregunta “¿Te querés presentar?” y la entrevistada respondió con sus medidas físicas (Noventa, sesenta, noventa, estatura...) a lo cual la periodista interrogó: “¿Vos crees que esa elección entre bonita o inteligente se sigue dando? O ¿Las argentinas somos bonitas e inteligentes?”. Entonces, la joven de 17 años se corrigió y respondió que las mujeres argentinas podían ser bonitas e inteligentes. Este ejemplo lo traemos por dos motivos, el primero, la mirada de la mujer que se operaba en estos concursos, vista como un cuerpo con unas medidas determinadas por un estándar de belleza impuesto que la periodista, intentaba deconstruir con una simple pregunta a su entrevistada. El segundo motivo, es que la misma periodista que seis años atrás cubría la “Primavera del 73” completamente politizada y con una postura cercana al peronismo y a la ilusión del periodo, se encontraba en dictadura cubriendo una primavera banalizada e intentando de todas maneras, ofrecer un contrapunto aunque fuese mínimo.

Es momento de retomar esta jornada a partir de una experiencia vivida en la Escuela Normal Mariano Acosta a propósito del orden impuesto en las escuelas

¹⁰⁰ (22 de septiembre de 1979). Los jóvenes aprovecharon los parques de Palermo. *Clarín*, p. 25.

¹⁰¹ (22 de septiembre de 1979). Jubiloso arribo de la primavera. *La Nación*, p. 8

¹⁰² Archivo Difilm. (2013, 9 de junio). Día del estudiante en los lagos de Palermo 1979 [archivo de video]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=F5NwiophXTo>

¹⁰³ Canal 9 (productor) 1979. Noticiero cinematográfico Sucesos Argentinos [latas de video]. Museo del Cine “Pablo Ducrós Hicken”.

a los estudiantes secundarios y al desorden que los estudiantes se planteaban llevar a cabo. Nos permitimos comenzar este análisis en palabras de sus protagonistas:

“La primavera empezaba acá con un bombazo. Había una bomba de gamexane, se armaba un quilombo. Ya los preceptores sabían que el 21 de septiembre iba a haber quilombo, nos íbamos por la puerta y te vas a la puta que lo parió. Eso pasó siempre, con militares, sin militares. Otro entrevistado (Pablo Romero)- Ese 21 de septiembre fatídico último día de clase de él (refiriendo a su compañero Osvaldo), en quinto año entró Osvaldo, con su vestimenta de guerrillero y un pasamontañas diciendo: ¡todos afuera! (pero claro... flaquito, ojos celestes, el pelo saliéndose por debajo del pasamontañas) el portero le dice Forbes, pare.... Y éste pensaba que era incógnito (risas). Osvaldo retoma su relato- y encima viene uno y tira un gamexane al lado mío, cuando viene Cardiello (el Rector) me dice ya está, me cansaste. Se acabó. Era bastante heavy estar vestido de guerrillero de la OLP en 1979, era una cosa contestataria, quizá por ser hijo de policía, sentía que tenía licencia para hacer cualquier cosa. No era algo político, era para hacer quilombo (...).Vine disfrazado porque me molestaba mucho esta cosa continua, este régimen tan estricto. A pesar de que vengo de familia de policía y que después me metí en la academia, me gusta la disrupción” (Osvaldo Forbes y Pablo Romero, Mariano Acosta, 1975-1979).

Como afirma el ex estudiante expulsado en su quinto año, y pudimos conocer a través del relato de estudiantes del periodo anterior a 1976, era una práctica de la “cultura escolar” heredada en esta institución, retirarse en masa de la escuela el día previo al asueto de primavera, sin autorización, pero con el consentimiento de las autoridades. Se trataba de una práctica propia de los estudiantes que esbozaba la rebeldía de años anteriores, al tiempo que no había intentado erradicarse de la institución a pesar de todas las medidas para controlar y mantener el nuevo orden imperante desde 1974 e intensificado tras el golpe de Estado de Jorge R. Videla. Los entrevistados del Mariano Acosta nos relatan como abandonaban la escuela e irrumpían en otra, en búsqueda de “las chicas del normal” y cómo esa práctica era aceptada. Así como también son frecuentes las historias de estudiantes que entraban y salían de diferentes escuelas con total libertad.¹⁰⁴ De esta forma comenzaban los festejos, que se extendían al día del asueto con el tradicional picnic y comenzaban con un “desorden” esperado por todos.

En este caso, un estudiante secundario hijo de un policía federal, decidió disfrazarse el jueves 20 de septiembre de 1979 como un guerrillero del Ejército de

¹⁰⁴ Según se desprende del análisis de las Actas de reuniones de profesores del Mariano Acosta, la inasistencia a clases era un problema frecuente (Álvarez Prieto y De Luca, 2014: 370).

Liberación de Palestina, según su relato, asistir a la escuela así disfrazado y animarse a convocar a sus compañeros a salir de la institución para comenzar con anticipación el Día del Estudiante. Adelantando el momento de ocio desde la disrupción, disfrazado de guerrillero, aunque no lo fuera y que además era una “presencia” prohibida. Su situación empeoró con el gamexane y a pesar de ser hijo de un policía, fue expulsado. Un acto de subversión y de provocación, en sus palabras, en un contexto donde el guerrillero era señalado como el enemigo de la Nación. Asumiéndose como hijo de una autoridad policial que podía traspasar ciertos límites llegó al extremo con su actitud desafiante y fue expulsado a solo dos meses de egresar. Lo que le valió el pase a otra institución escolar, en la que tuvo que cursar materias que no tenía antes y demorar un año más la obtención de su título secundario y le significó, además, un peso en su vida personal, dado que esa experiencia fue vivida como una gran injusticia que el tiempo no desvaneció casi cuarenta años después. Vale advertir que las consecuencias de este desafío al mundo adulto, fueron mínimas tal vez respondiendo a la condición de ser hijo de un policía.

Otro de sus compañeros, dentro de nuestra entrevista grupal, daba cuenta de tradiciones escolares pero que también hablan de una manifestación de cierta rebeldía en el espacio público. Por ejemplo, canciones heredadas de años previos que se entonaban el Día del Estudiante y manifestaban el cansancio y las ganas de egresar en tono adolescente (“Bocho” Lavigne, Mariano Acosta, 1975-1979). Para otros el significado de ese día, como ya señalamos, era conocer chicas, dado que venían de una escuela de varones. (Walter Rowner, Mariano Acosta, 1975-1979). También era muy común que se juntaran para ir a comer algo a una casa de comidas rápidas del centro o en alguna cafetería de la zona (Juan Rueda, Mariano Acosta, 1975-1979). Lo importante era estar entre amigos, conocer chicas, pero siempre de forma sana, no había drogas ni alcohol (Pablo Romero, Mariano Acosta, 1975-1979).

Hacia 1980, el diario *Clarín* decidió dedicar un suplemento Especial a propósito de los estudiantes secundarios durante el Día de la Primavera, si lo comparamos con el suplemento de *La Opinión* sobre la juventud en la primavera del 73, las distancias entre aquella juventud politizada y la de 1980, ya disciplinada, son abismales. En aquel momento previo a la tercera reelección de Juan D. Perón, la juventud era sinónimo de rebeldía, estaba cercana a las

organizaciones de izquierda o armadas, participaba en la vida política, y tenía mayores libertades sexuales, de las que habían gozado sus padres. Para este suplemento se realizó una encuesta a cien estudiantes (50 varones y 50 mujeres) entre 15 y 17 años de la Ciudad de Buenos Aires. A los que se les propuso temas relacionados con la estación: las flores, el amor, la amistad y la alegría (manipulando el significado que debía asumir esa fecha). De esta forma accedimos a la idea del Día del Estudiante que se quería “construir” en el ámbito público. La nota, no deja más que lo superficial a la vista, lo que si demuestra es la presencia de los valores “oficiales” en el supuesto discurso de los jóvenes “*doy gracias a Dios porque nos permitió conocer y vivir la primavera*”; “*La primavera, es el aroma de la cocina de mamá, con su dulce de fresas y sus cremas de frutilla, y somos nosotros comiéndolas a escondidas*”. Y se continúan frases referidas a la alegría, la amistad, la juventud y la belleza.¹⁰⁵ La presencia en estos ejemplos de la familia y la religión, son inherentes a las construcciones que se hicieron desde el poder y que debían encarnar como símbolo de un triunfo sobre la juventud.

Esta festividad juvenil no puede pensarse sin la presencia de las fuerzas de seguridad, que tenían en la mira de forma constante a los jóvenes que buscaba controlar. La Policía de la Provincia de Buenos Aires estaba convocada a garantizar el “orden” durante la celebración y registrar todo lo que sucediera, no obstante, el siguiente ejemplo corresponde a estudiantes universitarios pero de todas maneras, puede ilustrarnos una realidad que se replicaba para el ciclo medio. Existen registros sobre la presencia de fuerzas policiales en la celebración de un picnic en la Facultad de Ciencias Veterinarias de La Plata, al que asistirían estudiantes de medicina y agronomía, el 21 de septiembre de 1980. Unos días antes, los servicios de inteligencia ya estaban al tanto del mismo y se habían propuesto informar sobre como habría transcurrido la reunión. Finalmente, el informe prometido llegó a la Dirección General de Inteligencia de La Plata, donde el Jefe de la Policía de esa ciudad informaba con detalle qué autoridades de la facultad habían asistido y todas las actividades que se habían llevado adelante con los horarios de cada una:

¹⁰⁵ (21 de septiembre de 1980). Suplemento. *Clarín*, pp. 3 y 4.

“Siendo aproximadamente las 19.30 hs se desconcentran paulatinamente los asistentes en perfecto orden, se deja constancia que el desarrollo de la reunión se efectuó sin ningún tipo de alteración al orden, no detectándose asimismo la presencia de dirigentes de las tendencias Universitarias que actúan en dicha casa de estudios”¹⁰⁶

A juzgar por las fuentes, todavía había participación política en dicha Facultad para 1980, donde concurrieron las fuerzas represivas para buscar a los dirigentes estudiantiles, aunque sin éxito. Estuvieron presentes y estaban al tanto de todo, no se mencionó si lo hicieron “encubiertos”, tuvieron algún informante civil o fue con presencia abierta. A su vez, al parecer era de suma importancia el comunicado, porque esa misma noche, se escribió y envió el documento con el asunto: “Festejo del Día de la Primavera en la Facultad de Veterinaria”. Otra evidencia de presencia policial/militar en las celebraciones, la obtuvimos a través de un Memorando enviado por el Comisario Héctor Daglio de la Delegación Regional de Bahía Blanca a la Dirección General de Inteligencia de La Plata: *“En esta jurisdicción, de averiguaciones practicadas en los distintos lugares con mayor concentración de personas, se ha podido establecer que en las mismas no se han producido alteraciones al orden”* (22 de septiembre de 1980). Asegurando su vigencia en la jurisdicción durante dicha jornada, al tiempo que brindó detalles de los sitios más elegidos por los estudiantes y familias para festejar la primavera: Monte Hermoso y Sierra de la Ventana (Provincia de Buenos Aires), y adjuntaba recortes y notas periodísticas de un diario que colaboraba con el régimen, *“La Nueva Provincia”* exponiendo el tipo de actividades que se habían celebrado.

Además de las formas de festejar en la Ciudad de Buenos Aires y en los partidos de San Fernando y Quilmes, del Gran Buenos Aires, en otros espacios geográficos de Buenos Aires, como los arriba indicados, los estudiantes acudían a sitios de gran atractivo turístico. La primavera en esta oportunidad coincidió con el fin de semana, entonces, la celebración se extendió más días y muchos jóvenes se instalaron allí en diferentes campings y hoteles. Esto lleva a pensar en cierta autonomía de la juventud para disponer de su tiempo de ocio con sus pares en lugares distantes pero todo permiso conllevaba un costo como veremos a continuación.

¹⁰⁶ CPM-FONDO DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa De, Entidades Varias, Legajo 338.

Los jóvenes no estaban solos, hubo en esta oportunidad una fuerte presencia de las autoridades para intervenir el desarrollo de la jornada, en la que prepararon diversos eventos para recibir a los estudiantes, con participación de la policía y las autoridades militares del Municipio de Sierra de la Ventana y Monte Hermoso. Como si esta presencia oficial no fuera suficiente, en la mañana de 21 de septiembre, el presbítero Mario Suquiati ofició “una misa por el estudiante” en la Iglesia Stella Maris de Monte Hermoso, esta jornada tenía el adicional “moral” que la dictadura promovía, y evidentemente, el control de los festejos.

La elección de la Reina de la Primavera 1980 de Monte Hermoso fue en traje de baño y la ganadora fue coronada por el Coronel Ariel Horacio Valero (intendente de facto). En tanto que el *Grupo Cóndor* de la policía bonaerense brindó un espectáculo en motocicleta para cuatro mil espectadores mientras que cerca del mediodía había actuado la Banda del V Cuerpo del Ejército (*Nueva Provincia*, 22 de septiembre de 1980). Esta presencia militar y policial, nos lleva a concluir que al menos en este año y en esta zona, la primavera no solo estaba vigilada por las “fuerzas de seguridad” sino que adquirió carácter “oficial” al tener actividades preparadas por el municipio para recibir a los jóvenes. Con un estilo más cercano a lo que sucedía en la Ciudad de Córdoba con festejos que el Estado había hegemonizado.

La referencia a los jóvenes del Diario *La Nueva Provincia* es muy similar a la que utilizaba el diario *Clarín*. Allí abundan las alusiones a la estación del amor, un día lleno de alegría y juventud, de vida. Entre las actividades realizadas por los jóvenes en estos lugares e informadas por el diario de Bahía Blanca, se destacaban en Monte Hermoso, quedarse frente al Mar hasta la puesta del Sol, caminatas en el centro y en la playa, concentrarse en la rambla, comer asado, asistir a los eventos preparados: exposiciones, música, baile, elección de la Reina de la Primavera. Mientras que en Sierra de la Ventana, las posibilidades eran hacer reuniones bajo los árboles, asistir a los espectáculos musicales preparados por el municipio, por la noche celebrar en locales bailables, escalar los cerros, cantar, hacer juegos, y participar de las actividades protagonizadas por las fuerzas de seguridad¹⁰⁷. En esta última descripción del diario, si hay más puntos en

¹⁰⁷ *Ibidem*.

común con la Ciudad y Gran Buenos Aires, respecto del picnic y actividades de recreación al aire libre.

A continuación nos trasladamos a la primavera de 1981, donde se repitió el tradicional discurso dedicado a la juventud, en esta oportunidad a cargo del nuevo presidente de facto Roberto Viola:

“En vísperas de una jornada que es enteramente nuestra, deseo transmitir a todos ustedes mi saludo más afectuoso, asociándome así a una celebración que tiene para todo el pueblo de la Nación un significado de vida y esperanza (...) Tengo la convicción que quiénes dentro de pocas horas poblarán calles y caminos, parques y jardines, pertenecen a nuestra mejor Argentina, la que le va a ganar la batalla al desaliento (...). Un pensador argentino ha dicho que en el mundo no sobrevive más que lo natural, y que toda tensión, todo exceso, toda violencia, son efímeras”¹⁰⁸

Viola refería a la violencia como un binomio, la de izquierda, de la subversión que atentaba contra los valores nacionales, frente a una violencia “legítima”, la de un Estado en “guerra”. Para este entonces, en sus palabras, la violencia había sido superada, quedando tras su paso lo que ellos esperaban. Es decir, sin mencionarlo abiertamente, se había exterminado a ese grueso de jóvenes, que no eran la juventud deseada, ese grupo que se proponía “cambiar el mundo” a partir de una revolución (Marcote, 2017, 39-41). En su lugar, en palabras del presidente de facto había quedado la juventud “deseada” lo que es “natural” el estudiante que respetaba el nuevo orden y encarnaba los valores tradicionales, este tipo de relatos estaban cargados de advertencias, de amenazas y de órdenes.

Con las fuentes disponibles, pudimos establecer que los mensajes en la prensa, el almuerzo de jóvenes con el dictador Videla en 1977, las actividades organizadas por las fuerzas policiales y militares para entretener al público juvenil, eran combinados con ejercicios de vigilancia directa. Entonces, este día, adquiriría una relevancia particular para el régimen. Cabe preguntarse entonces ¿se trataba de ver el éxito de las políticas implementadas en pos del “orden” en esta jornada?” o ¿dar la sensación de libertad para intervenir desde las sombras a quiénes quisieran subvertir la “paz” que los CCD habían instalado? ¿Se permitieron los festejos para generar una imagen positiva y alegre del régimen?

¹⁰⁸ (21 de septiembre de 1981). El día de la primavera. *La Nación*, pp. 1 y 11.

En la primavera de 1981, el diario *La Nación* dio un espacio mayor a la jornada primaveral, que entre los años 1976-1980 no había otorgado aunque con un tono menos festivo que *Clarín* señalando el optimismo de los jóvenes en su día de asueto, la preeminencia de mochilas, viandas, guitarras, parejas y amigos.¹⁰⁹ El motivo por el cual dedicó más espacio al evento juvenil se debió a la asistencia del presidente de facto Viola en la celebración, coronando a la Reina de la Primavera. Que se encontraba en la búsqueda de entablar un vínculo con la juventud y de ofrecer una imagen positiva, de barrio, en el Club Esgrima. Pero este año, también se operó un cambio relacionado con los festivales de rock, diez mil personas se acercaron a Ezeiza a participar del festival “Prima Rock” que duró desde el mediodía del 21 de septiembre hasta las 21 hs y reunía a personas de todas las edades. Se trataba de una forma novedosa de festejar, síntoma del clima político más distendido, las bandas y artistas convocados fueron: Dulces 16, Nito Mestre, Miguel Cantilo, Luis Alberto Spinetta y Jade, Lito Nebbia, Virus y María Rosa Yorio. Muchos asistentes llevaron carpas para acampar en el lugar y pasar luego la noche allí. El diario cita la opinión de Daniel Ripoll (creador de la *Revista Pelo*) quien cuestionaba a los jóvenes del momento, solo interesados en la música y no en su mensaje o el estilo de vida propuesto en el rock.¹¹⁰ El vínculo entre Día del Estudiante y el festival, expresa un contexto menos rígido. Si bien los “jóvenes rockeros” no fueron un objetivo del régimen dentro del plan de aniquilación, éstos no representaban los valores “occidentales” y por lo tanto, sufrieron persecuciones, restricciones y amenazas, en los primeros años de dictadura (Pujol, 2013: 21). De todas maneras pudieron concretarse recitales de rock masivos en la Ciudad de Buenos Aires y otros puntos del país, sin ser clausurados como ya fue señalado.

En 1982, el contexto político nacional había cambiado debido a la Guerra de Malvinas, que expresó la necesidad del régimen de perpetuarse en el poder intentando recuperar las Islas del sur en manos de una potencia del nivel bélico de Gran Bretaña. Enviando de ese modo a la muerte a cientos de jóvenes, que apenas habían cumplido los 18 años de edad (Manzano, 2017: 383) y por tanto, encarnaban como jóvenes todos los requisitos emulados por el régimen,

¹⁰⁹ (21 de septiembre de 1981). El día de la primavera. *La Nación*, p.5. // (22 de septiembre de 1981). Con juvenil alegría fue recibida la primavera. *La Nación*, p. 6

¹¹⁰ (21 de septiembre de 1981). El influjo del arribo de la primavera. *Clarín*, pp. 22-23.

paradójicamente, la muerte de esta juventud “heroica” y su derrota en las islas del sur, derivó en la crisis final de la dictadura.

La celebración de este año se distinguió por la presencia masiva del radiograbador¹¹¹ como elemento novedoso que una de las entrevistadas mencionaba con nostalgia y que estuvo presente en sus celebraciones (Eugenia Piai, Santa Teresita del Niño Jesús de Florida, 1979-1983). Finalmente, durante la primavera de 1983 el escenario nacional estaba transformándose, los militares estaban en plena retirada y esta primavera transcurría en un clima de apertura, a pocos meses de finalizar la dictadura y así como ocurrió en 1973, la estación volvió a ser asociada con la democracia:

“La crónica periodística no recuerda en estos últimos años, haber registrado una afirmación de la libertad y alegría de parte de tanta gente, cuando el motivo aparentemente, parece tan simple: llegó la primavera, la joven estación que renueva la vida; pero esta vez no fue solo el florecer de un jacarandá celeste o el picnic del que se tendrá un divertido recuerdo. Este 21 de septiembre de 1983 pareció ser el símbolo de tantas ilusiones que renacen en cada argentino”.¹¹²

Recién en este momento la vida política nacional y el cercano retorno de la libertad, se filtraron en ambas publicaciones (*Clarín* y *La Nación*) estableciendo vínculos entre la primavera y la realidad del país, algo que no había ocurrido entre 1976 y 1982.

Recapitulando, a lo largo de estas páginas pudimos acceder a las preocupaciones del gobierno militar por intervenir la primavera a través de restricciones presentadas en el espacio público con prohibiciones, recomendaciones y discursos amenazantes. También se manifestó en los encuentros programados especialmente con los jóvenes para formar parte de las celebraciones, en un almuerzo con el dictador Videla, en una muestra de habilidades de las fuerzas policiales como espectáculo público, en la coronación de reinas, en la representación de los jóvenes en los medios de comunicación. También a partir de la presencia policial en la provincia de Buenos Aires, controlando las primaveras universitarias, en las cercanías de los lugares de festejos, haciendo controles. Habilitar la primavera servía para los fines políticos del régimen, la construcción de una imagen positiva, de alegría y de vida que los

¹¹¹ (22 de septiembre de 1982). La ciudad fue una fiesta: tiempo de primavera. *Clarín*, p. 1.

¹¹² (22 de septiembre de 1983). Una primavera con todo. *Clarín*, pp.1 y 32.

acercaba a la juventud, y que al mismo tiempo funcionaba como una imagen que refutara en el espacio público, las denuncias por la desaparición de personas.

Pese a estos intentos por cooptarlos, los estudiantes trascendieron los límites y los grises del orden. Ellos y ellas se hicieron presentes en las filmaciones de época, en las entrevistas manifestando la alegría juvenil y despreocupación por esas imposiciones, al tiempo que evidenciaban que eran los ocupantes privilegiados del espacio público. Expresado en sus prácticas de entonar canciones de rock nacional, bailar, fumar, mezclarse varones con mujeres y disfrutar del amor, lo que evidencia la preeminencia de algunos cambios presentes en los años sesenta, propios de una renovación cultural. A diferencia del periodo 1966-1975, la política no tuvo lugar en los festejos de la última dictadura, es decir, que el principal propósito del régimen si había sido impuesto con éxito, a pesar de eso, la experiencia juvenil puso de relieve la importancia de las prácticas de rebeldía, que desafiaron el orden a lo largo de estas primaveras, y que las autoridades terminaron por aceptar pese a que tuvieran sus propios intereses.

Consideraciones finales

El Día del Estudiante durante la última dictadura cívico militar en Buenos Aires puede pensarse en dos direcciones, como parte de la cultura juvenil y desde la lógica estatal. Respecto de la primera, se trata de una costumbre de fuerte raigambre entre los estudiantes secundarios como producto de un recorrido que inició a principios del siglo XX. Una costumbre que década tras década se fue transformando junto con las identidades juveniles, que como analizamos en el primer capítulo, comenzaron el camino de diferenciación del mundo adulto en la década del cincuenta y adquirieron gran protagonismo entre las décadas del sesenta y setenta. Este protagonismo aparece asociado a la renovación que representó la juventud en términos culturales, transformando pautas de organización familiar tradicionales, de-construyendo la doble moral sexual y ganando algunas batallas en el terreno de la igualdad de género al reconocer nuevas libertades a las mujeres.

La juventud fue vista entre estas décadas como expresión de la renovación y por lo tanto, de un mundo social dinámico que iba adquiriendo nuevas y heterogéneas características con el correr del tiempo y el despliegue de sus experiencias. Pero con el advenimiento de las dictaduras, la autodenominada “Revolución Argentina” (1966-1973) y el “Proceso de Reorganización Nacional” (1976-1983) se buscó poner fin a su creciente protagonismo político y movilización social por medio de la intervención en las universidades, la re-instalación del orden en las escuelas secundarias, la prohibición de la participación política y el uso de la violencia. Una violencia que no fue exclusiva de las dictaduras, sino que fue empleada por el Estado tras el retorno del líder peronista en 1973, para disciplinar a la población juvenil que tenía sus propias expectativas sobre el retorno democrático y que estaban ligadas a las propuestas de las organizaciones políticas y armadas de izquierda. Pero el país estaba muy lejos de esas esperanzas, y más cerca de los grupos de derecha, que pronto se armaron en “defensa de la nación” en el marco internacional de lucha anticomunista. Pronto la violencia invadió la vida cotidiana como producto de la combinación de las medidas represivas del Estado mediante leyes, el accionar de las organizaciones de derecha como la Triple A, y por último, la correspondiente

a las organizaciones armadas de izquierda, que fueron radicalizando sus posturas desde fines de los sesenta y principios de los años setenta.

La segunda dirección en la que es posible pensar esta celebración juvenil es la propuesta por el Estado que buscó “ordenar” a la juventud desde diferentes estrategias que van desde la intervención en los ámbitos donde transcurrían su vida cotidiana, a la implementación de la violencia- haciéndose ésta cada vez más extrema en la medida que se pasó de una dictadura a la otra. La primavera no fue clausurada durante los periodos autoritarios pero si fue objeto de control, durante la dictadura de Onganía a través de la represión del movimiento estudiantil, cuando politizaban la jornada. En tanto que en la segunda, el objetivo era replicar la despolitización del escenario nacional y mostrar a los jóvenes como la cara alegre y subordinada del régimen. Desplegando una fuerte presencia policial y militar en el desarrollo de las jornadas, como parte de una estrategia por ocupar el tiempo de ocio de la juventud, asegurándose el desarrollo de actividades que se enmarcaran dentro de una “sana” forma de celebrar.

En el momento de recuperación democrática la primavera atravesó junto al desarrollo de la política nacional un carácter disruptivo, el 21 de septiembre de 1973 fue vivido con una gran euforia pues coincidía con las elecciones que permitirían luego de la proscripción desde 1955, el retorno a Juan D. Perón. En la medida que las primaveras se acercaban al 24 de marzo de 1976, iban perdiendo fuerza en la movilización política por las medidas represivas puestas en marcha durante el tercer peronismo. El segundo momento de recuperación democrática en 1983, también fue reflejado en las publicaciones mediáticas en torno de la asociación primavera-democracia.

Nuestro problema de investigación consistía en pensar las motivaciones del gobierno de facto entre 1976-1983 en Buenos Aires para habilitar el desarrollo de las jornadas en el espacio público. La hipótesis que planteamos y pudimos reconocer por la disponibilidad de fuentes, es que el Estado tenía un interés particular en el desarrollo del festejo de primavera, uno de los cuáles era presentar una imagen de la juventud alegre que diera la idea de una vida cotidiana distendida y alejada de la represión. También era relevante presentar la jornada en el espacio público ajena a la política, razón por la cuál, aprovechaban para dedicar mensajes a las familias que estimularan la distancia entre los estudiantes y la “subversión”. Asimismo podía servir a sus fines, como demostración de la

hegemonía estatal en las celebraciones primaverales con “formas sanas” de festejar (alejadas de las drogas y los deseos sexuales).

En contrapartida, las primaveras presentaron una juventud que si bien fue despolitizada, no pudo ser silenciada y manifestó dentro de los límites posibles, su disconformidad con ese “orden” y una inclinación que casi siempre se orientaba al “caos”. Las resistencias podían ser parte de posicionamientos políticos, por las trayectorias personales antes del golpe de Estado, por la influencia de sus familias o bien, como parte esencial de la experiencia cultura juvenil de los años precedentes, de oposición a las autoridades. El Día del Estudiante, fue aprovechado como un momento de distensión que los alejaba de un ordenamiento gris presente en las escuelas.

En relación a nuestros objetivos, el primero consistía en reconstruir la festividad entre los años 1966-1975, como un antecedente que nos permitiera establecer cambios y continuidades con la última dictadura. Al tiempo, que nos permitió trazar conexiones entre el desarrollo de la primavera, la construcción de un movimiento estudiantil y el avance del autoritarismo. Dando como resultado un proceso en el cuál predominaron las tensiones entre Estado-Juventud, con excepción del año 1973. Sin este recorrido hubiéramos perdido el dinamismo presente en las primaveras y la expresión de algunas libertades culturales y sexuales adquiridas en los sesenta.

El segundo objetivo, era recorrer durante la última dictadura las formas en las que el Estado intentó ocupar con sus ideas y prácticas conservadoras, el tiempo libre de los estudiantes secundarios. Con propuestas que luego se materializaran en formas de proceder en la vida cotidiana, acordes al régimen de facto. Aquí recuperamos la rigidez del sistema educativo predominante durante esos años en las escuelas secundarias (que a la vez, era propio del funcionamiento habitual de la escuela desde hacía décadas), por un lado y por otro, la resistencia de muchos ex estudiantes del periodo a partir de canales de expresión cultural, el rock, las revistas estudiantiles y costumbres propias de la vida escolar que manifestaban sus deseos de libertad y trasgresión como lo fueron, la práctica de “ratearse”, la confección de distintivos, escribir sus guardapolvos al finalizar su escolaridad, desafiando a las autoridades. Muchas de las cuales eran prácticas que formaban parte de la cultura escolar del periodo anterior y que expresan que pese a los esfuerzos puestos en controlar cada instante de la vida juvenil, las prácticas

culturales desarrolladas durante los años previos, no podían ser eliminadas. A menos que se utilizara el sistema de desaparición forzada de jóvenes, a los que habían convertido en enemigos de la “nación” por sus ideales y prácticas políticas.

El último objetivo, era establecer un nexo entre la celebración juvenil frente a estas medidas de sometimiento que analizamos en el capítulo dos que inundaban las directivas escolares, los medios de comunicación y los momentos libres. Aquí lo que encontramos fue una resistencia de los estudiantes asociada al espacio escolar en tanto que a la hora de celebrar en el espacio público, la clave era la diversión y la expresión de la libertad, recuperando para ellos, ese espacio que les perteneció por décadas. Una costumbre que implicaba el desarrollo de un día mayormente al aire libre, en el que eran los “dueños” indiscutidos del espacio público pese a los controles policiales y militares. Esa presencia, no les impedía celebrar, mostrarse autónomos y escaparse del clima de autoritarismo vivido durante todo el año. Aunque en lugares como Bahía Blanca, la primavera había sido controlada exclusivamente por las autoridades militares y eclesiásticas, en la Ciudad de Buenos Aires y Gran Buenos Aires, esa presencia no fue posible. Las autoridades militares buscaron acercarse a ellos a través de los medios de comunicación, en los discursos dedicados a los jóvenes, en un almuerzo o en la coronación de una reina de primavera y del espionaje, pero no lograron trascender esos episodios particulares.

Por último, a lo largo de los capítulos, vimos los intentos de la cúpula de la Iglesia Católica por influenciar la vida de la juventud, manifestándose con mayor presencia durante la última dictadura, en consonancia con la transformación de la Iglesia en referente moral del régimen y cómplice del desarrollo de la violencia estatal que llegó incluso a las filas del cristianismo, con el aniquilamiento de los sacerdotes tercermundistas. Aprovechando esta vacante de las organizaciones políticas en la ocupación del espacio público y promoviendo actividades para la socialización juvenil, así como también se produjo un aumento en la incidencia del cristianismo en las escuelas a través de los concursos literarios, comunicados oficiales y el mismo diseño curricular del nivel medio.

Del cruce de las fuentes disponibles pudimos establecer continuidades y rupturas a la hora de festejar el 21 de septiembre entre las décadas del sesenta y setenta, recuperando dentro de un proceso histórico particular la conformación de

experiencias de celebrar el Día del Estudiante, atravesado por las vicisitudes de la vida política nacional. Abordamos las tensiones entre el Estado y una juventud que pese a ser la principal víctima del terrorismo estatal, no dejó de buscar espacios para escapar al “orden”. No intentamos sobre dimensionar el peso de los pequeños actos de oposición juvenil presentados, pero si nos interesó recuperar la inclinación al caos, como modo de supervivencia de una cultura radicalizada de algunos sectores juveniles de Buenos Aires gestada en las luchas políticas de las décadas del sesenta y setenta, que pese a todos los esfuerzos del aparato represivo, no pudo ser evitada.

Fuentes

Archivos, hemerotecas, documentación

Comisión Provincial por la Memoria. Centro de Documentación y Archivo. Fondo DIPPBA, La Plata, Provincia de Buenos Aires.

Archivo Histórico de la Escuela Normal Superior Mariano Acosta “Espacios de Memoria”, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Archivo Histórico de la Escuela Normal Nacional de Quilmes “Silvia Manuela Gorleri”, Quilmes, Provincia de Buenos Aires.

Archivo del Colegio Nacional Mixto de Morón, Provincia de Buenos Aires.

Cineteca del Museo del Cine “Pablo Ducrós Hicken”, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Hemeroteca, Sala de Diarios y Periódicos. Biblioteca del Congreso de la Nación. Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Hemeroteca de la Biblioteca Nacional, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Centro de Documentación de la Biblioteca Nacional del Maestro, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Libro de Inspección de la Escuela Normal de Quilmes (1980).

Libro de Inspección de la Escuela Normal de San Fernando (1912-1981).

Boletín de Comunicaciones del Ministerio de Cultura y Educación (1976-1977).

Monitor de la Educación (1966-1976).

Memorias del Ministerio de Cultura y Educación de la Nación (1976-1983).

Circulares, resoluciones y disposiciones del Ministerio de Cultura y Educación de la Nación (1976-1983) analizados en los Archivos de la Escuela Normal Mariano Acosta y la Escuela Normal de Quilmes.

Informe de la situación de la Escuela Normal de Profesores N° 2, Mariano Acosta, (1974). Archivo histórico del Mariano Acosta.

Carta de la madre de Dergarabedian, 24 de noviembre de 1980. Archivo histórico del Mariano Acosta.

Acta de reunión del Consejo Consultivo del 10 de noviembre de 1980. Archivo histórico del Mariano Acosta.

Informe al Director Nacional de Enseñanza Media y Superior del 14 de noviembre de 1980. Archivo histórico del Mariano Acosta.

Ministerio de Cultura y Educación de la Nación (1978). *Subversión en el ámbito educativo. Conozcamos a nuestro enemigo*. Buenos Aires.

Prensa:

Diario *La Nación*, 1966-1983

Diario *Clarín*, 1966-1983

Diario *La Opinión*, 1971-1976

Revistas estudiantiles:

Etcétera. Revista estudiantil de la Escuela Normal Nacional de Quilmes.

Inter Match. Revista estudiantil de la Escuela Normal Superior Mariano Acosta.

Filmaciones:

Archivo Difilm (2014, 1 de abril). Tanguito en festejos del día de la primavera en Buenos Aires 1967 [archivo de video]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=WjWmBilG3lw>

Archivo Histórico RTA SA (2017, 8 de febrero). Una primavera que también es democrática, 1973 [archivo de video]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=4CoyU4kMfks>

Canal 9 (productor) 1977. Noticiero cinematográfico Sucesos Argentinos [latas de video]. Museo del Cine “Pablo Ducrós Hicken”.

Canal 9 (productor) 1979. Noticiero cinematográfico Sucesos Argentinos [latas de video]. Museo del Cine “Pablo Ducrós Hicken”.

Archivo Difilm. (2013, 9 de junio). Día del estudiante en los lagos de Palermo 1979 [archivo de video]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=F5NwiophXTo>

Entrevistas:

Gustavo Anibal Barach, septiembre de 2017, Buenos Aires-Gallarate (Italia) vía skype.

Eugenia Piai, septiembre de 2017, Prov. de Buenos Aires.

José Duduchark, septiembre de 2017, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Raquel Papalardo, octubre de 2017, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Mónica Roldán, octubre de 2017, Prov. de Buenos Aires.

Iris González Vaccaro, octubre de 2017, Prov. de Buenos Aires

Julio César Páez, octubre de 2017, Prov. de Buenos Aires.

Sandra Penon, octubre de 2017, Prov. de Buenos Aires.

Liliana Ferreyra, octubre de 2017, Prov. de Buenos Aires.

Mariano Vázquez, noviembre de 2017, Prov. de Buenos Aires.

Víctor Do'porto, noviembre de 2017, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Susana Swab, noviembre de 2017, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Jorge Curcio, noviembre de 2017, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Daniel Guma, noviembre de 2017, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

“Bocho” Lavigne, diciembre de 2017, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Osvaldo Forbes, diciembre de 2017, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Pablo Romero, diciembre de 2017, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Walter Rowner, diciembre de 2017, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Juan Rueda, diciembre de 2017, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Gustavo Echegoyen, marzo de 2018, Prov. de Buenos Aires.

Referencias bibliográficas

Agnelli, Chalo *et al.* (2013). *Historia para un centenario. Escuela Normal Nacional de Quilmes. 1912- 23 de octubre-2012*. Bernal: Jarmat.

Águila, Gabriela. (2012). *La Historia Reciente en Argentina: un balance. Historiografías*, 3, pp. 62-76.

Álvarez, Victoria (2015). Género y violencia: Memorias de la represión sobre el cuerpo de las mujeres durante la última dictadura militar argentina. *Revista Nomadías. Incursiones feministas*, N°19. pp. 63-83. URL: <https://revistas.uchile.cl/index.php/NO/article/view/36763/38344> Sitio web visitado el 9 de septiembre de 2018.

Álvarez Prieto, Natalia y Romina De Luca (2014). Las transformaciones del currículum y de la normativa escolar durante la última dictadura militar: el uso y el disciplinamiento de la fuerza de trabajo a través del sistema dual y del régimen disciplinar. *Trabajo y Sociedad*, N° 23, pp. 353-375. URL: <http://www.unse.edu.ar/trabajoysociedad/23%20De%20Luca%20y%20Prieto%20Normativa%20escola%20y%20dictadura.pdf> Sitio web visitado el 9 de septiembre de 2018.

Ansaldi, Waldo. (2006). El silencio es salud. La dictadura contra la política. En Hugo Quiroga y César Tcach (coord.), *Argentina 1976- 2006. Entre la sombra de la dictadura y el futuro de la democracia* (pp.97-121). Rosario: Homo Sapiens.

Baschetti, Roberto. (2016). *Peronistas que estudian: de los libros de lectura a la lectura de la realidad*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Jirones de mi vida Editorial.

Berguier, Rubén, Eduardo Hecker y Ariel Schifrin. (1986). *Estudiantes secundarios: sociedad y política*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Bisquert, Jaquelina y Daniel Lvovich (2008). El discurso militar y sus impugnadores. En *La cambiante memoria de la dictadura. Discursos públicos, movimientos sociales y legitimidad democrática* (pp.15-26). Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.

Blaustein, Eduardo y Martín Zubieta. (1998). Decíamos ayer. En *Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el proceso* (17-46). Buenos Aires: Colihue.

Bonavena, Pablo. (2012). El movimiento estudiantil secundario: *Del Golpe de Onganía al Cordobazo*. Ponencia presentada en las “VII Jornadas de Sociología de la UNLP”, La Plata.

- Borrelli, Marcelo (2011). Una “batalla ganada”. *Clarín* y la compra de Papel Prensa (1976-1978). En Borrelli, Marcelo y Jorge Saborido (coord.) *Voces y silencios: la prensa y la dictadura militar 1976-1983* (pp.19-34). Buenos Aires: Eudeba.
- Bosoer, Fabián. (2007). *Malvinas capítulo final (II) Guerra y diplomacia en Argentina (1942-1982)*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Bossí, Florencia, Gabriela Pesclevi y Carolina Salvador. (2015). *Libros que muerden: una colección que resplandece*. Ponencia presentada en las “IV Jornadas de Intercambio y Reflexión acerca de la Investigación en Bibliotecología”, La Plata.
- Britez, Rafael y Néstor Denza. (2007). *Los pibes del Santa: Represión estudiantil en Florencia Varela*. Florencia Varela: Centro de Participación Estudiantil Enrique Angelelli.
- Buchbinder, Pablo (2010). La Universidad entre la politización, la masificación y las dictaduras. En *Historia de las universidades argentinas* (pp. 191-211). Buenos Aires: Sudamericana.
- Cammarota, Adrián. (2016). Hacia una historia de la juventud y la educación en clave histórica. Argentina (1940-1960). *Anuario de Historia Virtual*, Año 7, N° 10 pp.90-111. URL: <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/anuariohistoria/article/view/16421/16283> Sitio web visitado el 9 de septiembre de 2018.
- Cammarota, Adrián. (2014). *Somos bachiyeres. Juventud, cultura escolar y peronismo en el Colegio Nacional Mixto de Morón (1949-1969)*. Buenos Aires: Biblos.
- Cammarota, Adrián. (2010). El cuidado de la salud de los escolares en la provincia de Buenos Aires durante el primer peronismo (1946-1955). Las libretas sanitarias, las fichas de salud y las cédulas escolares. *Propuesta Educativa*, vol. 1 n° 35, pp. 113-120. URL: <http://www.propuestaeducativa.flasco.org.ar/archivos/jovenes/12.pdf> Sitio web visitado el 9 de septiembre de 2018.
- Calveiro, Pilar (2013). *Política y/o violencia: Una aproximación a la guerrilla de los años setenta*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Calveiro, Pilar. (2006). *Poder y desaparición: Los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires: Colihue.
- Carassai, Sebastián. (2013). *Los años sesenta de la gente común. La naturalización de la violencia*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Carnovale, Vera (2010). Revolución, guerra y enemistad en el imaginario del Partido Revolucionario de los Trabajadores- Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP), Argentina. En Bohoslavsky, Ernesto *et al* (coord.) *Problemas de historia reciente del Cono Sur. I* (pp.133-150). Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Cosse, Isabella. (2009). Los nuevos prototipos femeninos en los años 60 y 70: de la mujer doméstica a la joven “liberada”. En Andújar, Andrea *et al.* (comp.) *De minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los 70 en la Argentina* (pp.171-186). Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.
- Cosse, Isabella. (2006). Cultura y sexualidad en la Argentina de los 60: usos y resignificaciones de la experiencia transnacional. *EIAL*, vol. 15, N°1, 39-60. URL: <https://www.aacademica.org/isabella.cosse/3.pdf> Sitio web visitado el 9 de septiembre de 2018.
- CONADEP. (2006). *Nunca más: informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas*. Buenos Aires: Eudeba.
- Comisión Provincial de la Memoria (2012) *Biblioteca de libros prohibidos*. Córdoba: Ediciones del Pasaje. URL:

http://www.apm.gov.ar/sites/default/files/biblioteca%20libros%20prohibidos_0.pdf

Sitio web visitado en el 9 de septiembre de 2018.

Corradi, Juan. (1985). La cultura del miedo en la sociedad civil: reflexiones y propuestas. En Cheresky, Isidoro y Jaques Chonchol (comps.), *Crisis y transformaciones de los regímenes autoritarios*. (Pp. 171-187). Buenos Aires: Eudeba.

D'Antonio, Débora. (2017). Vigilancia, control social y agencia política del activismo por los derechos humanos ante la llegada de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos. *Izquierdas*, n°32, 184-202. URL:

<https://scielo.conicyt.cl/pdf/izquierdas/n32/0718-5049-izquierdas-32-00184.pdf> Sitio web visitado el 16 de septiembre de 2018.

Díaz, César (2011). *La Nación y Clarín* frente a la violencia política (1976-1980). Dos casos de periodismo hermesiano. En Borrelli, Marcelo y Jorge Saborido (coord.) *Voces y silencios: la prensa y la dictadura militar 1976-1983* (pp.153-184). Buenos Aires: Eudeba.

Divinzenso, María Alicia. (2016). La transformación de las relaciones cívico-militares. La Acción Cívica del Ejército (1960-1983). En Águila, Gabriela, Santiago Garaño y Pablo Scatizza (coord.) *Represión estatal y violencia paraestatal en la historia reciente argentina: Nuevos abordajes a 40 años del Golpe de Estado*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 57. URL:

<http://www.libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/63> sitio web visitado el 9 de septiembre de 2018.

Di Pietro, Susana y Pablo Pineau (2008). *Aseo y presentación: un ensayo sobre la estética escolar*. Buenos Aires: El autor.

Doval, Delfina y Carolina Kaufmann. (2006). La enseñanza encubierta de la religión: La Formación Moral y Cívica. En Kaufmann, Carolina (direc.). *Dictadura y Educación. Los textos escolares en la historia argentina reciente* (203-224). Buenos Aires: Miño y Dávila.

Doval, Delfina y Carolina Kaufmann. (1997). Libros aprobados. Libros prohibidos. Libros recomendados. Argentina 1976-1982. En *Una pedagogía de la renuncia. El perennialismo en Argentina 1976-1983*(45-70). Santa Fe: Serie cuadernos de Investigación-FCE-UNER.

Dunning, Eric y Norbert Elías (1992). *Deporte y ocio. En el proceso de civilización*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

Erazo Caicedo, Edgar Diego. (2009). De la construcción histórica de la condición juvenil a su transformación contemporánea. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, vol. 7 Número 2, pp. 1303-1329, Universidad Manizales, Colombia. URL: <http://www.redalyc.org/html/773/77314999006/>

Enrique, Iara Nuria. (2011). *La participación estudiantil en la escuela secundaria en la Argentina. Reconstrucción del conflicto en torno al protagonismo político de los jóvenes*. Tesis de maestría, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Feixa, Carles. (1999). *De jóvenes, bandas y tribus. Antropología de la juventud*. Barcelona: Editorial Ariel.

Franco, Marina. (2016). La represión estatal en la historia argentina reciente. Problemas, hipótesis y algunas respuestas tentativas. En Águila, Gabriela, Santiago Garaño y Pablo Scatizza coordinador. *Represión estatal y violencia paraestatal en la historia reciente argentina: Nuevos abordajes a 40 años del Golpe de Estado*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la

- Educación, 57. URL: <http://www.libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/63> sitio web visitado el 9 de septiembre de 2018.
- Franco, Marina. (2012). *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y subversión. 1973-1976*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Franco, Marina. (2002). La ‘campaña antiargentina’: la prensa, el discurso militar y la construcción de consenso. En Casali de Babot, Judithy María Victoria Grillo (eds.), *Derecha, fascismo y antifascismo en Europa y Argentina*. (pp.195-225). Argentina: Universidad de Tucumán.
- Franco, Marina y Florencia Levín. (2007). El pasado cercano en clave historiográfica. En *Historia reciente: perspectivas y desafíos para un campo en construcción* (pp.31-66). Buenos Aires: Paidós.
- Fraser, Ronald. (1993). La historia oral como historia desde abajo. *Ayer*, N° 12, *Asociación de Historia Contemporánea*. Madrid: Marcial Pons editor. pp. 79-92.
- Funes, Patricia (2010). Los que queman libros. Censores en Argentina (1956-1983). En: Bohoslavsky, Ernesto *et al* (coord.) *Problemas de historia reciente del Cono Sur. I* (pp. 303-326). Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Gagliano, Rafael. (1997). Educación, política y cultura adolescente (1955-1970). En: *Dictaduras y utopías en la historia reciente de la educación argentina 1955-1983* (pp.321-349). Buenos Aires: Galerna.
- Gail, Raquel. (2013). *Responsabilidades compartidas ¿responsabilidades asumidas?* Ponencia presentada en la “Jornada Internacional Patrimônio Artístico, Histórico e Tecnológico na Educação Profissional”, Sao Paulo.
- Garaño, Santiago y Werner Pertot. (2008). *La otra juvenillia. Militancia y represión en el Colegio Nacional de Buenos Aires (1971- 1986)*. Buenos Aires: Biblos.
- García, Susana. (2000). “Embajadores intelectuales”. El apoyo del Estado a los congresos de estudiantes americanos a principios del siglo XX. *Estudios Sociales, Revista Universitaria Semestral*, Año X, N°10, pp. 65-84. URL: <http://www.bibliotecavirtual.unl.edu.ar/ojs/index.php/EstudiosSociales/article/view/2454/3474> Sitio web visitado el 9 de septiembre de 2018.
- García, Natalia. (2017). *La educación clandestina: espiar, colaborar y depurar. Santa Fe (1966-1983)* Rosario: Prohistoria.
- Gociol, Judith y Hernán Invernizzi. (2003). *Un golpe a los libros: represión a la cultura durante la última dictadura militar*. Buenos Aires: EUDEBA.
- González, Alejandra Soledad. (2014). Fiestas oficiales por el día del estudiante- Día de la juventud en la última dictadura argentina. La estudiantina de 1980 en Córdoba. En Borobia, Raquel (Coord.) *Estudios sobre juventudes en Argentina III: De las construcciones discursivas sobre lo juvenil hacia los discursos de las y los jóvenes*. (Pp. 203-227). Neuquén: Editorial Publifadecs.
- González, Natalia y Requejo, Belén. (2011). *Trabajo de campo. Asunto: Barilari-Dergarabedian-Gurman*. (Inédito). Escuela Normal Superior Mariano Acosta: Buenos Aires.
- Gordillo, Mónica. (2007). Protesta, rebelión y movilización: de la resistencia a la lucha armada 1955-1973. En James, Daniel. *Violencia, proscripción y autoritarismo: 1955-1976* (pp.329-380). Buenos Aires: Sudamericana.
- Gudelevicius, Mariana. (2012). La política educativa implementada durante el primer año del Proceso de Reorganización Nacional: Contradicciones y límites. *Trabajos y comunicaciones*, segunda época, n° 38, pp. 1-20. URL: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5780/pr.5780.pdf Sitio web visitado el 9 de septiembre de 2018.

- Jelín, Elizabeth. (2001). Historia, memoria social y testimonio o la legitimidad de la palabra. *Iberoamericana*. Año I, N° I, pp.87-97. URL: <https://journals.iai.spk-berlin.de/index.php/iberoamericana/article/view/349/21> Sitio web visitado el 9 de septiembre de 2018.
- Kahan, Emanuel. (2007) ¿Qué represión, qué memoria? El archivo de la represión de la DIPBA: problemas y perspectivas, *Questión*, vol. 1, n°16, pp. 1-10. URL: <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/459/383> Sitio web visitado el 16 de septiembre de 2018.
- Larraquy, Marcelo (2017). *Primavera sangrienta*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Lechner, Norbert (1992). Some people die of fear: fear as a political problem. En Corradi, Juan (ed.), *Fear at the Edge. State terror and resistance in Latin America*. (Pp. 26-35). California: University of California Press.
- Levín, Florencia. (2005). Arqueología de la memoria. Algunas reflexiones a propósito de Los vecinos del horror. Los otros testigos. *Entre pasados*, n° 28, 2005. pp. 47-64.
- Lida, Miranda. (2010). Las masas católicas en los años de la dictadura, 1976-1982. *Entre pasados*, N°34, pp. 1-29
- Lorenz, Federico. (2009). *Malvinas: una guerra argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Lorenz, Federico. (2004). Tómalala vos, dámela a mí. La Noche de los Lápices: el deber de recordar y las escuelas. En Jelín, Elizabeth y Federico Lorenz (comp.), *Educación y memoria. La Escuela elabora el pasado* (pp. 95-129). Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Luciani, Laura. (2017). *Juventud en dictadura: representaciones, políticas y experiencias juveniles en Rosario: 1976-1983*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación; Misiones: Universidad Nacional de Misiones; Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento. URL: <https://www.libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/80> Sitio web visitado el 9 de septiembre de 2018.
- Lvovich, Daniel. (2017). Vida cotidiana y dictadura militar en Argentina: un balance historiográfico. *Estudios Ibero-Americanos* v. 43, n. 2, p. 264-274. URL: <http://revistaseletronicas.pucrs.br/ojs/index.php/iberoamericana/article/viewFile/25184/15621> Sitio web visitado el 9 de septiembre de 2018.
- Lvovich, Daniel y Laura Graciela Rodríguez. (2011). La Gendarmería Infantil durante la última dictadura. *Quinto Sol*, vol. 15, N°1, pp. 1-20. URL: <https://cerac.unlpam.edu.ar/index.php/quintosol/article/view/115> Sitio web visitado el 9 de septiembre de 2018.
- Lvovich, Daniel. (2009, a). *Estrategias movilizadoras del régimen militar destinadas a sectores juveniles e infantiles*. Ponencia presentada en las “XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia”. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.
- Lvovich, Daniel. (2009, b). Sistema político y actitudes sociales de legitimación de la dictadura militar en Argentina (1976-1983). *Ayer*, N°75, pp.275-299. URL: https://www.jstor.org/stable/41326034?read-now=1&loggedin=true&seq=1#metadata_info_tab_contents Sitio web visitado el 9 de septiembre de 2018.
- Manzano, Valeria. (2017). *La era de la juventud en Argentina. Cultura, política y sexualidad desde Perón hasta Videla*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Manzano, Valeria. (2011). Cultura, política y movimiento estudiantil secundario en Argentina de la segunda mitad del siglo XX. *Propuesta Educativa*, N° 35, pp. 41-52.

URL: http://propuestaeducativa.flacso.org.ar/archivos/dossier_articulos/50.pdf Sitio web visitado el 9 de septiembre de 2018.

Marcote, Leonardo. (2017). *María Claudia Falcone. Políticas revolucionarias en bachilleratos de los años 70*. Buenos Aires: Nuestra América.

Margulis, Mario. (2008). La juventud es más que una palabra. En *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud*. Buenos Aires: Biblos.

Menazzi, Luján. (2018). Un nuevo paisaje urbano. La producción de espacios verdes públicos durante la última dictadura cívico-militar en Buenos Aires. *Clepsidra*, Vol.5, n°9, pp. 14-33. URL: <http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/clepsidra/article/view/MENAZZI> Sitio web visitado el 16 de septiembre de 2018.

Millán, Mariano. (2016). Noche y niebla del movimiento estudiantil. Trazos de su historia a 40 años de la Noche de los Lápices. *Bordes. Revista de Política, Derecho y Sociedad*; pp. 113 – 122. URL: http://revistabordes.com.ar/wp-content/uploads/2016/12/16_Noche_y_niebla.pdf Sitio web visitado el 16 de septiembre de 2018.

Millán, Mariano (2014). El movimiento estudiantil de la UBA durante los días de la presidencia de Héctor Cámpora, mayo-julio de 1973. En Millán, Mariano (comp.) *Universidad, política y movimiento estudiantil en Argentina. Entre la “Revolución Libertadora y la democracia del ’83* (pp.141-176). Buenos Aires: Final Abierto.

Nievas, Flabián. (1999). Cámpora: primavera-otoño. Las tomas. En Pucciarelli, Alfredo, *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN* (pp. 351-393). Buenos Aires: Eudeba.

Novaro, Marcos y Palermo, Vicente (2003). El extravío de la oportunidad refundacional. En *La dictadura militar (1976-1983) Del Golpe de Estado a la Restauración Democrática* (pp.169-270). Buenos Aires: Paidós.

O’Donnell, Guillermo. (1996). Implantación del BA. En *El Estado Burocrático Autoritario* (pp. 65-119). Editorial de Belgrano: Buenos Aires.

O’Donnell, Guillermo. (1986). Apuntes para una teoría del Estado. En Oszlak, Oscar (comp.), *Teoría de la burocracia estatal* (pp. 199-250). Buenos Aires: Paidós.

O’Donnell, Guillermo. (1984). Oscar Oszlak (comp.) *Democracia en Argentina: micro y macro*. En ‘Proceso’, crisis y transición democrática/1 (pp.13-30). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Orbuch, Iván Pablo. (2017). Fiesta, deporte y espacio público durante el primer peronismo. *Afuera. Estudios de Crítica Cultural*. N° 17-18. URL: <http://educacion.flacso.org.ar/files/webform/eventos/Cuerpo%20flacso%20pon.pdf> Sitio web visitado el 16 de septiembre de 2018.

Passaro, Marta (2016). La embestida de la dictadura contra el diario *La Opinión*. Las dos primeras intervenciones militares (1977-1978). *Trampas de la comunicación y la cultura*. N°78, pp. 91-114. URL: http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/54389/Documento_completo_.pdf-PDFA.pdf?sequence=1&isAllowed=y Sitio web visitado el 16 de septiembre de 2018.

Passerini, Luisa. (1996). La juventud, metáfora del cambio social (dos debates sobre los jóvenes en la Italia fascista y en los Estados Unidos durante los años 50. En Giovanni, Levi y Jean Claude Schmitt. *Historia de los jóvenes II. Edad Contemporánea*. Madrid: Santillana.

Pineau, Pablo. (2014). Reprimir y discriminar. La educación en la última dictadura cívico militar en Argentina (1976-1983). *Educación en Revista*, N° 51, pp. 103-122.

Pineau, Pablo. (2006). Impactos de un asueto educacional: las políticas educativas de la dictadura (1976-1983). En Arata, Nicolás *et al. El principio del fin. Políticas y*

- memorias de la educación en la última dictadura militar. 1976-1983* (pp. 105-106). Buenos Aires: Colihue.
- Pittaluga, Roberto (2010). El pasado reciente argentino: interrogaciones en torno a 2 problemáticas. En Bohoslavsky, Ernesto *et al* (coord.) *Problemas de historia reciente del Cono Sur. I* (pp.23-36). Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Pontoriero, Esteban. (2016). De la guerra (contrainsurgente) la formación de la doctrina antisubversiva del ejército argentino (1955-1976). En Águila, Gabriela, Santiago Garaño y Pablo Scatizza coordinador. *Represión estatal y violencia paraestatal en la historia reciente argentina: Nuevos abordajes a 40 años del Golpe de Estado*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 57. URL: <http://www.libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/63> sitio web visitado el 9 de septiembre de 2018.
- Portelli, Alessandro. (1991). Lo que hace diferente a la historia oral. Recuerdos que llevan a teorías. En Dora Schwarzstein (comp.), *La historia oral* (pp.36-52). Buenos Aires: CEAL.
- Puiggrós, Adriana. (2003). De la dictadura al presente. En *Qué pasó en la educación argentina. Desde la conquista hasta el menemismo* (Pp. 165-177). Buenos Aires: Galerna.
- Pujol, Sergio (2013). *Rock y dictadura. Crónica de una generación (1976-1983)*. Buenos Aires: Booket.
- Pujol, Sergio. (2007). Rebeldes y modernos. Una cultura de los jóvenes. En: James, Daniel (dir.), *Violencia, proscripción y Autoritarismo: 1955-1976* (pp.281-328). Buenos Aires: Sudamericana.
- Quiroga, Hugo. (2005). El tiempo del proceso. En Suriano Juan (2006), *Dictadura y democracia: 1976-2001* (pp. 33-86). Buenos Aires: Sudamericana.
- Raggio, Sandra. (2011). Los relatos de la noche de los lápices. Modos de narrar el pasado reciente. *Aletheia*, vol. 1, N° 2, pp. 1-8 URL: <http://www.aletheia.fahce.unlp.edu.ar/numeros/numero-2/no2-en-pdf/Raggio-%20Ok.pdf> Sitio web visitado el 9 de septiembre de 2018.
- Ramacciotti, Karina (2004). Ideas y prácticas en la política sanitaria del primer peronismo, 1946-1955. *Ciclos*. Año XIV, vol. XIV, n°27, pp. 81-98.
- Reguillo Cruz, Rossana. (2007). Pensar los jóvenes. Un debate necesario. En: *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. (pp.19-44). Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Rodríguez, Laura Graciela (2015, a) Iglesia y educación en la Argentina durante la segunda mitad del siglo XX. *Cuadernos de historia de la educación* Vol 14, n°1. pp. 263-278. URL: <file:///C:/Users/SilviaAlejandra/Downloads/Dialnet-IglesiaYEducacionDuranteLaUltimaDictaduraEnArgenti-3642627.pdf> Sitio web visitado el 9 de septiembre de 2018.
- Rodríguez, Laura Graciela (2015, b) Funcionarios y políticas educativas en Argentina (1976-1983) *Cuadernos Chilenos de Historia de la Educación. Dossier Educación y dictaduras en el Cono Sur*. Año 3, N°4, Santiago de Chile, pp. 62-85. URL: <http://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/9433> Sitio web visitado el 9 de septiembre de 2018.
- Rodríguez, Laura Graciela (2015, c) Cultura y dictadura en Argentina (1976-1983), Estado, funcionarios y políticas. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*. Pp. 299-325. URL: <https://revistas.unal.edu.co/index.php/achsc/article/view/53338/55003> Sitio web visitado el 9 de septiembre de 2018.

- Rodríguez, Laura Graciela (2014). La universidad durante el tercer gobierno peronista (1973-1976). *Revista Conflicto Social*, Año 7, N° 12, pp. 114-145. URL: <http://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/CS/article/view/580> Sitio web visitado el 16 de septiembre de 2018.
- Rodríguez, Laura Graciela. (2011). La influencia católica en la educación. El caso del ministro Juan Rafael Llerena Amadeo (1978-1981) *Estudios*, N°25, pp. 141-157. URL: <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/restudios/article/view/476> Sitio web visitado el 9 de septiembre de 2018.
- Rodríguez, Laura Graciela. (2010). Políticas educativas y culturales durante la última dictadura militar en Argentina (1976-1983). La frontera como problema. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, vol. 15, pp. 1251-1273. URL: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-66662010000400013 Sitio web visitado el 9 de septiembre de 2018.
- Rodríguez, Laura Graciela. (2009 a). La historia que debía enseñarse durante la última dictadura militar en Argentina. *Antíteses*, vol. 2, n. 3. pp. 1-30. URL: <http://hear.unr.edu.ar/wp-content/uploads/2014/12/La-Historia-que-deb%C3%ADa-ense%C3%B1arse-durante-la-%C3%BAltima-dictadura-militar-en-Argentina-1976-1983.pdf> Sitio web visitado el 1 marzo 2018
- Rodríguez, Laura Graciela. (2009 b). El calendario escolar y las celebraciones en la Provincia de Buenos Aires durante la última dictadura militar. *La historia enseñada*, N°13, Santa Fe, pp. 34-60. URL: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/library?a=d&c=arti&d=Jpr4624> Sitio web visitado el 9 de septiembre de 2018.
- Rodríguez, Laura Graciela. (2008). La escuela intermedia revisitada: racionalización y revisión curricular en la provincia de Buenos Aires, durante la última dictadura, *Trabajos y comunicaciones*, N° 34 URL: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.3723/pr.3723.pdf sitio web visitado el 1 de marzo de 2018.
- Seoane, María y Héctor, Ruiz (1986) *La noche de los lápices*. Buenos Aires: Editorial Contrapunto.
- Rodríguez y Soprano. (2015). La producción de consenso sobre la defensa en la última dictadura en Argentina. Militares y civiles en la Escuela de Defensa Nacional. *Século XXI*, vol. 5, pp. 55-77. URL: http://ri.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/15737/CONICET_Digital_Nro.10557.pdf?sequence=1&isAllowed=y Sitio web visitado el 20 de septiembre de 2018.
- Seia, Guadalupe (2014). La lucha del Movimiento Estudiantil por el ingreso directo: Una aproximación al caso de la Ciudad de Buenos Aires entre 1969 y 1973. En Millán, Mariano (comp.) *Universidad, política y movimiento estudiantil en Argentina. Entre la "Revolución Libertadora y la democracia del '83* (pp.77-106). Buenos Aires: Final Abierto.
- Schragrodosky, Pablo. (2007). El cuerpo en la escuela. *Explora. Las ciencias en el mundo contemporáneo*. Pp. 1-16. URL: <http://www.bnm.me.gov.ar/giga1/documentos/EL002216.pdf> Sitio web visitado el 9 de septiembre de 2018.
- Schragrodosky, Pablo (2011) Juntos pero no revueltos: la educación física mixta en clave de género. *Nómadas*, n° 14, pp. 142-154. URL: <http://www.scielo.br/pdf/cp/v34n121/a04n121.pdf> sitio web visitado el 9 de septiembre de 2018.
- Southwell, Myriam. (2004). La escuela como gendarme. *Revista Puentes*, N° 12, pp. 57-63.

- Tedesco, Juan Carlos. (1983). Elementos para una sociología del currículum escolar en Argentina. En Braslavsky, Cecilia, Ricardo Carciofi y Juan C. Tedesco. *El proyecto educativo autoritario. Argentina 1976-1982*. (Pp. 59-71) Buenos Aires: Flacso
- Thompson, Edward Palmer. (1989). Prefacio. En *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (pp.13-18) Barcelona: Crítica.
- Thompson, Edward Palmer. (2000). Costumbre y cultura. En *Costumbres en común* (pp.13-28). Barcelona: Crítica.
- Varela, Gustavo. (2017). Televisión en dictadura. En *La guerra en imágenes. Una historia visual de la argentina* (pp. 157-181). Editorial Ariel: Buenos Aires.
- Vassiliades, Alejandro. (2006). Enseñar durante la última dictadura militar en la Provincia de Buenos Aires: Acerca de nuevos y perdurables sentidos, para la escuela y los docentes. *Anuario Historia de la Educación*, vol. 7, pp. 263-290. URL: http://www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S2313-92772006000100012&script=sci_abstract Sitio web visitado en 9 de septiembre de 2018.
- Vezzetti, Hugo (2002). Los campos de concentración argentinos. En: *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*. (pp. 147-190). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Viñao, Antonio. (2002). *Sistemas educativos, culturas escolares y reformas. Continuidades y cambios*. Madrid: Ediciones Morata.
- Zysman, Nadia (2016). La Militarización del ámbito educativo: La última dictadura militar argentina y su vínculo con la historia escolar, 1976–1983. *Latin American Research Review*, vol. 51 no. 3, 2016, pp. 47-63.

Anexo

Primavera de 1967, Ciudad de Buenos Aires (I, II, III)



I



II



III

Primavera de 1967, Ciudad de Buenos Aires (IV-V-VI-VII)



IV



V



VI



VII



Primavera de 1972

(21 de septiembre de 1972). No decrece la agitación de estudiantes de Veterinaria. *Clarín*, p. 17. (VIII)

Primavera de 1973, Ciudad de Buenos Aires (IX-X)



IX



X

Distintivo del Mariano Acosta, egresados de 1975. (XI)



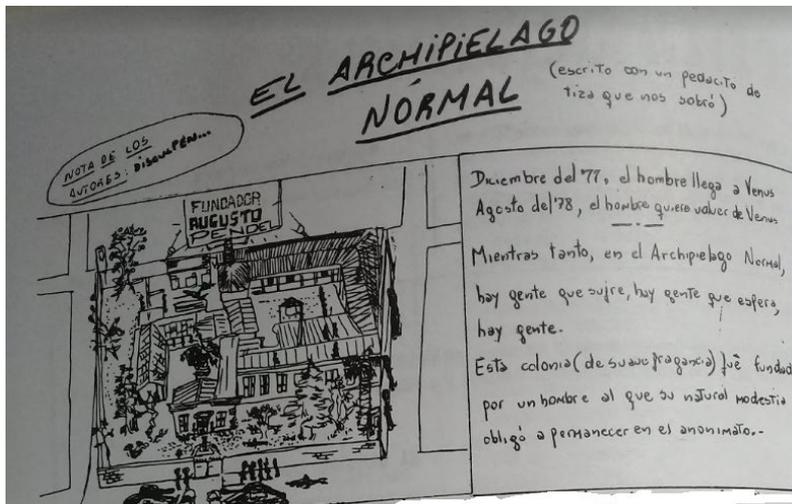
Distintivo de la Escuela Normal de Quilmes, egresados de 1980 (XII)

Edificio de la Escuela Normal de Quilmes, sobre la calle Mitre, 1976-1980.



(XIII)

Revista *Etcétera*, nº3, 1976. p. 17 (XIV)



Canal 9 (productor) 1977. Noticiero cinematográfico *Sucesos Argentinos* [latas de video]. Museo del Cine “Pablo Ducrós Hicken” (XV-XVI-XVII)



XV



XVI



XVII

Primavera de 1979

Archivo DiFilm. (2013, 9 de junio). Día del estudiante en los lagos de Palermo 1979 [archivo de video]. Recuperado de:
<https://www.youtube.com/watch?v=F5NwiophXT0>



XVIII



XIX